

An aerial photograph of a swing set with several people swinging. The background is a textured, warm-toned surface with a mottled pattern of light and dark patches. The swing set is positioned diagonally across the frame, with the swings hanging from the top left towards the bottom right. The people are in various positions, some swinging high and others lower. The overall mood is nostalgic and contemplative.

María Tena

LA VIDA AL BORDE

ALBA ● CONTEMPORÁNEA

María Tena

La vida al borde

ALBA

Índice

Cubierta
Portada
Dedicatoria
Epígrafe
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Créditos

Sobre ALBA

*Este libro es vuestro porque sois el futuro,
José Gandarias Saez y Bruno Lara Gandarias*

El enfermo es un clarividente, para nadie es más clara la imagen del mundo.

THOMAS BERNHARD

Follar es lo único que desean los enfermos, los heridos graves, los suicidas, los presos; incluso eso era lo único que quería Wittgenstein, el mayor filósofo del siglo xx. Es triste admitirlo, aunque es así: los libros son finitos, el acto sexual es finito. Pero el deseo de leer y de follar es infinito, sobrepasa nuestra propia muerte, nuestros miedos.

ROBERTO BOLAÑO

Dicen que me vaya y no me quiero ir. Que me dan el alta. Lo dicen como una buena noticia, como quien da un regalo. No quiero.

Llegaron como cada mañana. Un pequeño tribunal blanco a los pies de mi cama. Sonrientes, limpios, sanos. Las barbas tan bien afeitadas que parece que lo han hecho con el mismo bisturí con el que me abrieron. El cirujano mayor, los residentes aplicados y esa enfermera que va siempre con ellos apuntándolo todo. Parecen tan seguros. Mientras yo, desde el otro lado del precipicio, me balanceo en la incertidumbre, como el fonendo que les cuelga del cuello. Parece que esto va bien, tiene que ir preparándose, estará deseando volver a casa..., dicen con autoridad mientras observan la herida sin mirarme a la cara.

No se dan cuenta de que esta es mi casa.

Será por ellos... incluso la que acaba de llegar. Gentes que nunca habría conocido fuera, en la otra vida. Las personas con las que convivimos son las que construyen nuestra casa, más que los ladrillos o los muebles.

No quiero irme.

No quiero.

Uno

Como el centinela a la aurora...

SALMO 129

Al final del pasillo suenan las campanas. Las dos ya. Es el sonido que acompaña sus recuerdos de infancia. Ha conservado los muebles sólidos y oscuros que fueron testigos de sus juegos. En el cuarto de las niñas permanece su mesa de estudio, cubierta de muñecas que miran al infinito con ojos de plástico. Da igual que la madera tenga manchas de tinta, que esté rajada y que conserve las heridas de la época en que escribía y merendaba sobre ella. Las cosas nos definen, cada objeto que dejamos atrás se lleva un trozo de nuestra vida. Por eso prefiere no tirar nada. Aunque el piso que heredó de sus padres es muy grande, no consigue tenerlo ordenado.

El barrio le da seguridad. Vivir allí significa que tampoco ella ha cambiado del todo. Como si a los cuarenta siguiese siendo una estudiante recién licenciada con ganas de comerse el mundo. Esta noche, mientras se preparaba para salir, vio a su hija de catorce años pintándose a su lado frente al espejo y le hizo gracia, pero cuando la más pequeña, que la imita siempre, también empezó a darse colorete se puso nerviosa. Las niñas se le escapan, ya no son esos bebés que hasta hace poco llevaba de la mano de un lado a otro, vestidas de colores iguales.

Ahora dan las medias. Desde su dormitorio, al fondo de la casa, apenas se oye el tráfico de la calle, pero sí el repique de bronce que llega del monasterio y que marca las horas. Aunque mañana es sábado, tiene que levantarse pronto para corregir exámenes.

No ha debido ir. En el viaje desde la urbanización han venido callados. Su coche era una luz más en la carretera, un ruido de motor que se sumaba a otros. En el interior, ni una palabra.

Con lo a gusto que estaba esta tarde, tan tranquila en casa con su libro y sus hijas, y lo bien que habría dormido sin esa cena excesiva. Siempre me arrepiento, piensa, mientras da vueltas en la cama. Hace demasiado calor. Es casi primavera, pero los vecinos aún encienden la calefacción. No sabe si es por inercia o porque son viejos y tienen frío. Prefiere no destaparse ni abrir la ventana para no despertarle.

Cómo la aburren esas cenas. Tampoco le hace gracia dejar a sus hijas con la adolescente fumadora del piso de al lado.

Empezaron felicitándola porque su marido había sido nombrado vendedor del mes, se avergonzó de no recordarlo. Es verdad que hace unos días vino muy contento.

—Me van a dar un bonus —dijo, pero ella no le dio importancia.

No ha debido ir. Esas cenas la irritan. Prefiere una clase llena de alumnos díscolos que cenar con esas parejas maduras en las que ve algo de la imagen que quizás ellos mismos acabarán teniendo cuando pasen los años.

Las mujeres de un lado y los hombres del otro. Quedarse a merced de ellas para hablar de «sus» cosas. Sentirse hipnotizada por las uñas largas y rojas de la mujer del jefe de sección. ¿Cómo conseguirá que no se le hagan desconchones? ¿No lava una cuchara ni hace un huevo frito? ¿Es que no da ni golpe? Pero, sobre todo, ¿qué hago yo ahí?

Sabe que no está siendo justa, esas mujeres son inofensivas y quieren a sus familias igual que ella. Ese mundo de muebles encerados y pistas de tenis tendrá sus ventajas: la paz, la comodidad. También ahí las personas envejecen, sufren, sueñan. No son solo esos personajes de cartón piedra que esta noche imagina y a los que ahora, en el calor de la cama, se empeña en juzgar sin compasión. ¿Por qué está tan enfadada?

Puede que en el fondo les tenga envidia. Todas se cuidan mucho, juegan al golf y tienen masajista. Llevan como trofeos cadenas de oro, sortijas, pendientes largos. La asombra lo seguras que están de tener la vida resuelta, poseedoras de maridos a los que jamás pondrían los cuernos y de los que nunca se separarán. Como quien es accionista de una empresa. Ella tiene más dudas. Por eso se siente mal. Aunque algunas trabajan, en esas reuniones solo hablan del dinero que se gastan en trapos o en los parches más eficaces que pueden encontrarse en el mercado para taponar las brechas por donde se les escapa la juventud: operaciones, cremas, masajes.

Ahora dan las tres. A Vicente le encantaría que fuese como ellas. Son mujeres que ayudan a ascender a sus maridos.

Y luego la edad. Al principio le encantaba ejercer de padre, pero ya no se atreve. Seguro que a estas alturas se sentiría más tranquilo con alguien mayor. Últimamente la encuentra rara, le ha dicho.

Otra vez se siente distinta y recuerda a los hombres envueltos en el humo de unos puros que aún le impregna el pelo, y cómo se contaban chistes verdes, criticaban al jefe, comparaban sus sueldos, repasaban la lista de clientes. Todos son apolíticos. Su única política son los incentivos a fin de año, los bonus, las pagas extraordinarias.

Y al final, un tema que se repite:

—Tenéis que veniros a Montecarlo —dice Marisa, la mujer del jefe de sección—, no puedes imaginarte lo bien que lo pasamos. Además, TU MARIDO —así, con mayúsculas, como si hablase de una finca o de una sociedad anónima— estaría más cerca del trabajo. Los fines de

semana jugamos al pádel, a las cartas, y en verano la piscina está superagradable. –La ese se desliza, lenta y sibilante, por los labios pintados.

Si Vicente la hubiera oído, habrían discutido en el viaje de vuelta. Está empeñado en vender el piso del centro y mudarse a esa urbanización de las afueras donde viven todos juntos y se desayunan y almuerzan las historias de la empresa. Menos mal que no se ha dado cuenta, inmerso como estaba, al otro extremo de la mesa, en una conversación profunda sobre el nuevo Audi del consejero delegado.

Por eso no piensa mudarse. El piso de sus padres es amplio y sólido y está lleno de libros, cuadros, fotografías del pasado. Su territorio. Ese pasillo largo, esos muros gruesos y techos altos son los restos de su naufragio particular. En eso no piensa ceder por más que le hablen de las zonas verdes, de lo bien que están los niños balanceándose durante horas en los columpios o lo cómodo que es el supermercado de enfrente.

Si por él fuera comprarían no solo esa casa adosada, sino cada año un ordenador distinto, porque le hacen rebaja, un coche nuevo, porque el que tienen ya no funciona bien, otro móvil con más prestaciones, un reloj inteligente que cuente sus pasos y sus latidos... y mucho más, todo lo que vayan inventando para mantenerle entretenido.

Teresa no comparte esas pasiones.

No puede evitar reírse cuando él se disfraza todas las mañanas de comercial de esa empresa de informática a la que ha consagrado sus mejores años. Trajes con chaleco de los que está orgulloso, corbatas anchas con pasador dorado, pelo canoso a juego con las solapas. La irritan sus dos obsesiones: cepillar los zapatos cien veces cada noche para que brillen al día siguiente, lo único brillante en su persona, y vender más ordenadores que sus compañeros, lo que le ha valido el puesto de jefe de equipo.

En su cara arrugada, en el pelo ahora ralo, en sus manos que ya nunca la acarician, constata cada día cómo se les está pasando la vida sin probarla.

Él también lleva mal el aspecto austero de su mujer, especialmente cuando le acompaña a cenar con los colegas, y que no se moleste en ponerse la bisutería de lujo que le regala. Desde hace ya varios años no tienen mucho de qué hablar. Vicente cumple su papel y ella no puede reprocharle nada. Es casi perfecto si no fuera por eso, porque no puede reprocharle nada.

Y sin embargo recuerda cómo le gustó esa cara de satisfacción cuando la vio por primera vez. Era el primo mayor de un compañero de la facultad y la primera persona que le habló en serio de compromiso. Ni siquiera tenía prisa en acostarse con ella. Su apuesta era por el futuro, decía.

Le gustó su solidez. Que alguien que ya tenía trabajo la invitara a salir con esa insistencia. Que le mandara flores, que la llevara a cenar, que estuviese todo el día pendiente de ella. Los chicos que conocía no eran así. Buenos compañeros, pero olvidados de que las mujeres necesitan ese punto de ensoñación. No sabía entonces que estaba comprando su cariño a plazos, como una

lavadora.

Además, sabía sonreír. Esa expresión que la sedujo todavía aparece en momentos puntuales. Como esta noche, cuando, justo antes de salir, se sentó con las niñas en la cocina mientras cenaban, o ayer, que llegó muy cansado y se puso a hacer los deberes con Pilar, la pequeña. Su ternura con ellas aún le salva.

Ha vuelto a oírlas, pero esta vez no ha contado. Ya deben ser las cuatro.

No, no tenía que haber ido a esa cena. La última vez se prometió no volver, y se ha equivocado de nuevo. Más le valdría no haber cedido. Cuando está con ese tipo de personas se difumina, deja de ser ella.

Y suele ser por no discutir.

Cuando se pelean hay un mecanismo de alarma que se pone en marcha. Entonces se queda quieta como una imagen de vídeo congelada. De pequeña vivió confundida por unos padres que eran la pareja perfecta con los amigos, en la calle, en el trabajo, pero que todas las noches se desahogaban en el dormitorio con gritos sofocados que la alcanzaban en medio del sueño. Nunca acabó de entender esa dicotomía. Quizás sea ese recuerdo lo que la mantiene dócil. No quiere repetir la historia en el mismo escenario y que las niñas los escuchen desde detrás de la pared.

Jamás creyó que fuera a resignarse a una vida así. O puede que todos esos matrimonios alicatados tengan tantos problemas como el suyo. Quién sabe... nadie es un colchón. Está tan harta que si algún día decidiera no acompañarle, si hiciera algún minúsculo gesto, sería la primera gota de una cascada que acabaría separándolos. Prefiere ni planteárselo.

La asusta el sabor de la libertad. Mejor no pensar en Carlos. Menos mal que su trabajo le encanta.

Las campanas de la Encarnación son ahora un eco que atraviesa el pasillo para recordarle que sigue despierta, no consigue relajarse. Ha puesto la alarma a las siete, y ya son más de las cuatro. Se levanta a tientas para no molestarle y toma media pastilla. Al acostarse se tumba de espaldas a Vicente. Duermen así, de espaldas, ella cada vez más cerca del borde. Ese borde desde el que esta noche es espectadora de su propia vida.

Se vuelve para mirar la silueta que se recorta en la oscuridad, sacudida intermitentemente por ronquidos uniformes, como una máquina a punto de estropearse. Cada vez estamos más lejos, piensa. Ha vivido todos estos años con un personaje vacío, alguien que ella misma se inventó.

Para él no es una necesidad ser original o llevar una vida apasionante. Solo quiere ser reconocido por sus jefes, vender bien y vivir en paz. No espera tener problemas en casa, porque se considera una buena persona. Y lo es. Pero ella no consigue parecerse a él, compartir sus deseos y recuperar algo del brillo de una ilusión que se le escapa. Ya no es posible.

Al darse la vuelta ha sentido un pinchazo en el pecho, y ahora se lo toca. Al principio no le da importancia, pero luego distingue una masa compacta que se separa del resto. Un pequeño garbanzo en el lado izquierdo. Se levanta y va al cuarto de baño. Esta vez tropieza con la cama y enciende la luz. El ronquido de Vicente sigue regular como las agujas del reloj, como el tañido de las campanas.

No se atreve a mirarse al espejo, prefiere no ver esa superficie diminuta que la pone en peligro como si un perdigón, una bala pequeña y redonda, se le hubiera incrustado debajo de la piel. Descubre que tiene mala cara. No tiene color en los labios y de pronto sus ojeras son más profundas. La noche se llena de amenazas, de presagios. Estaba furiosa y ahora está asustada. El miedo, como un viejo conocido, ronda por su garganta y acaba instalándose en el estómago.

Y no es solo el miedo: es la soledad. Querer cambiar, buscar algo mejor, no decidirse, no perderlo todo. Vivir, aunque la vida no sea del todo como ella quisiera. Y ante la angustia de la enfermedad, del bultito cargado de oscuridades, no tener de verdad a quién acudir, porque quien se supone más cercano se ha convertido en un extraño.

Le ha vuelto a salir.

No ha debido ir a esa cena, le ha sentado mal la nata de los espagueti.

Ahora recuerda que, aquella primera vez, el médico le advirtió de que si se repetía podía ser serio.

Es imposible que el final esté cerca, se dice, mientras rechaza ese pensamiento absurdo.

A pesar de la pastilla, el amanecer la encontrará con los ojos abiertos, asomada al patio como a un precipicio, mientras las campanas del convento llaman a maitines.

Dos

El que espera desespera, dice la voz popular. ¡Qué verdad tan verdadera!

ANTONIO MACHADO

Recuerda la primera vez. Pasó allí más de dos horas. Era una sala en la que cabía con dificultad un tresillo oscuro de escay adornado con encajes acrílicos. Sobre el televisor se inclinaban en un florero unos gladiolos de papel, mientras una colección de elefantes desafiaba al visitante con las trompas en alto. La estantería, de estilo castellano, exhibía la foto enmarcada de un ministro de la transición. En las paredes colgaban *Las meninas* en pequeño formato, una *Maja vestida* en tonos tornasolados y una *Mona Lisa* recién llegada de un París inventado. En un cesto, el *ABC* y el *¡Hola!* Más que una consulta, se dijo, levantando la cabeza del libro, es una visión del mundo. Aunque ya no se acuerda del nombre ni de la cara de aquel doctor anciano, todavía se pregunta si los títulos expuestos serían tan falsos como la decoración.

Esa primera vez la obligó a dar muchas vueltas. Le decían que no era nada, pero eso era lo peor. Nadie ponía nombre a ese bulto peligroso.

En el primer hospital conoció mujeres sin sonrisa cuyos labios eran apenas una raya, como islas que se había tragado el mar. Porque con la edad, si no se sonríe, si no se besa lo suficiente, los labios se borran. Nada que ver con las sonrisas operadas de Montealto.

En estos sitios la gente solo espera, nada más. Parece que no piensan, se les nota en sus caras vacías. Quizás recuerden el guiso que dejaron a medio hacer y que habrá que terminar antes del almuerzo, o puede que recorran con la imaginación el camino de vuelta, el autobús que tienen que coger para ir a casa. O la herencia, las peleas, esa cuñada que quiere hasta las pequeñas joyas que siempre han sido para las hijas, el hermano que ante la expectativa de un poco de dinero de pronto se ha convertido en otro.

Los hospitales, como los aeropuertos, piensa mientras espera, tienen algo de lugar de paso. Para unos son la estación terminal, para otros la primera de un largo vía crucis. Los más afortunados transitan por un apeadero donde se coge el tren que los llevará de vuelta a las vacaciones de la vida sin secuelas importantes.

Y así son también los muebles. Objetos duros para ser maltratados por los que acuden furiosos

porque se encuentran mal, atemorizados porque es la primera vez o aburridos de haber perdido tantas horas esperando un diagnóstico, unas palabras amables, una medicina. Revistas que todos hojean y nadie lee, destrozadas por muchas manos.

En su memoria se presenta ahora una sucesión de habitaciones parecidas a esta consulta de la Seguridad Social, de las que sale siempre con muchas ganas de ser otra, de olvidar que quizás tenga el tiempo marcado en una fecha que aún no conoce y que el plazo puede complicarse en esas dilaciones que no siempre merecen la pena.

Qué pereza volver a hacerse las pruebas, ir a buscar los resultados, escuchar al médico. La cara seria de esos médicos que tienen que dar por enésima vez en el día una mala noticia. Aceptarlo todo sin quejarse, como si no fuera a ella a quien le está sucediendo.

A veces le han dado ganas de animar al médico, de consolarle:

—No pasa nada. Si tiene remedio, por duro que sea, no pasa nada, me opero y listo.

Porque ha acabado comprendiendo que todo lo que tiene solución es una buena noticia, aunque para algunos sea amputar un trozo del cuerpo, una pierna, un brazo, el corazón, o que te llenen la carne de zurcidos y te conviertan en otra.

No pasa nada. Y mientras tanto la vida va pasando y, en esos intermedios, el tiempo que se escapa. Hacer la comida, trabajar, procurar no estar sola ni un momento. Leer, escribir, no pensar en ese tiovivo, el timo de la vida. Resignarse.

—Ya puede entrar —le dice la enfermera, sin mirarla.

A la salida, el miedo la atenaza. Las primeras veces era un temblor discreto: «Puede llegar a ser...», «Si se reproduce...». Los médicos ponían la venda antes que la herida, para no pillarse. Ahora ha visto la cara seria del doctor Sánchez, y su silencio le ha recordado todas las estadísticas.

—Puede que esto esté resuelto, no es seguro —le habían dicho.

De nada le han valido la vida ordenada, la alimentación saludable, el matrimonio bendecido por una Iglesia en la que no cree, ni siquiera esa maternidad feliz. Todo tiembla ante la furia que le produce el jodido bulto que se ha alojado en su pecho como una amenaza.

Una lotería. La injusticia y la impotencia se le trepan a la garganta. ¿Por qué a ella? Mientras conduce de regreso a casa, los ojos llenos de lágrimas ven todo borroso, incluso las luces de la calle, que empiezan a encenderse. Hay gente que mira escaparates como si tal cosa. Otros vuelven a casa con niños pequeños cogidos de la mano. A ella se le ha acabado el plazo que le dieron la última vez.

—Ya veremos —ha dicho el médico—. De momento la ingresamos mañana.

Tres

La mer, la mer, toujours recommencée.

PAUL VALÉRY

Ya conoce este paisaje. Son varios edificios, una ciudad de pasillos cruzados, de bloques de distintas alturas. Una pequeña ciudad del dolor en medio de la capital. Y en cada ventana por la noche se ve una luz, el trozo de una cabeza calva, el pelo blanco y las gafas de una anciana que acompaña a otra y que, en ese momento, se asoma al vacío del patio. Detrás de cada cristal se vive con la ilusión de salir de ese laberinto de camas y papeles, de remedios y de empeoramientos, de mejorías y demoras. Una urbe donde se cumplen con rigor matemático costumbres estipuladas que nadie cuestiona: el desayuno, la limpieza, la visita del médico. Noches interminables y días que serían todos iguales si no fuera por distintos miedos, diversas heridas, diferentes dolores. Un enorme aparcamiento de enfermos.

Pasillos iluminados por luces de neón. Ahora escucha en la habitación de al lado los zuecos de los médicos que acaban de salir del quirófano. Están informando a la familia de un enfermo de cómo le rajaron («intervinieron», dicen ellos) y de lo que encontraron en el fondo. Cuántas esperanzas puestas en el tableteo de esos zuecos que avanzan por el pasillo, piensa, mientras los oye de lejos.

Cuando le hicieron las primeras pruebas se dio cuenta de que había olvidado el frío del metal de las camillas en la espalda, aunque esta vez la habían cubierto con una sábana verde. Menos mal que el cuerpo olvida de una vez para otra.

Esta mañana también le ha extrañado el tufo a cerrado, el calor excesivo en la habitación después de una noche en la que no ha podido pegar ojo. Cuando llegó la enfermera a ponerle el termómetro, ha recordado cómo aparecen siempre antes de que amanezca y despiertan a todos los enfermos de la planta, que se agarran al sueño como ahogados. Suelen llegar puntuales, a deshora, para realizar la última tarea y pasar el testigo con la conciencia tranquila a las del nuevo turno. Ese termómetro que se pone con prisa y con autoridad, como quien hace algo necesario, impostergable. Hoy su gesto rompió la calma del amanecer justo cuando había empezado a coger el sueño y a fantasear con playas, barcos, gaviotas al borde del agua, con mundos sin hospitales donde todos están morenos y juegan a construir castillos en la arena. Se encendieron las luces y

comprendió que era inútil quejarse, más valía aceptar con docilidad lo que quisieran hacerle, pagar ese precio para dormir una hora más hasta que trajeran el desayuno. Ese café que no es café, la margarina, las galletas secas, la bandeja metálica que también parece una camilla.

Ya despierta del todo, ha reconocido el olor a desinfectante, mezclado con otro que no sabe si es de flores muertas o de colonia barata. Después la limpiadora con la fregona ha ido dejando un rastro de lejía por el suelo y por todas partes, incluso en la mesilla. Iba tan deprisa que ha desordenado las fotos, los libros, el cuaderno.

—Nos han dado una hipoteca a veinte años —le gritaba a su compañera, que limpiaba el pasillo—. Dice mi Paco que eso nos mantendrá más unidos que la bendición de un cura.

Qué impotencia le ha producido que le cambien de sitio lo único que trajo del mundo que dejó en casa, su ridículo equipaje para la travesía. Ahora todo está amontonado en una pila informe a la que no consigue llegar. Parece que nadie entiende que un enfermo atado a una cama no puede alcanzar nada que esté más lejos que la medida de sus brazos.

Estar aquí es perder la independencia, la autonomía, que ya nada sea tuyo. Todo te lo han prestado y, si tienes suerte, te lo alcanzarán cuando lo pidas. Y si ya nada o apenas nada puedes contra lo que le sucede a tu cuerpo, nada o apenas nada se te permite tampoco en el espacio en que estás encerrada. El hospital es también la prisión del inocente, del que nada ha hecho para merecer ese encierro. Las cadenas están por dentro: en el bulto, en el dolor, en el cuerpo, pero de allí se extienden enseguida hacia el alma, y entonces son cadenas de angustia y desesperación, la asfixia casi absoluta de no encontrar las fuerzas ni el aire no ya para volar, mas ni siquiera para ponerse en pie y alcanzar el vaso de agua, el periódico, que tendrán que esperar a que vuelva la enfermera o llegue alguna visita. Porque, según avance la mañana, aparecerán personas cargadas de buenas intenciones y yogures que se esconderán en los armarios, chocolates que se derretirán, bollos que se quedarán secos, naranjas que impregnarán la habitación con su olor.

Otras veces ha compartido cuarto con mujeres que no sabían leer o cómo se toca un timbre. Como nadie les había enseñado a aguantar el dolor, gritaban a la enfermera, y decían «mear» y «cagar» en vez de pedir simplemente la cuña. Eran hembras que olían a rancio aunque las lavasen mil veces, porque eran viejas y les gustaba la comida fuerte. Abuelas obsesionadas por el dinero y por nueras incompetentes que aguardaban su fin para heredar la pequeña fortuna de un collar de perlas diminuto, la cartilla de ahorros, la casa del pueblo y algún sofá de escay frente a un televisor encendido que nunca se veía bien.

Esta vez ha sido todavía peor. Vicente odia hablar de su enfermedad, y en cuanto se encuentran se pone nervioso y empiezan las malas caras. Insiste en que no puede faltar otra vez a la oficina. Así no hay quien ascienda, parece decir, a este paso me van a prejubilizar. No ha venido hasta que no le ha quedado más remedio. A Teresa le ha costado dejar a sus hijas con ese padre tan concentrado en vender ordenadores, que cada vez se parece menos al suyo.

Se siente muy sola. Vicente se lo ha dicho desde la primera vez:

—No soporto los hospitales, me agobian, no me pidas que vaya.

Le sucede lo mismo con las enfermedades, la pobreza, los funerales y, en general, las desgracias de los demás. Le dan mal rollo, dice. ¿O es ella la que se adelanta, la que no quiere molestarle, como si le debiese algo? Menos mal que su sentido del deber le traerá cada día cargado de libros, periódicos, cartas y recuerdos de las niñas.

Las camas son barcos varados. Camas metálicas muy distintas de las de casa, articuladas por una columna vertebral que se retuerce con una manivela que siempre se pierde cuando más se necesita. Demasiado altas para bajarse por la noche sin hacer ruido. Sábanas ásperas con el nombre del hospital marcado, para que nunca olvide, ni en sueños, dónde está encerrada.

—Tráeme por lo menos la almohada y la foto de las niñas, que con las prisas no las metí en la maleta —le pide por teléfono.

Teresa añora su almohada pequeña, la manta vieja y suave, el cabecero tapizado. Le gustaría que este paisaje dejara escapar el zumbido de una radio o las voces de algún niño que no quiere ir al colegio. Echa de menos la mesilla cubierta de libros, el teléfono, el cesto con las llaves y las cartas del banco mezcladas con facturas. La respiración de sus hijas, el olor de la espuma cuando se bañan. La luz de la ventana y el zumbido del tráfico. Incluso trabajar, conducir, aparcar, ir al cine, de compras, comer en restaurantes, devorar una merluza fresca.

Necesita pensar en esas cosas para olvidar estas luces y el silencio lleno de ruidos que se oye por la noche. Le faltan la comida caliente con suficiente sal, la paella del campo, la ensalada de la huerta, la fruta de colores. Aquí todo está frío y sabe parecido.

No echa de menos a Vicente. Está muy tranquila sin esa cara tensa junto a la suya. Descansará estos días del modo acelerado en que mira el reloj por las mañanas, siempre a punto para salvar la empresa.

Y tiene los libros con todas sus historias, los mejores amigos para luchar contra el miedo a no ser, a no salir de aquí, un balcón a ese mundo que apenas se insinúa detrás de estas ventanas alineadas como las de un transatlántico. Los libros, que la llevan muy lejos, a países sin hospitales, sin médicos, sin cicatrices.

Las camas son barcos varados, piensa Teresa, tumbada bajo las sábanas. No podemos movernos de cubierta. Si cayéramos nos ahogaríamos, no sabríamos nadar:

—No debe, no puede usted levantarse —dijeron los médicos—. Ahora, mientras le hacemos las pruebas, debe usted descansar.

Pero si no estoy cansada, piensa ella.

Así que mira alternativamente al ojo de buey a estribor y al pasillo a babor con esa sensación de mareo que se tiene cuando se navega en alta mar. Más que enfermos, son marineros en las

oscuras galeras del barco, que reman para llegar a alguna parte. Galeotes a los que a veces les falta la fuerza para arribar a puerto. Galeotes sin nombre.

Pero el anonimato solo es visible para el visitante. Los que están ingresados saben que tienen número e identificación. Los enfermos no son anónimos. Todos llevan un sello grabado en la frente: las marcas de la enfermedad.

Intentará aprovechar este viaje, a pesar de la zozobra que a ratos la atenaza. Aunque está atrapada, nadie la obliga estos días a hacer cosas que no le gustan, aquí no hay cenas en Montecarlo, horario laboral ni alumnos revoltosos. Siente, a ratos, el placer secreto de estar aquí y nada más que aquí. Reposo absoluto, le han ordenado los médicos. No se queja: lee, piensa, dormita.

Se hará a la idea de que ha embarcado en un largo crucero. El viento la llevará y no tiene que preocuparse más que de tener a mano una buena novela y asomarse de vez en cuando al paisaje de la ventana. Alcanzará su destino, el que sea, sin que pueda hacer nada para cambiarlo. Así se lo plantea, un viaje largo. En la vida exterior no tiene más remedio que tomar decisiones. Aquí está en manos de los médicos, de las enfermeras. Mientras pueda leer, todo está en orden. Ojalá no tuviera tanto miedo.

Esta vez han decidido examinarla a fondo, le han dicho, como a una estudiante a final de curso. Pretenden introducirse en el territorio de su cuerpo como quien se adentra en una selva ignota, armados de todo tipo de instrumentos. Hacer un mapa, como el escenario de un campo de batalla, antes de intervenir una vez más. Buscar las causas de estos bultos que se reproducen una y otra vez.

El doctor Sánchez se ha convertido en el doctor Livingstone, tocado con un salacot, y se propone desafiar a fieras y manglares. La palabra «cáncer» reaparece, preñada de amenazas. Aunque le dicen que se cura casi siempre, se convive con él, se domestica si se pillan a tiempo, su miedo no es tan domesticable, y a cada rato se le enreda en la garganta como una liana fina e irrompible.

Solo si cierra los ojos recuerda que hay otro mundo fuera y consigue olvidar los sollozos que ha oído por la noche. Entonces se sumerge en el fondo del mar de su memoria. La historia con Carlos fue tan corta que se quedó entre paréntesis, pero aún resplandece, como el oro que se encuentra en el mar muchos años después de los naufragios. ¿Cómo era el mundo anterior a él?, se pregunta a veces. Lo recuerda como un espacio donde los sueños no tenían papel donde escribirse. Esa historia, redonda y brillante como una moneda, empezó a crecer cuando pisó este barco.

Cuatro

Beware the ides of March.

WILLIAM SHAKESPEARE

Si la escribo volverá, piensa. Si regreso a aquella playa recuperaré el sabor de sus besos salados, eso me dará fuerzas para salir indemne de este laberinto. Si puedo revivir una sola de las horas que pasamos juntos, conseguiré curarme.

La ventana delimita un paisaje urbano sin una concesión a la tierra que duerme debajo del asfalto. No hay un árbol, ni una planta o un seto en las aceras para recordar que una vez allí hubo campo, ovejas, la frescura de un río. Aún peores son las habitaciones que dan al patio. Desde allí solo se ven otros cristales, luces diminutas, personas que sobreviven en un horizonte desolado donde hay una máquina enorme con una rejilla que con su ruido constante impide que se abran las ventanas por la noche. Esta vez ha tenido suerte.

Teresa se inclina. Fuerza la nuca y la barbilla se le queda casi pegada al pecho. Las piernas dobladas y el cuaderno apoyado sobre los muslos que las sábanas ocultan. Lo compró a principio de curso con el material escolar de las niñas, no pensó que lo usaría tan pronto. Nada que ver con los cuadernos de tapas de colores que ellas prefieren. Este es de hule azul oscuro y de hojas rayadas, como los de su infancia.

Cuando le dijeron que tendrían que ingresarla lo metió en la maleta para que no se le olvidase. Escribir será una excusa para las conversaciones morbosas, aguantar las noches de insomnio y que los días pasen más deprisa. La ayudará a combatir el miedo y a intentar comprender por qué le ha tocado a ella. No acaba de aceptarlo. Siente a la vez una inmensa rabia y la certeza de que no le sirve de nada enfadarse, de que debe tener mucha paciencia.

Empezó muy joven a escribir diarios interminables en páginas cuadriculadas en las que intentaba curarse del mal de amores. Cartas a su otro yo.

—No controlas las distancias medias —le dijo uno de sus ligues adolescentes—, eres demasiado intensa.

Cursi es lo que era: «Cuando me mira, el jardín que empezaba a quedarse en sombras de repente adquiere un color azul que es ahora el color de mi añoranza», decía aquel verano de sus dieciséis años. «Lleva toda la semana sin llamar y justo cuando empiezo a olvidarle se acuerda

de mí. Como si un mecanismo secreto le advirtiera del comienzo del fin. Aunque nunca podré librarme de esta pasión.»

Y así hasta pocos meses antes de casarse: «Ha venido a la playa. Condujo cinco horas desde Madrid solo para darme una sorpresa. No creo haber tenido nunca un momento más feliz. Como una diapositiva. Su cara ilumina cada uno de mis pensamientos».

¿Qué vería en él?, se pregunta ahora.

Cada vez que relee estas palabras titubeantes, entrecortadas, tiembla. Pero, aunque las palabras lo fueran, se da cuenta de que aquellos entusiasmos no eran vulgares. Echa de menos el fervor con el que anotaba las miradas, las palabras, para detener el tiempo mientras detrás del tabique oía a sus padres lanzándose reproches como piedras.

Igual que no quiere dejar la casa de sus padres ni tirar los juguetes de sus hijas, la irrita ver en sus diarios de entonces lo conservadora que ha sido siempre. Parecía como si mirase la vida desde un cristal que la mejoraba y ponía paños calientes de romanticismo a las situaciones más prosaicas.

Ya no es la misma, el matrimonio ha acabado de endurecerla. La convivencia, esa ensalada sin aliño, le ha enseñado a guardar las distancias. En ese cuaderno intentará levantar acta, como un notario, de lo que pase a su alrededor, pero sin implicarse, sin dejar que la angustia que no quiere enfrentar se esparza por sus páginas.

Hacer algo, por Dios, no pensar en el día de mañana, en el peligro, en la puerta que no se acaba de cerrar, en el foso que siempre está acechando al doblar una esquina. El foso es más profundo, más amplio y más cercano cuando estamos enfermos. La terrible palabra, el cáncer que quisiéramos nunca más pronunciar, es terrible más bien y sobre todo por esa otra palabra ante la que no hay estudios, tratamientos ni sombras que atenúen su presencia inequívoca, aplazable aunque sea por un rato, pero solo aplazable. Acaso todo miedo y toda angustia nacen de la certeza de la muerte. Pero no, por favor, hoy no, mañana no, tan solo un día más, y cada enfermo es una Sherezade que a base de inventar otro discurso se gana cada día la evasión del discurso final.

Lo tiene todo planeado. Durante el día se concentrará en luchar para no deprimirse en esa habitación donde la geometría de la luz natural se mueve sin gracia sobre las colchas. Esa limitación de los contornos hará que su vista se detenga en algunos objetos como si fueran el cabo que la sujeta a la vida: los libros, los periódicos, el neceser lleno de cosas innecesarias: un espejito en el que preferirá no mirarse, rímel, colorete, la colonia, un peine, el monedero, la caja de cigarros a medio consumir, cerillas que no se utilizarán, una libreta de direcciones a las que por ahora no puede ir y de teléfonos a los que no llamará. Y, cuando caiga la noche, acabará por conformarse con el paisaje sin grandeza que son las paredes verdosas, la luz que vuelve las miradas transparentes y las pieles mustias. Encenderá, si es preciso, el televisor de monedas para

entretenerse y antes de dormir escribirá un ratito entre estas sábanas tatuadas. A esa hora es cuando más le gustaría tener un Dios al que rezar.

En ese diario no refleja cómo es fuera del hospital: el entusiasmo con que va cada día a trabajar a pesar de lo poco que duerme, la seguridad con que sube a la tarima, la precisión y el ritmo que imprime en sus clases a la lectura de textos de sus escritores favoritos. Para hacerlo se pone las gafas y mueve una mano mientras con la otra sostiene un libro gastado. Modula la voz y actúa ante sus alumnos como una actriz empeñada en seducir a su público.

Siempre le gustó leer. La carrera la decepcionó. Nunca llegó a comprender cómo había profesores que conseguían hacer de su pasión una vulgar yincana asfaltada de trampas.

Ella pretende convencerlos de que la literatura puede ser un flotador para las peores mareas. Todos los días intenta contagiar a los chicos su entusiasmo. Unos ojos atentos al fondo del aula, como la lucecita al final de un túnel, la compensan de cualquier esfuerzo, pero no todos los años consigue encontrarlos.

El cuaderno azul tampoco muestra su forma de vestir, siempre controlada. Le gusta pasar inadvertida. Es una más de esas mujeres que esconden sus formas debajo de una chaqueta bien cortada. Pantalones lisos, blusas blancas, a veces un pañuelo de color. Ropa muy distinta de las minifaldas apretadas que se ponen las mujeres de los compañeros de Vicente. En el hospital siempre se ocultará en camisones blancos y en una bata de lana rosa que tiene desde que se casó.

Sí que asomarán los contornos de sus dudas y sus miedos. Escribir cada día se convertirá en obsesión, medicina, placebo. Un desahogo para sus secretos. Una oportunidad para reflexionar sin control sobre el matrimonio fracasado que es incapaz de romper. Lo hará, piensa ahora, cuando algo la sorprenda o se sienta demasiado acosada por lo que la rodea. Un escudo contra el desamparo.

Desde la primera noche ha vuelto a recordar con mucha intensidad el mar de los veranos, cuando el sol se sumerge y los niños pequeños, bajo el manto de la mirada de sus madres, juegan a excavar lagos en la orilla. Esa hora en que las gaviotas se han hecho dueñas de la playa y quedan algunas parejas que saltan y se abrazan en medio de las olas.

Ha vuelto a ese lugar lejano como a un refugio luminoso. Esperanzas y recuerdos con luz natural, no como esta luz de neón que envuelve el dolor y lo iguala.

Le conoció en verano, hace ahora dos años. Un verano del norte.

Cinco

La fisonomía del hombre que sufre es parecida a la del hombre que piensa.

PÍO BAROJA

2 de marzo

Estaba en la playa con Carlos. Antes de abrir los ojos esta mañana creí que seguía allí. Luego pensé: lo he soñado como otras veces y estoy en casa. Enseguida extrañé el olor y me sorprendió la luz cenicienta a través del cristal. Ya despierta, según pasaron las horas, me pareció que vivía aquí desde siempre.

Quizás sea la familiaridad con que nos tratan las enfermeras a los pacientes, como si nos conocieran de toda la vida. Hay una, Lourdes, que se ha quedado un rato después del desayuno. Me da muchas explicaciones, debe de creer que no me gusta quedarme sola en esta habitación doble. No sospecha cómo disfruto de este silencio. He adivinado que es ella la que vive sola porque ha pasado directamente a las confidencias. El síndrome de los solitarios.

Me dice que quizás se ha equivocado de profesión. No acaba de acostumbrarse a aceptar como algo normal que se le muera un enfermo.

—Soy madre soltera —me ha aclarado sin que se lo preguntase. Tiene una niña pequeña.

—Anoche dormí mal. ¿Quién se queja tanto? Era la voz de un hombre que intentaba aguantar su dolor, sin conseguirlo.

Al otro lado del pasillo hay un hombre al que le han tenido que amputar una pierna, ingresó por urgencias, está grave. Lo extraño, me cuenta Lourdes, es que se queda todo el día con los ojos abiertos y solo mira al techo. Desde que despertó de la anestesia apenas ha pronunciado palabra, solo esos gemidos a todas horas. Le tienen que obligar a levantarse para la rehabilitación, casi no come y no consiguen siquiera que vea la televisión. Los médicos creen que si sigue tan deprimido no durará mucho.

—Me gustaría poder ayudarle —le contesto.

Luego pienso que dónde voy yo con el peso de mi congoja a ayudar a un vecino de planta al que ni siquiera conozco. Me pregunto qué le podría decir. Imposible contarle que es la tercera vez que vengo y cada vez lo llevo peor. Tendría que convencerle de que el cáncer se cura y hay

que tener esperanza. Hablarle de mi caso: varias veces salvada y todavía una larga vida por delante. Mis hijas aún me necesitan y me levanto bien por las mañanas. Puedo trabajar, los alumnos me cansan, pero a menudo consigo que aprendan algo. Pronto olvidará el malestar, se acostumbrará, deseará vivir.

Los pasajeros de este barco nos enteramos, como por casualidad, de lo que sucede en el camarote de al lado y no podemos hacer nada los unos por los otros. Sorprende esa simultaneidad del dolor y la sencillez con la que se comentan sucesos tan definitivos. En este viaje no se sabe nunca si vamos a chocar con un iceberg o si llegaremos a algún puerto donde pasar las vacaciones. No hay certeza, ya iniciado el trayecto, de si navegamos en una canoa agujereada o en un crucero de lujo.

Y, como en un gran barco que se hunde, de nada sirve preguntarse quién saldrá con bien de esta aventura. Acaso el enfermo más grave viva otros treinta años; acaso el que parecía que estaba ya curado muera pasado mañana. En eso el hospital es como todo en la vida: las garantías son tan solo aparentes, nada nos protege de un posible desastre, dentro o fuera del cuerpo. Según cómo se mire, esta lotería nos llena de esperanza o alimenta de nuevo nuestra angustia.

Me gusta Lourdes, seguro que me alegrará la vida. Es una de esas chicas uniformadas que para distinguirse de otras lleva pendientes largos de colores, rizos grandes y los ojos muy pintados. Tiene una boca grande que no deja de sonreír. Seguro que fantasea en las guardias con un marido médico que se convierte en padre de su hija. Me sorprendió el modo en que me confesó sus dudas, su confianza en alguien a quien acaba de conocer.

Yo no soy capaz de abrirme tan fácilmente. Por eso tengo este cuaderno. Lo esconderé de todos, sobre todo de Vicente. Sus visitas son un trámite molesto, como cuando tuvimos que presentar los papeles para mi ingreso, esa desgana. Cada vez que le veo me quedo vacía. Para que no se dé cuenta pongo el televisor, hojeo una revista, digo que estoy cansada y le doy el periódico. Prefiero no mirarle a los ojos.

No dejo de imaginar esa habitación idéntica a esta, donde un hombre está tumbado con las sábanas planchadas como un sudario, pues su quietud apenas las arruga. Una pierna de menos y mirar al techo como si tuviese la mente en blanco, sin el consuelo de la conversación, de una radio, del televisor. Quizás no tenga fuerzas ni para entretenerse con esa caja brillante y que las horas pasen más lentas que nunca mientras llega la muerte, tan despacio.

¿En qué pensará ese hombre que no habla? ¿En sus hijos, en sus nietos? ¿O se acordará de sus padres, de los lejanos días de su infancia?

Tomás toca el lugar que ocupaba su pierna y recuerda, ahora que la memoria se le nubló de pronto, el bocado que le ponía su madre para ir al colegio. El papel con grasa roja que goteaba del chorizo le dejaba su olor en las manos y a veces manchaba sus cuadernos. Mientras mira al

techo, el recuerdo de ese olor le da hambre y le ayuda a recuperar hasta el sonido de su nombre. Esta noche, cuando la enfermera le lleve la papilla de verduras, recordará los bocadillos que se comía en el patio de la escuela y se concentrará en su sabor para tragar la sopa verde, sosa y fría que le pondrán delante. Su hija le ve sonreír y le aprieta la mano. No sabe por qué se ríe, ya que no ha sucedido nada especial, ni por qué esa noche lograrán por fin que tome unas cucharadas. Esas manchas rojas que dejaban su cerco en el papel de estraza gris en el que su madre envolvía el bocadillo.

No es suficiente ese recuerdo para calmar los dolores, la soledad. Para despistarlos, se pone a pensar en los dedos redondos de su madre, las uñas muy cortas. Dedos rojos metidos en el agua helada del lavadero en el patio de atrás, la lejía. Por qué vuelven ahora aquellas manos pequeñas que cortaban el chorizo cada mañana como una declaración de amor. Las noches en que la veía arrodillarse junto a la bañera como si rezase. Meter el codo en el agua para probar la temperatura y luego enjabonar al hermano pequeño cantando coplas de su juventud. El cuerpo brillante del niño y su delantal blanco. También las rodillas se le quedaban rojas después de aquellos baños. Admiraba su fuerza. Cómo, se pregunta ahora, conseguiría cogerlo en vilo, ponerse de pie y que no se le resbalase, con lo grande que era.

Los movimientos bruscos al abrazar a sus hijos, su aliento cálido, ese perfume que casi no recuerda, que ha perdido. Cuántas veces se refugió en ese pecho enorme en el que cabían todos. ¿Cómo olía su madre?

En el hospital huele a comida fría y a medicinas. Solo cuando le hacen la cama por la mañana mientras se queda inmóvil, si la enfermera se inclina un poco más de lo debido, siente un olor que podría ser aquel. Pero no consigue retenerlo, porque las enfermeras son demasiado rápidas para seguir sus pasos, sus aromas.

Le tratan como a un niño. Esos diminutivos humillantes que gastan. ¿Está calentito? ¿Va a ser bueno, cariño? ¿Cómo se siente hoy el abuelito? No, no tiene fuerzas para cortar su trino insoportable. Para contarles que las mujeres le amaban; mujeres como ellas le abrían sus piernas, le buscaban al volver de las eras. Alguna vez tuvo a más de dos mujeres en un día. Mujeres como ellas. Cuando las ve riendo le gustaría que probaran su polla, que la vieran enhiesta como entonces.

No dirían eso de «abuelito» ni «¿cómo ha pasado la noche?». Entonces las noches eran todas de una pieza. Guardar el ganado pronto, comer lo que hubiese y luego, entre las sábanas, con el olor del campo, abrazar a la que se acercara. Si supieran, si lo hubieran conocido entonces, no le mirarían con esos ojos de buenas personas.

Los diminutivos de esas diminutas mujeres que tal vez nunca han conocido el sexo y que llevan sobre el hábito marrón un delantal blanco y las mangas siempre recogidas. Monjas arremangadas que no se sabe por qué siempre son pequeñas, tienen gafas gordas y voz chillona.

Le gusta, cuando se inclinan a darle la medicina, concentrarse en los tres pelos que les crecen debajo de la barbilla. ¿Son monjas por ser bajas o bajas por ser monjas?, se pregunta entre sueños.

Y esa papilla inmundada creerán que la traga. Guarda en el armario de la memoria el olor del queso que hacen sus ovejas, una bota de vino, un pedazo de pan del pueblo que se estará quedando duro y agua que sale del botijo como de una nevera.

Y las enfermeras. Qué poco le conocen esas tontas muchachas uniformadas que entran por las mañanas con alcohol de romero a fregarle la espalda. Qué sabrán, qué creerán que es. Solo ven un despojo de aquel hombre que fue y que quedó en el campo. Olvidó su lenguaje, sus rezos, sus deseos al verse en la ciudad, en esta tierra yerma. Cómo contarles las mañanas aquellas de levantarse al alba, de escuchar a los gallos cantar entre las nieblas, mojados de rocío. ¿Habrán muerto los gallos?, ¿habrán envejecido? Es imposible explicar a estas mujeres metidas en sus prisas el canto de los pájaros que cuando cae la tarde se pelean por un trozo de cable de teléfono, pintados contra el cielo de su pueblo.

Prefiere resignarse a ese techo, a esas luces marchitas, y seguir día a día aburrido por la misma cantinela de diminutivos torpes, caritativos.

Este silencio de techo blanco.

De pronto se acuerda de lo que pasó. Ese día todo estaba en calma. Engañado por el sol, salió sin abrigo. Enseguida tuvo frío y la pierna empezó a dolerle. El reuma, pensó, ya llevaba tiempo con un dolor que le hacía arrastrar la pierna en vez de caminar erguido, como a él le gustaba. Buscó su coche blanco, ¿dónde lo había dejado? Todas las esquinas se curvaban con las mismas aristas y los coches blancos eran idénticos, ¿cuál sería el suyo?

Era su calle, pero no lo parecía. Su barrio son viviendas iguales que a esa hora suelen desperezarse. Hay luces encendidas, niños que desayunan, hombres que se afeitan, mujeres que dejan la casa preparada para salir corriendo a coger el metro.

Tenía ganas de llegar pronto a la oficina. Nunca le gustó retrasarse, y menos desde que estaba Paqui. Sus zapatos rojos debajo de la mesa, que se le escapaban a veces de los pies. Esos zapatos de tacón eran ahora su puerto de refugio. Tenía prisa, y el coche, nada, la llave no encajaba en ninguno. ¿Se lo habrían robado? Quizás, si esperaba un rato, Aurora, su mujer, le ayudaría. En ese estado era inútil intentar volver a casa, ya no podía.

—Pero ¿por qué no viene? Todas las mujeres son iguales, ¡cómo les gusta hacerse esperar! — musitó, indignado.

Definitivamente ella no acudiría. Le sorprendieron otra vez la agudeza del dolor y la dificultad para respirar. Pensó en pedir ayuda, pero la calle estaba desierta, todavía era pronto. No recordaba haber tropezado, ¿por qué se estaba cayendo? Si hubiera salido con el perro..., pero no,

si el perro había muerto hacía ya dos años, hubo que dormirle, qué estaba diciendo... Dónde estará esta puñetera mujer que no sirve para nada, tengo que llegar al trabajo. Qué fría está la acera a estas horas, me voy a manchar el pantalón. El cielo estaba azul, fue lo último que vio, y ahora este techo liso y blanco, que no le dice nada.

5 de marzo

Apenas tres días y la enfermedad ya es una costumbre incorporada como una segunda piel, como si fuera lo natural. Hoy después de desayunar, cuando me han hecho la cama y me han lavado como a un gato, he vuelto a los libros, a las revistas, al cuaderno que me consuela tanto. He puesto una música suave en la radio y miro a través de la luz que a esta hora llega hasta la puerta del cuarto. En la calle ya se debe notar la primavera. Sigo esperando a que me hagan las pruebas.

Cómo podrá la gente resistir sin un libro en un sitio como este. Cuando me dijeron que tenía que ingresar, enseguida pensé que tendría tiempo para leer. Así puedo sustraerme a tantas historias que me vienen contando. Nunca he conseguido que a Vicente le interesen mi trabajo ni mis lecturas. Si no fuera tan analfabeto gastaría menos dinero en tonterías.

–El hombre de enfrente sigue sin abrir la boca –me cuenta Lourdes.

¡Con lo que le gusta hablar a ella!, pienso yo.

–Anoche no le oí quejarse –le contesto–. Cuánto mejor estaría si tuviese a mano una buena novela –le digo–. Si llego a conocerle, le convenceré para que lea un libro.

Leer me salva, escribir también. Si los alumnos se dieran cuenta de cómo te puede cambiar la vida...

Le hablo de aquel chico del instituto hace unos años, Felipe, se llamaba. Ese chaval tan reconcentrado que no se trataba con nadie. No olvidaré el ejercicio que les puse: Hoy vais a escribir un monólogo interior. Hacedlo sin puntuación, todo seguido, lo que se os ocurra, sin romper el hilo de vuestros pensamientos. Cómo se puso a escribir aquel chico, a qué velocidad. Casi cinco folios. Le gustaban las motos y el rock. Quería irse con algún grupo a tocar por todo el país y luego hacerse de una ONG, ser médico sin fronteras, vacunar a los niños, curarlos, alimentarlos. El mundo se le quedaba pequeño. Y cómo lo leyó, a borbotones, con qué entusiasmo, cómo le aplaudieron sus compañeros, que apenas le hablaban. Desde que consiguió compartir lo que sentía, cómo cambió, empezó a tener amigos. ¿Qué habrá sido de él?

–Aquí también hay un Felipe –dice ella.

Tomás ha ido armando el pasado a partir del recuerdo de su madre, y la memoria ahora es una película que se proyecta en el techo de la habitación.

Claro que es mayor, ¿y qué?

Ahora dará pena. Se imagina la compasión en la cara de los niños, de las parejas jóvenes cuando le vean arrastrar su única pata. Muy pocos se darán cuenta de la suerte que tiene.

Primero, porque ha llegado hasta aquí: que le quiten lo bailado. Solo temen el paso del tiempo los que no saben que en cualquier momento se puede acabar, dejar de funcionar, como una caja de música que se detiene. A estas alturas ya sabe que cumplir años siempre es una conquista.

Amó a muchas mujeres antes de conocer a Aurora. Ellos no. Seguro que no conocen el mundo como él. Pobrecito viejo.

Desde pequeño había sido muy enamorado. Aquella niña del pueblo con la que coincidía en la fuente cuando su madre le mandaba a llenar los cántaros ahora es una mujer gorda llena de hijos que todavía se pone colorada cuando se cruzan por la calle. Nunca ha salido de allí, mientras que él... Si se hiciese la historia de todas las que le han gustado, los que ahora le conocen se asombrarían. Cada una fue como un viaje. Espejos que le devolvían su imagen mejorada.

Ya tiene poco que demostrar. Pasó la época de abrirse camino. Cuánta lucha para aterrizar aquí. Cuando llegó, qué asombro le produjo la ciudad. Iba como un sonámbulo. Tan absorto, mirándolo todo, que tropezaba con la gente, con las farolas. Le movían las ganas de aprender, de ser alguien, de tener un nombre entre esa multitud en la que se sentía invisible, confundido con el gris del asfalto. Su éxito con las mujeres le salvó.

Ahora ha pasado el tiempo de pasearse como un pavo real delante de las chicas, enseñando los músculos. Si las mujeres le hacen caso no será ya por el tamaño de su espalda, sino por cómo cuenta los chistes en el bar o por su astucia para jugar al mus. Será porque le gusta caminar por el campo y sentarse en algún recodo del camino apoyado en la cachava y, si alguna le llama la atención, todavía sabe cantarle una copla, echarle un piropo. Por eso le querrán ahora. Les resultará gracioso con el pitillo colgado del labio y sus dientes reluciendo al sol cuando se ríe. Pobrecito viejo.

Y porque es limpio.

—A las mujeres nos gustan los hombres que no huelen a choto —le dijo Aurora la noche de la boda—. Si sigues oliendo así, como esta noche, te querré siempre.

Desde entonces se ducha cada mañana, y a veces por la tarde, si ha estado en el taller o cuando va al campo con los animales. Qué pena que las cosas se hayan roto entre ellos a pesar de que siguió lavándose. No tiene que demostrar mucho más.

Por eso le dan pena esos chicos subidos en la moto, de aquí para allá, sin poder parar. Como Felipe, su compañero de habitación, que en este momento, justo al lado, se corta las uñas de los pies con la misma dificultad con que un ángel se despojara de sus alas. Por lo que cuenta a las visitas, debió de ser un buen golpe.

Qué bien se está en el camino, sentado en una roca con la única tarea de mirar a lo lejos. Quién

estuviera allí, en el pueblo. Qué poco sabe nadie de lo que piensa un viejo.

7 de marzo

Nunca me había pasado nada semejante. La mesilla se mueve por la noche como si se quejara y hace un ruidito leve que no me deja dormir. Ahora ya es por la mañana y también la he oído suspirar, como si guardase las quejas de todos los que han pasado por aquí. Como si tuviera un animalillo dentro.

—En casa nunca tengo tiempo para leer —le digo a Lourdes, que mira con curiosidad mi pila de libros.

No le cuento que todas las noches, por no verle la cara, pongo un libro entre nosotros como quien levanta una tapia. Hago como si estuviera muy concentrada, como si nada me interesase más. Pero enseguida caigo agotada. De espaldas, eso sí.

Prefiero que ronque. No soporto que algunas noches me busque en la oscuridad y me atrape entre sus piernas delgadas. No aguanto cómo lo hace. Una obligación o algo que me debiera. Esa mezcla de torpeza y aburrimiento. Y lo que peor llevo es que, entonces, no soy capaz de negarme. Me quedo sin saber reaccionar. Si no me apetece, pues no me apetece y ya está. ¿Por qué no me atrevo a decírselo? ¿Temo su cara de acelga, que nunca se sabe bien a qué se debe? ¿Todo lo que le sucede es culpa mía?

¿Soy yo o es él? ¿Es todo por lo que hice? ¿O el desinterés viene de antes, de su actitud constante, de su vida barata? ¿Fue un error mío casarme con él, del que él no es culpable? ¿O no se trata de buscar culpables, sino de, llegados a este punto, aliviar en lo posible el dolor que venga con una solución drástica?

Desde aquel verano nada ha vuelto a ser igual. Nuestra vida ahora es... una foto en blanco y negro. Por eso estar aquí tiene algo de liberación. No verle más que el ratito que viene por cumplido y para darme noticias de las niñas.

Afuera se arreglan perfectamente sin mí. Una se cree imprescindible y solo es cuestión de unas horas más de asistenta, contratar el autobús escolar y que te eche una mano tu hermana o la vecina. Por eso estoy tranquila.

Si no fuera por el miedo, esto sería un balneario. Disfruto de las conversaciones con Lourdes y otra nueva amiga: Paula. Está en la habitación de al lado y también tiene muchas ganas de hablar. Y luego ese hombre que me intriga tanto.

En casa, justo antes de la caída, Tomás estaba harto. Le molestaba todo lo que hacía Aurora.

Desde aquí lo ve más claro: cómo arrastra las zapatillas al levantarse, lo que tarda en el cuarto de baño, la manía de calentar la leche con el fuego demasiado fuerte hasta que se quema el cazo. ¿Por qué no se pintará un poco las ojeras? ¿Por qué, haga frío o calor, siempre se quejará del

tiempo, del sueño que tiene, de lo que le duelen los huesos?

Por eso, en cuanto se levanta, está deseando ver las medias de malla, esos tacones, los tobillos fuertes de Paqui. ¿Qué culpa tiene de que sea tan simpática? Hasta que la conoció no se dio cuenta.

Y su mujer lo nota. Nunca le había preguntado tanto. Se da cuenta de que vuelve más contento y de que nada más llegar se le cambia la cara.

Ahora prefiere abrir la nevera, comer algo rápido antes de que aparezca. Evitar su mirada, decir que está muy cansado.

—Pero ¿qué haces hasta tan tarde en la oficina? ¿Es que vas a ascender, a tu edad? ¿Te van a hacer portero mayor y vas a llevar galones?

—Arrastro ficheros de un lugar para otro. Inventario —contesta.

Un inventario que dura ya demasiados meses. Una excusa para apagar enseguida su luz mientras ella sigue parlotando. Un pretexto para hacerse el dormido y pensar con libertad en las medias de rejilla, en su olor.

Si va a la oficina contento es solo por esos zapatos tan poco adecuados para trabajar. Los rizos rubios de Paqui, el pelo cardado en la frente, el flequillo juguetón. Los labios colorados que se retoca de vez en cuando mientras se mira en ese espejito que lleva en el bolso. Su cara redonda, la voz un poco chillona. El modo en que riega las plantas, cómo se acuerda una vez a la semana, con qué puntualidad. Y cómo cierra el radiador para que no se mueran. Las flores y él reviven cuando ella los mima.

Si faltase no tendría fuerzas para ir, no podría. Y la blusa con volantes abrochada justo donde aparece la rajita diminuta de sus pechos espumosos. Si se inclina para ordenar la mesa puede verlas mejor. Esas tetas blancas que deben saber a manteca, a nata fresca. Alguna vez se ha debido de dar cuenta de cómo se las mira, aunque disimula, vaya si disimula. Las enfermeras no pueden compararse con ella.

De Aurora le irritan hasta los suspiros. Su sensatez, lo previsible que es, las pocas sorpresas que le ha dado desde que viven juntos. En casa todo se hace porque es lo correcto, siempre pendiente de lo que piensan los vecinos, el de la tienda, los amigos.

Y esa manera de decir: «En mis tiempos..., en nuestra época...», como si sus tiempos no fueran estos, como si ya no valieran y estuvieran los dos enterrados. Gentes de otra época. Que se lo ha creído.

La casa tan ordenadita. Límpiase en el felpudo, no entres con los zapatos manchados, no tires migas, no pongas la cerveza encima de la mesa, que dejas cerco. El pañito de perlé encima de los brazos del sillón, los ceniceros por toda la casa, qué olor deja ese tabaco negro. La ropa oscura, para que no se gaste, para que no se manche, para que no se arrugue, y mientras tanto la cara llena de rayajos imposibles de borrar. La vida, que hace su oficio.

¿Para qué todos esos ahorros? Como si eso fuera a librarlos de algo. Todo por hacer, pero, eso sí, la cartilla bien llena de dinero que va perdiendo valor y que se quedarán los hijos. En esos más vale no pensar. Se acuerda de Miguel, el mayor, que últimamente se ha empeñado en enfrentarse con él. ¿Cómo le habrá salido tan materialista?

Con lo aventurero que ha sido él. ¿Cómo se casaría con una mujer así? Ahora casi no recuerda lo que le conquistó. En cuanto la conoció supo que sería la madre de sus hijos. Esa cara de buena, esa paz que contagiaba. Quizás fue porque tenía las mejillas rosadas, aunque era una señorita cursi de ciudad. Esa frescura.

Tantos años, tantos dolores juntos y no tener nada que decirse. ¿Cuándo empezó a mirar a otras mujeres? Se siente culpable de todo lo que le pasa. ¿Fue cuando nació el niño y empezó a llamarle papá? ¿O durante la menopausia, cuando le daban esos accesos de ira incomprensibles? No consigue recordar en qué momento empezó a aburrirle tanto. Por su culpa, se le ha escapado la vida. Si no fuera por ella habría aprendido idiomas, siempre le gustaron los idiomas. Y luego... mil aventuras. Fue ella la que se empeñó en tener hijos tan pronto, y desde entonces trabajar diez horas no fue suficiente para todos los gastos. Y justo ahora, cuando podían estar más tranquilos, se ha inventado esa mirada de víctima que no la abandona.

No, él no tiene la culpa de que Paqui vaya a trabajar con ese traje de chaqueta azul y esas blusas que cada día cambian de color. Ni de cómo le mira desde el otro lado de la mesa o se ríe de sus bromas.

Le mira bien. Lo nota cuando le da las cartas para que las eche en el buzón. No, gustarle no, sería imposible..., si podría ser su padre, pero le mira bien, de eso está seguro. Él no le ha puesto esos pendientes que brillan desde lejos, ni le ha recomendado la colonia que llena de perfume a lavanda el cuarto donde trabajan. Ahora parece que todos los papeles que hay que fotocopiar tienen el mismo olor.

Tendría que decidirse. Ahora que los chicos ya se han ido, no hay excusa. Es el momento de hablarlo civilizadamente, hacer cuentas, vender ese piso tan grande y tan viejo, comprarse algo más pequeño para cada uno. No hace falta pelear. No es por echarse una novia nueva, ya no le quedan ganas de novias ni de nada. Es por disfrutar de un poco de paz, no tener que soportar el silencio en la cena, que se ha hecho más denso desde que se casó el último hace más de seis meses. Con ella se reconoce en el viejo que es.

La enfermedad va a detenerlo todo por un tiempo. No es el momento de tomar decisiones drásticas. A ver qué sucede cuando le den el alta.

Seis

Debería haber un ritual para nacer dos veces: remendada, reparada y con el visto bueno para volver a la carretera.

SYLVIA PLATH

Viernes, 8 de marzo

Me aburro en la cama. Hay tardes en que ni siquiera los libros me hablan. Salgo al pasillo y, sin darme cuenta, busco al hombre de la pierna. Lourdes dijo que se llamaba Tomás. Mientras paseo, veo caras arrugadas que están de vuelta de todo, hartas de estar ahí; se nota en su manera de andar despacio con la cabeza gacha, en que no responden al saludo ni a la sonrisa y en sus batas, que son viejas, descoloridas, como si estuvieran llenas de polvo.

Intento no fijarme.

Por ahora no noto ningún síntoma. Solo ese pequeño garbanzo que se ha instalado en mi pecho, y la impaciencia de la espera. Hoy por fin, en una habitación del fondo, me ha parecido entrever la silueta de una figura tumbada e inmóvil que podría ser él, y sentada al lado una sombra regordeta de ojos aburridos que seguramente será su mujer. Un chico en pijama se paseaba por el cuarto, apoyado en dos muletas.

Menos mal que me encontré con Paula, el aire desenvuelto de sus treinta y cinco años, su bata turquesa, las mechas de su pelo corto y los pechos demasiado grandes para su estatura.

—Me duele cada día una cosa —me comentó en el pasillo. Y luego, como si estuviera hablando de otra persona—: Tía, la madurez debe de ser eso: que duela cada día una cosa.

Paula no quiere madurar aunque cumpla cien años. Prefiere parecerse a la adolescente que fue.

Nació un día de abril en Sevilla, me cuenta, y desde entonces todas las cosas importantes le suceden en primavera. Cuando era muy pequeña, un mes de mayo, a su padre, que era policía, le destinaron a Uruguay. «Agregado de seguridad» se llamaba su puesto en las sucesivas embajadas. Espía, supo ella muchos años después.

Nunca se podía preguntar por la profesión de papá. No tenía una simple oficina, como los padres de las demás niñas, sino un misterioso trabajo que los obligaba a hacer las maletas justo cuando había conseguido aprenderse los nombres de los compañeros de clase, ya reconocía las esquinas de la ciudad y la gente del barrio empezaba a saludarlos. A pesar de ser hija única, esos

cambios constantes le enseñaron a no apegarse demasiado a sus juguetes, al color de las cortinas de su dormitorio, a sus amigas. En cualquier momento el paisaje podía cambiar, y con él la sonrisa de la profesora o la mirada anhelante de aquel niño tímido de la última fila.

—Esta vida es provisional, repetían mis padres —me cuenta.

No debía olvidar que Sevilla era la patria. Su sol incandescente, la Semana Santa, la Feria de Abril iban siempre con ellos en la maleta.

—Viajábamos con las fotos, las canciones, los palillos y el traje de gitana. Sevilla era nuestra Ítaca.

Recuerda que su madre hacía gazpacho con tomates uruguayos, guatemaltecos, mexicanos, y freía pescado de ríos que tenían nombres indios mientras hablaba de las tapas, las terrazas al sol, la manzanilla de su tierra. Cultivaba para ella ese paraíso perdido, esa nostalgia. Y entonces volvieron.

Sus faldas demasiado cortas, de colores estridentes, chocaron con el paisaje de aquella ciudad provinciana. No reconoció a sus primos, a los que llevaba años enviando cartas, le parecieron ñoños y pacatos. Sintió la tortura de pasear delante de terrazas llenas de gente, gastada por los ojos de aquellos burgueses que tomaban el aperitivo al aire libre. Seres que no conocían otro mundo que esa calle y se reían de su forma de vestir, de su forma de hablar. Odió el acento que la marcaba como extranjera y que le costó tanto quitarse. Deseó ser una más en ese país hostil.

—Sudaca, me llamaban —dice Paula con tristeza—. ¿Qué patria era esta?

A los veinticinco años, me cuenta, se fijó en Manuel. Le gustaron sus rizos rubios y le pareció muy de fiar. Siempre llegaba puntual a las citas y se entusiasmaba mientras describía los puntos principales de un informe administrativo y cómo el jefe le había felicitado. Un funcionario de destino inamovible y sueldo fijo, no un aventurero como su padre. Alguien sensato de treinta y ocho años, sin fantasías de transformar el mundo. Un novio así sería un ancla que le haría echar raíces y la ayudaría con las oposiciones, pensó entonces.

Pero no fue solo por eso. Él era de Madrid, cuando se conocieron acababa de divorciarse. Se lo presentaron unos amigos entre la multitud de nazarenos durante la Semana Santa. Traía puesta la tristeza como una gabardina gris, una melancolía disuelta en largos vasos de whisky y en el humo de cigarrillos, también rubios, que apenas probaba antes de aplastarlos con suavidad en el cenicero. Aquella primera noche se quedaron en un bar junto al río, hablando entre susurros.

Sus confidencias dieron en la diana, la hipnotizaron sus ojos de perro abandonado.

Ella le salvaría, decidió esa madrugada entre el olor del azahar y el leve humo de los cirios de la Macarena. Su amor, dique contra la desdicha, le liberaría de la infancia robada por un padre dominante y de la madurez rota por una mujer traidora. Intuyó que detrás de ese arcángel melancólico había otro: alguien más decidido, menos gris, menos tímido.

De nuevo viajó. En dos meses se fue a vivir a su ciudad. Dejó a sus amigos sevillanos, las

calles estrechas, la plaza luminosa, a sus viejos, y acabó haciéndose también funcionaria.

Su instinto maternal la llevó más allá: se metió en sus armarios y cambió el color de sus camisas y el estilo de sus trajes, le desordenó los rizos, le hizo cuidarse las manos.

—Las uñas en los hombres tienen que ser cortas, inmaculadas —le dijo.

Como se dejaba hacer, pensó que su entusiasmo le iría sacando poco a poco de la bruma. A cambio ella tendría estabilidad.

—Pero todo eso forma ya parte del pasado. Lejos y cerca —concluye Paula—. Te he aburrido con mi historia, y todo empezó porque nos preguntábamos qué era la madurez, no te fastidia.

—Tú todavía no tienes edad para hablar de eso —digo—. La madurez es ir perdiendo todo: el brillo de los ojos, el color del pelo, la fuerza de los brazos, las ganas de reír, las ganas de llorar. Con la edad nos vamos pareciendo a un desconocido que también somos nosotros.

—A mí, tía, lo que me da miedo es parecerme cada vez más a una solterona —contesta Paula—, volverme maniática, incapaz de compartir mi espacio, mis cosas.

La asusta llegar a ser una de esas mujeres que no escuchan y hablan demasiado de cosas que no interesan a nadie. Que cada día recuerde más a su caricatura.

—Necesito volver a tener al lado un hombre —añade—, aunque sea un plasta. No importa que sea un coñazo si nuestros rollos son compatibles.

—Pero qué tontería. No sé cómo acabarás, pero aún eres demasiado joven para andar por ahí buscando un pelmazo, tienes que aspirar a más.

Paula no quiere crecer. Ya no está el insensato de su padre para decirle que es la más guapa, que no se preocupe, que por fuerza le tiene que gustar a todo el mundo. Ahora, sola en el hospital, se acuerda de la luna que vio desde el patio esta tarde. Era como un espejo indeciso al que se le hubiera esfumado parte del azogue.

A pesar de su experiencia con Manuel, necesita un hombre al que escuchar, admirar, querer. A cambio no pide mucho más que un poco de tolerancia con sus defectos de ahora. Ya no es aquella única estrella del firmamento a la que adoraban sus padres. Ya no es esa. No puede ir por la vida exigiendo imposibles.

—Siempre quise ser independiente —dice Paula—, pero, joder, no tanto.

Más que un cuerpo, echa de menos una cara que le cuente quién es ahora y que la mime.

—Pero no hay más independencia que la del corazón, el dinero no lo es todo.

Mientras se lo digo, pienso en mi vida con Vicente. La red indestructible que nos une, aunque los dos trabajemos y estemos aburridos el uno del otro.

Es curioso cómo se va construyendo una rutina de la que luego parece imposible escapar. Y lo malo es cuando te das cuenta de que eso no es lo que quieres en tu vida, de que la felicidad posible está muy lejos de esa persona y de esas costumbres, de que has fracasado porque no has sabido encontrarla.

Ese tedio en los ojos de la mujer que acompañaba al hombre tumbado, ese aburrimiento contagioso como un virus, ¿lo heredarán nuestras hijas? ¿Lo notarán en nuestras caras cuando crezcan?

Paula escribe cartas al amante que la dejó por otra, a su médico, a sus recuerdos.

—¿Por qué cartas? ¿Cartas que no vas a mandar?

—A mí las cartas me consuelan —confiesa, indecisa—. Desde pequeña, cuando vivíamos fuera, me acostumbré a escribir a mi abuela, a mis primos de Sevilla.

Mientras las escribe imagina que la escuchan con atención. No tiene que ver el cansancio, el desprecio, el desinterés.

—Y es que las funcionarias —explica— si de algo sabemos es de escribir notas interiores, oficios, cartas. Me siento menos sola, me acompañan mis cartas —concluye.

Cuando vuelve a la cama, Paula recuerda cómo supo que estaba enferma.

Se lo dijeron en el servicio médico del ministerio. Una revisión rutinaria, una frase como otra cualquiera.

Fue un médico de mutualidad, cuyo nombre ya no recuerda:

—Según cómo se lo tome, puede acabar pidiendo en el metro, se han dado casos, o luchar contra esto y seguir adelante —aseguró muy serio, detrás de la mesa de formica blanca, casi sin tomar aliento—. Su actitud es fundamental. Además del tratamiento debe acostumbrarse a dormir ocho horas, a comer cosas sanas, no fumar ni beber, no trabajar demasiado y tratar de ser feliz. No garantizo que vaya a durar cien años —insistió—, pero si pelea por ello, si lo afronta con un talante positivo, su vida, la que le quede, tendrá mucha más calidad, merecerá la pena vivirla.

Nunca olvidará esa mesa de formica.

Manuel estaba de viaje de trabajo y no le apetecía esperarle sola con la noticia a cuestas, así que se fue a Sevilla con sus padres. Su padre, ya jubilado de espionajes, había vuelto al piso antiguo que tenía cuatro balcones, en la plaza de la Alfalfa. Allí la despertarían el ruido de los pájaros, la gente desayunando al aire libre, el café con leche, los calentitos recién escurridos que bailaban en la espumadera grande y dejaban su marca en el cucurucho de papel gris que guardaría su calor. El quiosco de periódicos, el sol inalterado de esa primavera. La vida no tenía otro sentido, después de todo. Tenía que encontrar la manera de curar esa angustia.

Había salido de la consulta con una lucidez extraña, segura de que aquello no podría con ella, pero al regresar a la casa de su infancia, al ver a sus padres tan mayores, tan ajenos a la noticia, cambió de idea. No merecía la pena luchar, era mejor resolverlo cuanto antes. Todo su esfuerzo por ser la más alegre lo pondría ahora en diseñar un final que fuese una obra de arte. Lo mejor para todos —sus padres, Manuel— era ahorrarles el largo dolor de una lenta agonía.

Quizás mientras conducía alguna noche al volver de una cena, un volantazo contra un muro,

unas copas de más, todos sabían que no aguantaba una gota de alcohol. O al tender la ropa asomándose al patio. Pondría el detergente, los trapos y el agua en el alféizar, resbalaría al limpiar los cristales. O mejor aún: limpiaría uno, lo dejaría brillante. Su último trabajo antes de saltar. Un trabajo limpio.

Porque la incertidumbre del momento de la muerte se vence precipitándola, y adiós a todas las luchas, a todos los esfuerzos. Un golpe fuerte y rápido, y ya no más dolor ni desesperanza. Que todo sea ya, que nada sea mañana, que no haga falta esperar.

Unas setas, también podían ser unas setas, pero ¿dónde encontrarlas? Después de una excursión al campo, como cuando era pequeña. Pensó en Cazalla de la Sierra, aquel otoño que salieron a rastrear debajo de las hojas y aprendió a distinguir las especies venenosas. Pero para eso habría que esperar al otoño.

Paseaba por las calles blancas y estrechas de su ciudad, cuajadas de pájaros, buscando los huecos de su vida en que hubiese un peligro, los actos cotidianos que no hiciesen sospechar a su familia, ni siquiera a su padre, que no en vano había sido espía: a pesar de su edad, no se le escapaba ni una.

Según caminaba, vio el sol en las espadañas de las iglesias sevillanas y oyó las campanas de San Leandro, que anunciaban la hora del Ángelus como un eco de su infancia lejana. Recordó a los campesinos de aquel cuadro de Millet y, aunque no era creyente, agachó la cabeza como ellos y le pidió a Dios que no le hiciese esa faena.

—No jodas, tío —le dijo.

Esto no le podía pasar, era una broma demasiado pesada. Recién ganadas las oposiciones. Qué ironía, toda la vida estudiando para que le sucediese esto justo ahora. A ella, la hija ideal, la empollona que nunca había tenido tiempo para pillar una borrachera a final de curso, un porro de madrugada. Ni siquiera un cigarrillo. Qué gilipollas.

Se acordó de que la esperaban en casa, y no podía presentarse con esa noticia ni con ese temblor, tenía que serenarse. Llamó para decir que se retrasaría y se fue hasta la plaza del Salvador, su lugar preferido, para tomarse una cerveza sentada al aire libre en las escaleras de la iglesia, porque estaba viva a pesar de todo y, aunque no lo quisiese, era primavera.

El sol se paseaba por la fachada de piedra y los naranjos derrochaban azahar, como esperando la Semana Santa. En cada esquina había encuentros, besos, citas, tiendas abiertas. Los pájaros escondidos en los árboles acompañaban los trinos al ruido de una moto, de un coche, de una bici. La plaza estaba tomada por jóvenes como ella que charlaban con vasos en la mano, apretujados bajo los toldos, como si alguien los hubiera obligado a mantenerse muy juntos sin mirar a los lados. Ojalá no se encontrase con ningún conocido.

Ahora se lo explicaba todo, esa fuerza interior, ese carácter no eran para triunfar en la vida, sino para enfrentarse con la muerte, un bagaje para pasar el trago con dignidad.

Empezaba a tener apetito, y esta vez se sentó en el chiringuito más caro de la plaza. Pidió otra cerveza y unas gambas. Sí, hambre, eso le extrañó, y después de las gambas pidió la tercera cerveza y unas setas a la plancha. El perejil chamuscado, el ajo, la sal sobre las setas brillantes, en vez de dormirla, le dieron de nuevo alegría. Y al camarero le sentaban bien esos vaqueros... Qué se jodan, pensó, pero iba a vivir.

Hoy, muchos años después, seguía aquí, otra vez era primavera en el patio del hospital y el diagnóstico no parecía preocupante.

Aunque Manuel la hubiera dejado por otra, cuando saliera volvería a aquella plaza y le pediría al camarero una cerveza fría con unas setas al ajillo, que le harían olvidar la muerte que no llegó y la ausencia, que, mientras las saboreaba, dejaría de importarle.

Quizás eso sea la madurez, piensa Paula, que las cosas que un día nos dolieron tanto de repente dejan de importarnos.

Sábado, 9 de marzo

Es curioso cómo aquí se sabe todo. No hay intimidad. En cuanto te dejan levantarte, la gente te cuenta sus historias. El pasillo es como esas calles de pueblo donde todavía las viejas se sientan al sol en sus sillitas de enea. Solo que aquí no hay sol.

Me da pena Paula, una mujer valiente, pero sin autoestima. Quiere leerme una carta que le ha escrito al hombre que la abandonó. Como si no quisiera guardarse nada y esta convivencia del hospital hubiera echado abajo todas las barreras. Parece que vernos en camión supone que también tenemos que enseñar el alma. Se trata de esquivar la soledad, de ponerle trampas. Aquí no hay un cine a primera hora, una tertulia con amigos, una plaza a la que salir a entretenerse. Así que la gente lee revistas, ve la tele, espera la hora de la comida, pero sobre todo habla.

Yo, mientras tanto, vigilo mi cuerpo. Porque es el gran traidor. Al final de unas vacaciones en un hotel de lujo o en una playa fantástica, después de un mes procurándole todos los caprichos: levantarlo tarde, darle de comer hasta hartarse, dejarle echar la siesta, pasear, nadar y untarle cremas, el cuerpo puede engañarnos, vengarse, desagradecido, como si nada. Él va por su cuenta, separado de nuestra voluntad de ser felices. Por eso hay que ponerle un detective y recorrer su superficie misteriosa buscando las señales de la traición para cogerla a tiempo, aún desprevenido, y someterlo a una operación o un tratamiento que expulsen a los virus antes de que se instalen, o a esas pastillas milagrosas que impedirán que el mal se fortifique en esa ciudadela que a veces deja pasar al enemigo por la puerta de atrás sin que nos demos cuenta. Lo supe cuando apareció este bulto.

Otros, como Paula, prefieren enviar cartas sin sentido.

Me parece que ya he localizado a Tomás, el hombre de la pierna, le vi desde lejos esta tarde.

Siete

y resucitó al tercer día...

1 CORINTIOS, 15, 4

Entraron como una tromba moviéndolo todo, el vaso, hasta las medicinas se cayeron al suelo. Tomás estaba solo cuando empezó la hora de visitas.

–Que ya está bien, a ver cuándo vuelves, se te echa de menos, nadie hace el trabajo como tú...

Peña, Gómez y Saturnino hablan a la vez mientras se inclinan sobre la cama para abrazarle.

–Dicen que te ha comido la lengua un gato. –Gómez enciende un pitillo en cuanto la enfermera sale de la habitación.

Les pregunta con desgana por el verano, dónde van a ir de vacaciones, si han comido juntos, qué había hoy de menú en el bar donde a veces se quedan a comer.

No soporta la idea de que empiecen a hablarle de enfermedades. Solo le interesa lo que sucede fuera del hospital. Cómo será la vida en ese planeta lejano que abandonó hace solo unos días.

–Don Justo, insoportable, como siempre –dice Peña–, he oído que le trasladan. A ver si nos libramos de ese hijo de puta de una vez –añade.

Que no le cuenten problemas y que no se crucen las discusiones. Una sola conversación a la vez es todo lo que puede aguantar. Si están juntos, Peña, Gómez y Saturnino levantan la voz, no pueden evitarlo. Cuando van a desayunar la gente del bar los mira por lo alto que hablan. A Tomás le cabrea que todos tengan que enterarse del jefe impresentable que tienen, de lo mal que los trata, es humillante...

–Estoy muy cansado –les confiesa–. Cuidado con la enfermera de los pendientes largos, que es como un sargento, os echará si oye mucho ruido.

Cuando llegaron daba la impresión de que habían venido para verse entre ellos, un acto social, una manera como otra cualquiera de pasar la mañana. Pues si quieren verle que le vean, joder, que de aquí no puede irse. Que le distraigan y no le obliguen a estar muy expresivo. Está agotado.

–¿La pelirroja del pasillo? Está buenísima. Menudas noches debéis pasar aquí. Ahora comprendo por qué te quedaste mudo. Te hemos traído una revista de señoritas para que te animes. Que no la vea tu mujer, a ver si se va a enfadar con nosotros. Y el As y el *Marca*. –Peña

tira del pantalón hacia arriba como si se le fuese a caer y se dirige a la vez a Tomás y al joven que le mira desde la otra cama.

Quiere charlar de tonterías: si ha empezado el buen tiempo, si en el taller ha entrado algún coche que merezca la pena. Y que le den noticias de Paqui. Para discutir de fútbol preferiría seguir concentrado en el techo.

Solo tiene ganas de asomarse al vacío, hasta que Saturnino lo dice:

—Paqui viene ahora. Se ha quedado un rato más. Como es nueva, tiene que hacer méritos.

No puede aguantar en la cama. Se levanta a toda prisa apoyándose con dificultad en las muletas para ponerse presentable. Derecho al cuarto de baño a afeitarse, hasta loción se da. Los demás se ríen y empiezan a fumar mientras oyen correr el agua del lavabo. Cuando vuelve a aparecer, la madre de Felipe, que balancea unas pantuflas de fieltro azules con un pompón rosa, le mira atónita desde la esquina del cuarto. También su hijo se pregunta qué habrá pasado para que se produzca ese cambio.

—Qué tendrás tú con las mujeres —dice Peña, riendo—. Nos recibes hecho un guarro, y ya ves...

Es la primera vez que se levanta solo. Hasta ahora ni siquiera se había querido poner el pijama. Le lavaban por la mañana y ya está. Dé paseos por el pasillo, no le conviene estar tan quieto, tiene usted que reaccionar, insistían los médicos. No tenía ganas de nada.

Paqui entra sigilosamente en medio del barullo, y los hombres de la habitación, incluido Felipe, la reciben con entusiasmo. No es para tanto, piensa su madre: una chiquita joven y sonriente como hay miles. Encuentra a Tomás con la cabeza empapada de colonia, peinado para atrás, los tres pelos que tiene, y el pijama limpio.

Trae el traje azul y unos pendientes que no le conocía. Y se ha pintado. Se sienta, algo tímida, pero cruza las piernas de una manera que se mueve el misterio.

Aun así, la enfermera les echa la bronca:

—Pero ¿no se da cuenta de que está usted muy delicado? —dice, mientras abre la ventana con violencia y les hace apagar los cigarrillos.

Aunque lo ha dicho con una sonrisa, es una tía muy maja, es ella la que no se da cuenta de nada. No comprende que lo que le conviene es ese traje azul asomado a su cama como un día de campo. El humo de sus amigos, su vidilla, sus gritos, hoy le sientan mejor que todo su aire limpio y su delantal blanco. Ha vuelto a tener hambre, aunque llevaba más de tres días colgado de los sueros sin apenas probar bocado, se ha comido cuatro bombones. Le han sentado fatal, pero lo ha hecho encantado, Aurora no lo habría consentido.

—La comida no está tan mal —les cuenta, mientras cena a gusto por primera vez—, he comido en garitos peores, pero está sosa y siempre llega fría a la habitación.

Como están enfermos, se supone que han perdido también el paladar, el gusto por la vida.

—Qué coño —dice Tomás—, tampoco es eso.

Si quieren que se curen, les tienen que dejar dormir tranquilos y alimentarse como Dios manda, si no cada vez cogerán más bichos, más infecciones, y así no hay manera. Pero él se va a curar, después de esta tarde lo tiene claro.

Ahora que ya han apagado las luces, recuerda lo que pasó cuando se quedaron solos. Le presentó a Felipe. Parece que son del mismo barrio, pero, aunque tienen la misma edad, no se conocían ni de vista.

¿De qué hablaron? Pues la verdad que de nada especial. Es la manera que tiene de decirlo:

—Que tienes que ponerte bueno, allí se te quiere, todos estamos pendientes de ti.

Esa alegría en la mirada. Cómo mueve las piernas. Al sentarse así, en vez de una chavala de Vallecas, parece una modelo de las que salen en la tele.

—Menudo bombón la de los bombones —comentó Felipe en cuanto salió por la puerta.

Y la cosa es que no es espectacular, pero tiene esa cara redonda tan graciosa y esa satisfacción que debe dar sentirse tan a gusto con su cuerpo. Y cuando se inclina, ¡ay, cuando se inclina, qué panorama!

Hoy, al irse, mientras le daba un beso, ha visto un asomo de sus pechos.

Excitado, le cuesta coger el sueño a pesar de la pastilla.

Domingo, 10 de marzo

Parece que el hombre de la pierna reacciona.

Lourdes cuenta que fue como un milagro. Su mujer no soportaba su silencio y llamó a sus amigos de la oficina, a ver si conseguían algo.

A la mañana siguiente se lo encontró desayunando con el pijama puesto y en plena charla con su compañero de habitación.

—¿Hace frío en la calle? —le preguntó.

Como si tal cosa, no parecía que hubiera salido de una operación tan grave, de un silencio tan sordo. El tiempo blanco había desaparecido. La enfermera dice que ni siquiera ha mencionado la pierna, solo habla del alta, cuenta los días que le quedan para salir, pregunta si la rehabilitación va a ser muy larga. Tiene muchas cosas que hacer fuera del hospital. Y no se diría que es un hombre mayor.

Ocho

Soledad sabe una copla que tiene su mismo nombre: Soledad.

JOSÉ MARÍA PEMÁN

De las ventanas cuelgan bolsas de plástico. Cada habitación tiene su fresquera improvisada y de ahí penden como ahorcados yogures, manzanas, chocolatinas, todo lo que puede estropearse escondido de los ojos de las enfermeras, que hacen la vista gorda. Está terminantemente prohibido traer comida de la calle, pero ahora desde su cama ve sobre el televisor latas de cerveza y aceitunas a medio abrir que con su media sonrisa metálica parecen burlarse de ella.

Ya no está sola. Ahora su habitación es una fiesta. El hospital está repleto, le ha dicho Lourdes, y por eso han traído al pabellón oncológico a varios pacientes de traumatología.

Soledad, su nueva compañera, tiene más de setenta años y es una gitana que se ha roto el fémur. El pelo blanco le cae en una melena abundante y rizada de virgen de procesión, que las enfermeras intentan recoger en una trenza cuando la arreglan.

Cuando llega, lo primero que mira asombrada son los libros que Teresa ha puesto alineados en el quicio de la ventana, como soldados de un ejército que se apoyan aburridos unos en otros mientras esperan que empiece la batalla.

—Qué suerte, chiquilla —le dice con envidia—. Qué poderío. Yo no sé ni contar los años que tengo.

Lo vive peor que la fractura, como una minusvalía que le duele tanto.

Pero no está sola. Soledad nunca está sola. La multitud que viene a visitarla ha invadido el cuarto. Gritan, dicen palabrotas, beben cervezas como si estuvieran en la barra de un bar de carretera. Les da igual que Teresa tenga dolor de cabeza o que quiera leer. No se les ocurre preguntarle si prefiere un poco de calma, pero son solidarios con la mujer tumbada.

Teresa quisiera poder reírse con sus bromas.

—Lo mío fue peor —dicen los parientes sin que se les pregunte—, lo mío sí que..., me lo dijeron un día y zas, me operaron a la semana siguiente.

Mi incendio el mejor. Si me cuentas, te cuento. Como una amenaza.

—Suele ser así —le dice luego a Paula en el pasillo—. Ojito con desahogarte con las visitas. Todos tienen una historia peor que la tuya. Planteamiento, nudo y desenlace. Y si no, la de

mamá. Cuando llevamos a mamá a urgencias. Cuando Andresito se rompió la pierna. Aquella noche que la abuela se resbaló en la ducha...

Si cuentas, te esperan todas sus historias. El médico bueno, la enfermera mala o viceversa. La comida fría. El susto, casi siempre el susto. Un sobresalto único e insustituible que dará mucho juego en el bar después de la cena, en el descanso del partido, a la salida de misa, durante el paseo. Qué susto. El mío sí que fue grande.

Por la noche Soledad le enseña un papel diminuto que guarda en el cajón de la mesilla, donde está apuntada una cifra como una clave misteriosa, para enseñarlo por si le preguntan la edad. Ni siquiera es capaz de marcar el teléfono de su hija, le confiesa. Teresa la ayuda a llamarla y comparte su inquietud por esa hija que no vive en el poblado, que se casó con un payo y que apenas va a visitarla.

—Tiene unos niños rubios guapísimos, pero casi no los conozco. Parece que se avergüenza de ser gitana. Cuando voy en el metro a verla llevo garbanzos que me voy pasando de un bolsillo a otro para saber en qué estación me tengo que bajar. Qué suerte tenéis los que sabéis leer.

Los gitanos, ya lo sabe de otras veces, siempre llegan en grupo. Son de distintas edades y tamaños, pero tienen el hall con miradas oscuras, gemidos lentos y ropas negras. Ellos, pelo brillante y rizado; ellas, melenas sueltas y trenzas largas que acaban en faldas de volantes. Si se tienen las mechas enseguida asoman las raíces negras. Alpargatas, camisetas ceñidas y escotadas. El rímel corrido por las lágrimas que fluyen sin pudor. Los mayores con bigote y zapatos muy limpios, algunos con bastón. Vienen apilados en coches pequeños y viejos.

Cuando la muerte se anuncia, se quedan callados, serios, sentados muy quietos durante toda la noche esperando noticias. Todo el clan, como una piña, cerca del enfermo, aunque no le puedan ver y no les hayan dejado pasar más allá del vestíbulo porque vienen cargados de niños a los que no pueden dejar solos. Una solidaridad que se prodiga igual con el patriarca que con el recién nacido. Allí están ellos como una guardia pretoriana custodiando la entrada, para que no pasen la mala suerte ni los malos espíritus.

Las visitas, los amigos, las mujeres, los hijos. Vidas entrecruzadas de las que Teresa verá solo un destello.

El uniforme de las madres incluye zapatillas de peluche para no hacer ruido y que las piernas no se hinchen después de tantas horas, y mucha curiosidad por las vidas ajenas. Unas son como gaviotas sigilosas que pasan por la arena del hospital dejando una huella muy ligera, que cuchichean y escuchan las conversaciones. Otras gritan como si estuviesen en medio de la calle.

Una mujer acabará siendo amiga de la acompañante de la cama de enfrente. Habla más con ella que con su propia hija, porque puede contarle en el pasillo su zozobra, el miedo que siente.

Así se desahogan y comparten galletas y frutas en las horas de espera. Le cuenta sus recuerdos del pueblo, el marido que murió tan joven, las otras dos hijas que ya tienen sus vidas:

—Solo me queda esta, esta que está tan malita —mientras suelta todas las lágrimas sorbidas delante de la enferma, las palabras no dichas.

La compañera de habitación que lucha por lo suyo pero que también sabe escuchar un rato largo hasta que la otra se despierte y haya que volver a disimular.

—No será nada, los médicos están muy optimistas, no será nada... —contesta la que a su vez está luchando con los propios miedos.

Otra que visitará a su hija como un entretenimiento, para no deprimirse, para pasar la tarde. La hija que no soporta esa compasión y prefiere estar sola, y le mentirá por teléfono para que no venga.

Visitas que van a veces solo para sentirse mejor al compararse con el enfermo. Conversaciones cruzadas de dinero, de amigos, de amantes, de divorcios. Visitas que fuman en el cuarto de baño, que salen al pasillo como los hombres salen a veces de la iglesia durante la misa.

Teresa no llamó a nadie antes de entrar en el hospital porque no quería que la vieran tan asustada y pensó que serían pocos días. Solo su amiga Sara ha venido varias veces a darle ánimos, pero cuando le habla de las clases, los alumnos y su vida de fuera es como si le contase lo que sucede en Marte.

Los demás compañeros del instituto no han aparecido, solo se lo contó al director y le pidió que no lo divulgase, cuando salga de esta aventura ya se disculpará y les dará una versión más o menos realista, según el resultado. Vicente, en cambio, sí lo ha dicho en la empresa y ahora Teresa tiene que aguantar a las mujeres de sus compañeros, que la visitan por cumplido. Llegan con revistas de regalo, en las que hay más mujeres inconsistentes también operadas de la nariz y las tetas.

El contraste con Soledad es hiriente y le hace pasar vergüenza ajena.

—Niña, qué amigas más raras tienes —le dirá cuando se queden solas—. Pero no te digo nada porque mi parentela también es para echarle de comer aparte.

A Teresa le dan envidia porque son felices y encima tienen buena salud. Su conversación, a pesar de todo, alegra el hospital con torneos de pádel y aventuras por las boutiques de la ciudad.

Nunca llegará a ser como ellas. Ni siquiera si consintiese en mudarse a Montecarlo y se entrenase en el pádel y los juegos de mesa. Ni aunque lo intentase tendría el aspecto optimista y saludable de esas maduritas. Es demasiado joven para creer en ello.

—Son el tipo de mujeres que gustan a los hombres: despechugadas y prietas —le dice Soledad—. A ver si aprendes.

Ahora llegan las bandejas con paella fría. Si hay paella es que es domingo.

Domingo es paella y que el médico no esté. Lunes son niños que arrastran mochilas desde

temprano para coger el autobús del cole, hombres que leen la página de deportes. Martes, miércoles y jueves no tienen apellido. Viernes, borracheras sonoras en el bar de la esquina, si no fuera por esas conversaciones en alto no se darían cuenta de que llega el fin de semana. Sábado son visitas que se quedan más tiempo.

Nueve

Todas las cartas de amor son Ridículas.

FERNANDO PESSOA

Le ha dicho que no lo haga, pero a Paula le da igual, no acepta consejos. Para ella las cartas tienen el mismo significado que para Teresa su cuaderno, le dice. En ellas no intenta agradar o seducir, el deseo no está en juego. Solo son para vencer la soledad, desahogarse. Una botella al mar.

Aun así, reconoce que hay cierta voluptuosidad en ese juego inútil. Si alguien las leyera, si se decidiera a mandarlas, las cosas podrían cambiar. Si se atreviera... Ese riesgo la excita.

En la cama, muy despierta, con la cabeza sobre la almohada, se acomoda para escribir. Esta noche, cuando repartan los vasitos blancos de plástico con todas las pastillas, les hayan ofrecido el yogur, la infusión o las natillas de bote y la última enfermera se haya refugiado en el control, le escribirá. Lleva días pensándolo. Eso le hará recapacitar. Le joderá un poco esa vida nueva que está estrenando como quien se pone por primera vez un traje comprado en un almacén barato y cree que viste mejor que cuando usaba aquel viejo jersey de lana agujereado que un día se decidió a tirar. Aunque la haya arrojado a la basura, lo hará para seguir presente, para que a pesar de su mujer nueva, del coche nuevo, de su casa nueva, se entere de que el jersey viejo aún tiene muchas cosas que decir y quizás todavía pueda abrigar a alguien.

Ya solo se oye el ronquido de un hombre en la habitación de enfrente. Enciende la luz, que apenas alumbra y, mientras todos duermen, comienza:

Querido Manuel:

Recuerdo que en aquella época me obsesionaba el deseo de quedarme embarazada. Quería tener un hijo tuyo. Soñaba con una criatura que llegase a destiempo y que tuviera tu cuerpo y mi alegría.

Quizás por eso no querías nunca quedarte a pasar la noche. Como si intuyeras mis planes, apenas susurrados alguna vez que te creí dormido. Tus caricias fueron a partir de entonces escasas, temerosas. Querermelo demasiado te ponía en un compromiso que no te sentías capaz de asumir.

No quiero volver sobre los días en que me dejabas sola en casa, cogías esa bicicleta metalizada que llegué a odiar y te ibas pedaleando con parsimonia, como lo hacías todo, al piso del centro en el que vivías. Ahora, años después, me pregunto cómo lo consentí. Humillaciones diarias que le hacías a alguien que, cuando le propusiste compartir tu historia de fantasmas, había dejado atrás su ciudad, su trabajo, sus padres, sus amigos. Me pregunto ahora por qué persistí en aquel empeño, por qué seguí intentándolo. Quizás por la convicción de que

al amarte tanto acabaría venciendo a los fantasmas de tu exmujer, de tu padre, de tu inseguridad.

Entonces me dijeron aquello. Te habías ido a una reunión en el extranjero. Para no estar sola, me fui a Sevilla y, después de querer matarme, decidí luchar contra la enfermedad. Volví justo a tiempo para ir a recogerte al aeropuerto, con ganas de que me consolaras y con el propósito de ser feliz a pesar de todo, como me recetó aquel pobre médico de la mutua.

Cuando apareciste y te lo dije, tu rostro claro, hasta tu pelo rubio se volvieron oscuros. Desde entonces odio los aeropuertos. Era difícil estar a la altura, y durante días chapoteaste en la noticia sin poder ocultar tu estupor. No te detuviste a pensar en lo sola que me sentía.

Al día siguiente hubo una luz, apenas un destello, en ese túnel cuando me diste el anillo de plata que me habías traído. A pesar de su sencillez, me pareció una promesa. Tu mejor regalo, la sortija siempre postergada.

Luego ya no hubo tregua. Esa no mirada tuya me sentenciaba. ¿Te acuerdas de aquel restaurante gallego donde pedimos pulpo? Yo comía sin hambre mientras tus ojos me observaban a hurtadillas, como si estuviese luchando un combate inútil, como si ya fuera un cadáver. ¿Es que no te dabas cuenta de que yo sabía lo que estabas pensando? Qué daño me hiciste.

La historia no te ha dado la razón.

No te eché la culpa, seguro que no eras capaz de hacerlo mejor.

Peor que el horror de mirarme al espejo, mucho más duro que las noches de hospital, las náuseas y las transfusiones, fue tenerte tan cerca sin una palabra de futuro. Esa boca muda que yo hubiera querido ver sonreír alguna vez y decirme que me quería también para la vida y que íbamos a vivirla juntos.

Incluso aquel último verano junto al mar.

Sin querer vuelvo a aquellos días en que pintabas acuarelas en el jardín y yo leía en el piso de arriba asomándome a veces al balcón para mirarte de reojo sin que te dieras cuenta.

El paisaje era ancho, el mar era nuestro, y la casa, perfecta. Recuerdo que te gustaba cocinar pescado al horno, y los mejillones al vapor estaban tan frescos que solo necesitaban una gota de aceite y otra de limón para estar deliciosos. Hubo silencio, estrellas, montes a lo lejos y vacas placenteras. Plantaste una buganvilla como si quisieras hacer allí tu nido. No podía imaginar que tu terror seguía incólume, incapaz de decirse y por tanto imposible de superarse.

Cuando todo parecía funcionar murmuraste: «Me tengo que ir», como quien dice: «Tengo que huir». Y desapareciste sin pensar en los despojos que dejabas.

No eras capaz de aguantar la paz de esa casa ni de aceptar que era posible estar bien, quererse sin conflictos, saborear la eternidad por un segundo.

Y pensar que cuando nos conocimos, aquella primera noche de Guadalquivir y procesiones, lo primero que sentí fue compasión. Recién abandonado, eras un Gran Poder con rizos rubios. Me enamoré, nos enamoramos, y el amor cambió tu cara, tu ropa, tus costumbres.

Desapareció el ciclista sudoroso que pedaleaba esforzado por caminos de tierra sin avanzar apenas. Se te había contagiado la fuerza que yo veía en ti o la alegría del sur que entonces me sobraba. Empezaste a parecer por fin el hombre que eras. Un hombre maduro, bien trajeado, con unos ojos profundos y una fuerza secreta que empezó a aspirar a un sitio en el banquete del poder.

De nada sirvió esa transformación cuando me sentí mal. Puede que lo intentaras, pero tu no mirada destruía cualquier conato de echar un cable al mar en el que me ahogaba.

Entonces apareció ella. Yo sabía que rondaba como un buitre desde que empezaste a sentirte más seguro. Una secretaria, una «compañera de trabajo», como tú la denominabas, que llamaba por teléfono de vez en cuando.

Al principio un poco cortada:

—¿Está don Manuel?

Luego, de repente:

—¿Se puede poner Manolo?

Decías que era solo una amiga, que era para charlar o decirte que tenía una entrada para el teatro. Minusvaloré su peligro, no creí que te gustase. Mientras yo defendía que éramos libres, que un amor como el nuestro no podía conservarse enlatado en compasión o en amenazas, presencié en primera fila cómo se sentó a la mesa de nuestra crisis y se merendó nuestra pareja.

De nada sirvieron los derechos adquiridos ni los derechos fundamentales sobre los que discutíamos con los amigos en época de elecciones. En pocos meses estrenaste novia, cargo de director general y coche gris metalizado, que solo en el color recordaba la bicicleta que ahora se estará oxidando en el desván de tu nueva casa.

Dirás que esto es inútil. Un cuaderno de agravios digno de nuestra peor época. Y es que sigo teniendo esto en el corazón, una bola que se me atraganta y me impide digerir otras historias. Espero que esta carta me ayude a expulsarla.

La gran victoria es que vivo todavía. A pesar de aquella no mirada, sigo aquí, y solo alguna tarde estúpida como esta, en que un nuevo tropezón me ha tumbado en la cama, me entretengo en mirar hacia atrás con ira.

Lunes, 11 de marzo, por la noche

Juro que no quería leer esa carta patética. Paula cree que va a volver, algunos amigos le han contado que su relación es muy fría, que nunca están juntos. Da de comer a esa esperanza como quien alimenta a un gorrión herido.

No la quería leer y no tenía intención de mentirle, pero tuve que hacerlo, porque me pedía consejo antes de enviársela. Le dije que no lo hiciera, que alguien así no merece una carta, ni siquiera esa carta. Es demasiado joven para darse cuenta, y me da pena que quede en ridículo.

Sé que en cuanto esta historia acabe Paula desaparecerá de mi vida como un recuerdo nebuloso y agradable, una boya que la vida nos pone en estos sitios. Por eso habría preferido que no me la enseñara.

Pobrecilla.

Diez

Los pasos contados

CORPUS BARGA

Se los da como quien alimenta a un niño. Cuando le traen la comida, se pone de pie lentamente y corta en trocitos muy pequeños el pescado, las patatas, la naranja. A veces le quita algún pedazo, como una travesura, y se lo come ella.

Mientras se somete dócil a ese proceso interminable, Tomás mira las manos cuarteadas de Aurora, los dedos deformes por la artrosis, observa el anillo que hace tanto tiempo, ya ni recuerda cuándo, le regaló, y se siente viejo y niño. Y la quiere y la odia a la vez. La odia porque se sabe culpable y la ve muy mayor. Ha perdido el color de la cara, aquellas mejillas que le conquistaron, y parece feliz al verle cansado, desposeído de su vitalidad y de su pierna. La quiere porque la necesita. Sus hijos están muy ocupados, solo su mujer está allí todos los días, al pie del cañón. De repente se le ha quitado la expresión de víctima, como si fuera un maquillaje del que se hubiese librado. Se la ve satisfecha de poder controlarle, traer pijamas limpios, cambiar la servilleta, ordenar el cuarto, cortarle la merluza rebozada en esos trozos diminutos que tarda en comer, que se le enfrían, que él quisiera acompañar con una hogaza de pan en el campo. Con otra luz, con otra mujer, con otra vajilla. Todo lo de Aurora le molesta porque le recuerda lo viejo que es.

¿Por qué no habrá vuelto Paqui a visitarle?

Martes, 12 de marzo

En la habitación no se puede estar. Soledad es muy buena persona, pero su tribu no nos deja tranquilas. En cuanto me arreglo, salgo para recuperar la calma, porque no quiero enfadarme con ella. No lo entendería, y además no tiene la culpa.

Por fin he conocido al resucitado. Camina arriba y abajo por el pasillo con una sola pierna como si lo estuviese midiendo. Debe de andar por los sesenta y pico. Se nota que viene de un pueblo, se le transparenta el campo en las manos grandes, y el aire libre en la piel curtida. Una cabeza noble, despejada, muy atractiva, y unos ojos azules que me recuerdan a algo. Lo que más destaca, entre tanta cabeza gacha, es el brío con que coge las muletas. No se inclina ni dobla la

espalda. Va muy recto y parece que las hubiera usado desde siempre. Se nota que todavía es fuerte en los brazos fibrosos. Me produce curiosidad ese hombre grande tan distinto de los ejecutivos de estómago satisfecho que trabajan con mi marido y de los profes del instituto, pálidos y quejicas.

Al mirarle me doy cuenta de que un cojo no se ve a sí mismo como un cojo, ni un ciego como un ciego. Aunque sepan que no van a subir al Himalaya o no puedan ver el color del atardecer sobre el mar del Norte, su inteligencia, sus ganas de luchar les hacen saltar esas barreras y se ven como personas llenas de posibilidades. Los viejos tampoco se ven viejos.

Treinta y tres, exactamente treinta y tres pasos hay desde la habitación hasta la esquina. Un pasillo de azulejos blancos con una raya verde y una luz muy clara. Si se asoma puede ver el ascensor. Vigila esa puerta por si volviese a aparecer. Desde el día que Paqui estuvo aquí procura que Aurora se limite a venir por las mañanas, porque sabe que si vuelve será después del trabajo. Saturnino le ha dicho que ha tenido gripe, seguro que por eso no ha dado señales de vida. Así que por las tardes pasea y empieza a conocer a los enfermos de la planta. Está más entretenido y parece que se va encontrando mejor.

Los progresos son así. El primer día que se come, la mañana que uno puede levantarse, aunque sea con ayuda, la noche en que por fin se duerme de un tirón. Y luego los baches. Un dolor inesperado, madrugadas en blanco, el apetito que desaparece. No poder ir al cuarto de baño, la tripa dura y llena, dolor de estómago, de riñones, el cansancio infinito. Y el ánimo que transcurre igual que esa carretera accidentada, con sus cuestas y sus días de sol, sus lagos tranquilos y sus bosques oscuros.

Hay una mujer que le atrae, se llama Teresa. Parece que también le gusta pasear.

Le ha preguntado por qué estaba allí.

—Unos bultitos —contesta, evasiva.

—¿La han operado ya? —insiste—. ¿Cómo se encuentra?

Mientras lo hace se arrepiente, porque se da cuenta de que no le gusta hablar de enfermedades.

—Va para largo —murmura ella, educada—. Dicen que esta vez no me voy a casa sin saber por qué salen una y otra vez.

Se la ve elegante y huele muy bien. Un poco estirada, pero debe de ser buena gente.

A ver si le dan el alta de una puñetera vez. Cuando salga se va a poner el mundo por montera, cada día lo tiene más claro. Por ahora no se atreve a hablar con Aurora, no se siente con fuerzas para una nueva sesión de llanto.

Y por una vez va a tener razón. «Hacerme esto a mí, con lo que te cuidé en el hospital...», le dirá, ya la está oyendo. «Con los años que hace que estamos juntos y lo que te llevo aguantado.» Ya la ve venir. Es una putada dejar a una mujer a los setenta, siete años mayor que él. «¿Cómo

voy a rehacer mi vida?», preguntará, llorando.

Sabe que echará de menos la partida en el bar de la esquina, las camisas blancas, siempre blancas, que le plancha cada día, los zapatos abotinados brillantes de los que se ocupa con tanto esmero. La pantalla grande de la tele, que le costó una fortuna, perfecta para ver el partido. Su sillón viejo.

Si no hubiera conocido a Paqui ni siquiera se lo habría planteado. Si algún día quisiera mirarle. Es un sueño, pero si sale de esta, que saldrá, va a intentarlo. Se siente culpable, pero lo necesita, aunque le cueste todos los ahorros: dejarle el piso, irse a vivir por su cuenta, ser libre, joder, ¿es eso tan difícil? ¿Tendría fuerzas, se pregunta, para hacerla feliz?

Ese alto concepto que tenías de ti mismo, piensa con añoranza. Solo era cuestión de querer mucho algo para que sucediera. Cada trabajo, cada mujer que ambicionabas, nada se te resistía. El dinero sí, porque nunca lo deseaste. Por lo demás la vida era eso, un paseo militar, un desfile de la victoria. Eras omnipotente.

¿Cuántos años hace ya de aquella caída? Por lo menos cuarenta. El golpe había sido muy grave. Aplazamiento. Entonces tuvo la sensación de que le daban una prórroga.

–Si sigues montando a caballo de esa manera, morirás joven –le dijo aquel médico agorero.

Ahora que camina hacia los setenta sigue teniendo la impresión de que morirá joven. La vida se ha encargado de vez en cuando de recordarle que desde entonces vive de prestado. Cuando ha muerto alguien cercano se ha dado cuenta de que vivir es hacer una mili en la que uno no llega nunca a licenciarse del todo, en la que siempre parece haber una convocatoria más.

Esta enfermedad ha puesto todo patas arriba, por un momento se sintió perdido, desorientado. Cuando le llevaron en camilla le pusieron una inyección que le dejó a merced de los médicos, y ahora que no puede caminar sin muletas empieza a depender de los demás. La omnipotencia cojea. Eso también enseña y, se dice en silencio, obliga a calcular los deseos, a no hacerlos excesivos. A no volar sin paracaídas.

–La enfermedad le hace a uno pegarse a la tierra –le ha dicho a la señora del pasillo sin venir a cuento–. Las alas pueden derretirse cuando menos se espera.

Por la tarde habla con su compañero de habitación. Un rocker con muletas, patillas largas y varios pines en el pijama, que a Teresa le resulta conocido. Se han escondido en la sala de visitas, donde se puede fumar. Al entrar hay un olor mezcla de tabaco negro y colonia fresca.

–Te acostumbrarás a llevarlas. A que te traten como a un inválido, porque lo serás –dice el chico chupando con furia una colilla.

–Cortarme la pierna me ha salvado la vida, me ha dicho el médico. ¿Qué más me da ir con muletas?

–Te fastidiará que te protejan demasiado, que ya no cuenten contigo.

–Si no es para subir a un monte, puedo aprender a manejarlas.

Tomás se pone de pie y baila con ellas, como si las hubiese tenido siempre.

–Te molestará también que no se den cuenta cuando estés cansado, lo que te cuesta estar de pie, acostarte tarde, trabajar tanto. Te joderá que pasen de ti.

–Ya me queda poco para jubilarme.

–No me entiendes. A partir de ahora será difícil tratarte. Te irás haciendo un solitario y terminarás acostumbrándote, preferirás estar a tu aire. Acabarás necesítándolo, porque será la única manera de librarse de las miraditas de pena. Te llamarán raro, cómo le ha cambiado el carácter a este hombre. Lo acabarás siendo.

Parece que al joven le molesta la actitud positiva del mayor, como si no se la creyese del todo.

Al verle acompañado, Teresa coge un refresco de la máquina y aprovecha para sentarse con ellos.

–Con todas estas lluvias y este sol vamos a tener buena cosecha, ¿verdad, señora? –la aborda de nuevo Tomás, echándole en la cara el humo del cigarrillo.

–Pero en la ciudad la lluvia es muy incómoda –contesta mientras abre la ventana para aligerar la atmósfera.

Los dos hombres consumen tabaco negro con ansia, sin inmutarse.

–Cómo son ustedes, los de Madrid. Yo llevo aquí más de cuarenta años y aún no me hago a esto. En cuanto empieza a hacer calor me acuerdo de que habrá que segar el trigo. Así somos los de pueblo –dice con orgullo–. Mi mujer no. No se entera de que le venden tomates sulfatados y fruta de cámara. No se da cuenta de que la ensalada no tiene sabor. Se nota que no ha salido de Lavapiés.

–Pero aquí hay más trabajo, más comodidades –contesta ella con sequedad, sin querer dar demasiada confianza.

–Comodidades para que las disfruten los ricos –replica, brusco.

Una mujer con ese aspecto no puede comprender la diferencia, piensa.

–A mí el campo no me dice nada. Lo que me pone a cien es el olor de los tubos de escape, una cerveza sentado en la acera por la noche con los amigos –interrumpe el joven, para cortar la discusión–. Y la música a toda leche. Si hay ruido de motos, mejor.

Teresa ha preferido no seguir. Menudo par. Le ha molestado verlos fumar así en un centro sanitario, cómo tiraban la ceniza en el suelo, ese descuido. Tomás parece de esos que mientras se pasea por las calles del centro habla del clima como si estuviera en campo abierto: «Las témporas este año no auguran nada bueno, parece que viene viento sur. El veranillo de San Martín fue corto, llegó el invierno demasiado temprano, luego las heladas lo destrozan todo», y otras simplezas por el estilo. ¿Qué se habrá creído para meterse así con los de Madrid? Pues que se vuelva al pueblo si no le gusta esto, piensa, irritada.

Le suena el rocker, y se parece mucho a aquel alumno. Pero es imposible, está más ancho y blando y casi no le queda pelo. Tan joven y con esas entradas. ¿Qué le habrá hecho cambiar así?

Felipe la ha reconocido enseguida. Un poco más delgada y más pálida. Con ese aspecto enclenque que siempre tuvo, pero que él sabe que es solo aparente.

Al final fue maja, piensa, me dio un notable, pero bien que me lo hizo sudar. Decía que yo tenía cualidades y que por eso había que exigirme más. Que se joda ahora, no pienso darme a conocer. Que empiece ella, que para eso mandaba tanto. Se la ve apocada al lado de Tomás. Es que lo de Tomás es muy fuerte, qué marcha tiene, no hay quien le tumbe.

A Tomás le extraña su cara triste. Una mujer tan elegante no puede tener muchos problemas, piensa.

Martes, más tarde

Ya he terminado el segundo libro que traje. El tiempo pasa, ajeno a lo que sucede fuera de estas paredes. Todos los días vemos la tele, oímos la radio y el mundo sigue igual que cuando entramos. Dos generales se pelean por el poder en un país lejano. La delincuencia por las noches ha aumentado considerablemente, se prepara una guerra para conseguir petróleo, los pobres siguen siendo pobres, los ricos cada vez más ricos. La política es la única esperanza para cambiar el mundo, dice una voz, pero los políticos son corruptos. La paz es el camino, dice otra.

Aquí es otra cosa. Una historia de camas que dialogan, de expedientes médicos, de lectura de radiografías. Lo que interesa es si la herida se cerró o si subió la fiebre, si el médico está de guardia o habrá que esperar a que amanezca para tomar un calmante. Sabemos que lo de fuera sigue siendo importante, pero no podemos evitar girar los ojos hacia el hilo delgado que nos une a la vida.

Once

Guárdate los miedos, pero comparte tu coraje con los demás.

ROBERT LOUIS STEVENSON

Feria en el cuarto. Procesión de gitanos. Otra semana de pruebas y, mientras tanto, pequeñas costumbres, momentos de asueto, un respiro en medio de los miedos.

Ahora Teresa se escapa todos los días a la esquina. La sala, que asoma a un patio oscuro donde no pasa nada, tiene asientos verdes de plástico y dos máquinas de bebidas donde también las visitas acuden con monedas a buscar la merienda. Sin necesidad de cita previa acude a charlar un rato con Paula, con Tomás. A veces va también Felipe, el rocker que le recuerda tanto a su alumno. Prematuramente calvo y con patillas, usa con el pijama unas botas negras con tachuelas que resuenan contra el suelo enlosado. Se las regalaron sus colegas, cuenta, cuando le dijeron que tendría que llevar muletas.

Ahora ya se tratan como viejos conocidos.

—He estado recordando que te tuve en clase hace años, ¿no eras tú? —le dice el segundo día que se encuentran—. Nunca me olvidé de la redacción que hiciste.

—Pero, profe, ¡por fin me has reconocido! —Se levanta y la abraza muy fuerte—. La mejor profesora que tuve, ¡y creí que me había olvidado!

Esta noche Tomás habla de su pueblo: es pequeño, está fuera de la carretera general, pero tiene un río truchero y montañas enormes, y está a un paso de Madrid.

—Tomás, el de la Carmen, me siguen llamando, y cuando estoy allí me creo todavía aquel chaval. —Le queda algún amigo del colegio y en verano salen a pescar—. A ver cómo me arreglo este año con la pierna nueva —se pregunta en voz alta.

No acaba de reconciliarse con ese hombre corriente que carraspea a causa del tabaco, que debe amanecer muchos días de mal humor y que tenía la costumbre de dar patadas a todo lo que se le pusiese por delante mientras arrastraba con energía los zapatos por el asfalto. No se reconoce en ese anciano gris que solo se mira al espejo cuando se afeita.

—Me da envidia la gente que se ha criado en un pueblo —dice Teresa—. Yo no vi una gallina de verdad hasta que tuve doce años.

—Pero ¿qué dice, mujer? ¡Qué disparate! Para mí esa fue la mejor época. Me acuerdo del

pueblo todos los días. De mi madre –dice, mientras se acaricia el crucifijo que le cuelga del cuello– y de mi padre.

Mete la mano en el bolsillo del pijama para sacar el mechero de gasolina que le regaló cuando se vino a Madrid, y se lo enseña. Recuerda sus ojos tristes al decirle adiós, tenía catorce años. No se separa nunca de esos objetos. Si los perdiera, sería como traicionar su memoria.

Desde que faltan, le apetece y al mismo tiempo le da pena ir por allí. Dormir en su colchón de lana es volver a ser niño. Luego se levanta al alba para andar por los montes, respirar ese aire fresco y saborear la claridad tenue del amanecer. Le gusta hablar con su hermano mayor, al que siempre ha querido tanto y que nunca ha salido del pueblo, aunque siempre tuvo manía a su cuñada, tan gorda y tan segura de todo, y no le hace gracia verla rondando sus conversaciones para enterarse de lo que gana, de su vida de Madrid, de sus relaciones con Aurora.

–Lo peor de los pueblos es el cotilleo. Y desde que estoy enfermo, jodido, esa cara de pena con la que me miran cuando vienen a verme y cómo me piden los detalles para luego ir a contarlos por ahí.

–Es porque se preocupan por usted, porque tiene raíces –interviene Paula–. Desde que murieron mis padres y vivo en Madrid, casi no tengo contacto con mi familia. Para ver a los primos tengo que ir a Sevilla, es lo malo de ser hija única.

Por el hospital ha desfilado todo el ministerio, pero de su familia solo esa tía abuela que vive aquí. Ahora se pregunta por qué se precipitó en dejar su tierra. Una decisión de la que ya no puede arrepentirse. Mudarse sería perder su trabajo.

–Donde esté un buen concierto de rock... –murmura Felipe, como fuera de la conversación, mientras mordisquea una colilla–. La hierba para las vacas y el agua para los peces.

Tomás le cuenta solo a él que por las tardes, después de trabajar de ordenanza en el concesionario, baja al taller a mirar los coches que llegan. Como si fuera un cirujano, les revuelve las tripas abiertas y enseña a los aprendices todo lo que sabe. Su primer trabajo en la calle de Embajadores fue cambiar las pastillas de los frenos de un Seat 600, después fue ascendiendo y llegó a cambiar las bujías y el aceite y a arreglar el carburador de un Citroën Tiburón.

–Lo de la oficina es más limpio, pero la afición a los coches nunca la perdí. Podría pasarme horas enteras hundido en un motor y cubierto de grasa hasta los codos.

Tiene las manos gastadas y una manera ansiosa de comer que denota el hambre que ha pasado.

–A mí lo que me entretiene es desmontar la moto y volver a montarla, no veas cómo se pone mi madre cuando llego perdido de aceite, que parezco Michael Jordan.

Tomás prefiere los coches antiguos, como los de entonces. Pasa de hablar de los motores a lo que le costó abrirse camino, de aquella vez que le robaron los ahorros en la pensión, de las cajas que su madre le enviaba llenas de pastas, de miel y de queso de oveja.

Teresa, mientras le observa, piensa que solo le conoce en pijama, pero que le debe quedar muy bien el uniforme de ordenanza. Con sus ojos claros y su pelo cano, en el que todavía se entrevera algún mechón rubio, podría pasar por extranjero. Dice que usa una chaqueta gris y un pantalón azul todos los días y que, aun así, los mantiene impecables. Y se cambia de camisa con frecuencia. Camisas blancas.

—Y por dentro, calzoncillos también blancos y grandes. Muy anchos, para que no apriete el elástico —dice riéndose, como si quisiera escandalizarlas.

Cuando se queda solo con Teresa, se tutean. Desde que está aquí, le cuenta, nunca levanta las sábanas para curiosear. Cuando Lourdes entra por la mañana para curarle y lavarle solo trae un espejo pequeño, lo justo para afeitarse y que no pueda verse entero. Tomás prefiere no darse cuenta de lo que ha cambiado. Pero su pierna ya no la tiene, es inútil engañarse. Su trozo de muslo, que era duro como una peña.

—Nunca he sido guapo, pero antes estaba completo. ¿Dónde tiran esos trozos de carne que nos quitan?

—No pienses en eso, lo importante es que te encuentras bien.

—«Un tumor como una manzana», dijo el tío bestia. Como quien dice: «Mira qué pedazo de lubina he pescado». Miré para otro lado, eso ya no era mío, ni falta que me hacía.

—Lo hacen para que veas que la operación ha sido un éxito.

—Esa pierna que no está en la cama ni en el suelo la tengo todavía en la cabeza.

Allí sigue teniéndola, y corre junto al río en el que se bañaba de pequeño. Corre cuando juega al escondite inglés, corre a casa cuando se le hace tarde y su madre le espera con la cena caliente. Deambula por las fiestas de su juventud, baila con aquella primera novia.

—Era muy tonta, pero se dejaba apretar en las canciones lentas, y luego se movía con tanta gracia, esa alegría de la música de entonces.

Se le iluminan los ojos mientras lo recuerda. No quiere perder el sabor de las verbenas del pueblo en verano, la sangría fresca, las bombillas de colores, la orquestina que aceptaba peticiones del público, y él siempre quería un bolero para poder apretarla y no dejarla hablar. Para que no estropease la música con los chismes. Solo moverse así, al ritmo lento de la orquesta.

¿Qué habrá sido de ella? Si entonces no hubiera tenido las dos piernas, nunca la habría mirado, no habrían sido novios ese verano. Solo se salvaba por cómo se movía.

—Una mujer solo para bailar —concluye.

Y total, a su edad, para qué necesita dos piernas. Si es igual, si la sigue sintiendo como entonces y le han contado los médicos que hacen unas de plástico que no duelen nada y se dejan debajo de la cama por las noches, igual que Felipe aparca sus botas de tachuelas. Por qué va a

quejarse si todavía no nota que la ha perdido. Ya apenas trabaja, está casi jubilado y seguro que con la nueva podrá seguir bailando. ¿Querrá alguien a un viejo con una sola pata, como el Capitán Garfio?

—Todavía soy fuerte. Y esta pata de menos me ha salvado la vida. Qué ganas tengo de salir de aquí.

Jueves, 14 de marzo

Pienso como Tomás. Si me miro las manos, apenas he cambiado, aún me quedan las manos como niñas salvadas de un naufragio. Tengo el cuerpo tocado, pero ellas siguen siendo infantiles y suaves, apenas tostadas por el sol del verano pasado. Idénticas a las de mi madre, que, aunque envejecía, las conservaba finas y blancas, como si pertenecieran a un cuerpo distinto del suyo. Las de mi abuela, craqueladas como la porcelana, con el anillo de boda y la esclava de oro en la muñeca. Las de mi padre, grandes y peludas.

Me entretengo en recordar todas esas manos queridas: las de mis hijas, diminutas, y cómo las he visto crecer, las de mis novios, las de mi marido, todas las manos que me han acariciado.

Ese ejercicio me lleva a las manos de Carlos, apenas disfrutadas. La izquierda tenía una pequeña cicatriz, cuya historia nunca supe. Cómo me ayudarían ahora esas manos que jugaron con mi cuerpo ese verano que no consigo olvidar.

Le daría las mías. Son tuyas, le diría, es lo mejor que tengo, mi callo de escribir, mis pequeñas verrugas y los pelitos rubios que trepan por los dedos y que el sol ilumina al trasluz. Tómalas, le pediría. Midamos nuestras manos, atémoslas. Aún nos queda tiempo para empezar mil vidas.

Mañana me hacen la biopsia.

Doce

Of Mice and Men

JOHN STEINBECK

Anestesia local. En estos casos se llega al quirófano despierto y desnudo. Como entrar en un laboratorio en el que el ratón eres tú.

El médico tan amable que vino a verte la noche anterior, tostado por el sol, los ojos brillantes, oliendo a colonia y con una elegante chaqueta de tweed, se ha transformado en una cocinera con una cofia que parece un gorro de ducha y un delantal de carnicero, y ya solo le recuerdas por la voz y los ojos, y ahora aun estos parecen diferentes.

Miras a todas partes queriendo escapar. Hay una mujer, debe de ser limpiadora, que recoge en una bolsa grande los restos, calculas, de una operación anterior. Te acuerdas de la cara traspuesta del pobre desgraciado que salía del quirófano cuando entrabas, tumbada en la camilla. Tu equipo, los que van a por ti, se está lavando las manos, como Pilatos. Añoras la habitación vacía y a los parientes serios que dejaste detrás.

Dos mujeres jóvenes –no sabes quiénes son, nadie te las ha presentado– parlotean mientras te cambian de postura y te pasan a una mesa metálica. Dos lámparas inmensas se encienden sobre tu cuerpo pálido. Te llenan el campo quirúrgico –en eso se ha convertido tu pecho– de un tinte rojo y varias telas verdes que se superponen como una baraja dejando ver un trozo de carne que no tiene ya ni nombre ni apellido. En el brazo te han ceñido una banda negra que se hincha cada dos o tres minutos, y en el dedo índice, algo que te aprieta y cuenta los latidos de tu corazón. Por si acaso, te han atado a la camilla para que no te muevas.

–Yo voy a tomarme el puente que viene.

–Yo ya me fui el último, así que el próximo me toca quedarme. Me he dejado unos días para Navidad, los niños quieren ir a la playa. Acabaremos en Benidorm, en el apartamento de los abuelos, como todos los años.

Tú intentas llamar su atención. No te gusta que hablen de eso.

–¿Cuánto dura la operación? –dices.

–Pregúntaselo al doctor. Ahora cuando venga, se lo preguntas a él, ¿vale, cariño? Nos hizo malísimo –dice, volviendo la cara–, todos metidos en el hotel pasando frío. Si no lo hubiéramos

pagado antes no habríamos aguantado ni un día. Pon la música más alta. No te molesta, ¿verdad, bonita?

Llega el médico de nuevo y acerca mucho su cara a la tuya.

—Enseguida acabamos, esto es coser y cantar. Ahora un pinchacito, y luego si notas dolor nos lo dices. No te vas a enterar de nada.

Te ponen un gota a gota en el brazo, un pinchazo y una máquina inmensa que se acerca y se aleja siguiendo las manos del médico. Desde la camilla no consigues ver, no te dejan.

—¿Te duele? ¿Cómo vas? —te preguntan de cuando en cuando.

El hilo musical vomita a Julio Iglesias a todo volumen. Parece que empiezan a cerrar la herida. «Soy un truhán, soy un señor...»

Lo que se dice coser y cantar.

Trece

Todos los pacientes sin excepción tenían puestos goteos y, como desde lejos parecían hilos, siempre tenía la impresión de que, echados en sus camas, eran marionetas.

THOMAS BERNHARD

—Ellos son los que manejan los hilos —dice Tomás.

—Hay que sacrificarse para que la salud mejore.

Seré imbécil, a quién se lo voy a contar. Para que nadie se enfade soy capaz de justificarlo todo. A este paso acabaré mudándome a Montealto, piensa Teresa.

—Juegan con ventaja —interviene Felipe—. Con lo que ellos saben y nosotros no.

Tiene razón, piensa, y calla para no desanimarlos. Es como si fueran personajes de un guiñol. Seguro que experimentan medicinas o nuevas técnicas quirúrgicas sin que ellos se den cuenta.

Parece mentira. ¡Cómo ha cambiado Felipe en apenas cinco años! De pronto es un hombre casi mayor que la trata de tú a tú.

—La noche que ingresé —dice Paula— la enfermera me examinó en voz alta delante de las compañeras: primero, los años. Y luego: ¿cuántas veces defecas?, lo dicen así. ¿Eres alérgica a algo? ¿Tienes menstruaciones, hijos, enfermedades venéreas, crímenes ocultos, secretos inconfesables? Solo faltó que preguntara cuándo era la última vez que me había acostado con alguien y si lo había pasado bien.

Contestó que nunca había estado encinta. Ahora recuerda aquella vez que creía estarlo. La reacción de Manuel fue como una bofetada: ¿Todavía estás a tiempo de abortar?, dijo, sin un atisbo de duda. Entonces debió dejarle, nunca se arrepentirá bastante de haber aguantado tanto.

—Yo les debí dar miedo. En cuanto desperté me comunicaron los puntos esenciales del reglamento. —Felipe repiquetea con las botas en el suelo—. Creí que estaba en chirona: los horarios de comidas, de visitas, el silencio por la noche. Lo que más me jodió fue que me quitaran los alfileres, ¡como si la pierna se pudiera infectar por tener un piercing en la nariz!

En ese momento nota que Teresa le observa de una manera especial. Mejor callarse, no vaya a ser que le pregunte si se han cumplido los proyectos que tenía en el instituto.

—A mí —dice Tomás, mientras enciende el décimo pitillo del día— me miden la fiebre, la tensión, el régimen blando, astringente, normal, las medicinas: cada tres, cada seis, cada doce,

cada veinticuatro horas.

–Me toca los cojones la manía de las reglas –sigue Felipe–. Y esa obsesión por saber si has comido, si has cagado.

Servir al engranaje, cavila Teresa. Al ingresar se hace una abdicación de la voluntad, como quien entra en una secta y hace un extraño voto de obediencia. Como en el Infierno de Dante, para entrar aquí hay que dejar atrás la esperanza, y sobre todo la voluntad.

–Como si cumplirlas fuera a servir de algo –dice.

–Hay una doctora que siempre me riñe porque no acabo de ponerme bien. Como si le estuviera haciendo una faena, como si dependiera de mí –insiste Felipe–. Hace que me sienta culpable de lo mal que me encuentro.

–Y ¿qué me decís de los papeles? –añade Paula–. Parece un ministerio. Cinco pliegos de colores autocopiables para ingresar y, una vez dentro, unas tablas escritas sobre cartulina metidas en unas carpetas transparentes en las que se anota todo: tres impresos para hacerse una radiografía, dos volantes para interconsulta, y así sucesivamente.

–Lo que no está en el papel no existe, no está permitido que exista –dice Felipe–. Si se pide un analgésico a destiempo, se consulta la tabla. El médico no lo ha autorizado y, si no lo ha hecho expresamente, no te lo dan aunque la cabeza te vaya a estallar.

–Si estuvieras en casa –dice Paula– ya te habrías tomado una aspirina inofensiva o un paracetamol.

En la época en que Manuel la dejó, tuvo que tomar pastillas para dormir. El médico de cabecera, mientras se las recetaba, le advirtió de que era demasiado joven para acostumbrarse, que no abusara. Una noche la asaltó la tentación de tomar alguna de más, pero la llamada certera de su padre lo evitó... Ahora prefiere no acordarse.

Después ha ido acostumbrándose a dormir sin ayuda.

–No te joroba, lo mejor es estar en casa –añade Felipe–. Hasta que me la pegué no me di cuenta de lo cojonudos que eran mis colegas ni de lo importante que es llevarse bien con la vieja. La familia es lo único que funciona.

Mientras habla, piensa en la traición de su amigo. ¿Cómo había podido liarse con Vanessa sabiendo que era su chica? ¿Y ella? Cuando intenta reconstruir el accidente le parece que es la moto del Rubio la que los saca de la calzada, cree recordar que por evitarle se dieron el golpe, pero no está seguro.

Será mejor olvidarse de ese mal rollo y recordar a Paqui, que es una tía muy sexy y tiene el ojo alegre. Todas las noches en la habitación Tomás le habla de ella, es lógico que le haya empezado a interesar. Le gustará que se hagan amigos, seguro que lo comprende. Y encima vive en su barrio. Le escribirá una carta. Teresa le dijo que escribía bien. Aunque hayan pasado los años, eso no se olvida, es como andar en bicicleta.

—En otro apartado está el cambio de guardia: la firma de la enfermera de noche y la que la sustituye por la mañana —continúa Paula—. Sobre un papel se escriben las indicaciones del médico, que pasa una vez al día.

—¿Y si nos escapáramos, aunque fuera una noche? —dice Felipe.

—Perderíamos todos nuestros derechos —contesta Teresa.

¿Es que los enfermos de los hospitales tienen derechos?, se pregunta después. Es lo más parecido a estar en prisión, tiene razón Felipe. Una cárcel sin patio y ataditos a la cama como si se tuviera una bola de plomo en el tobillo. Todo lo más, ir a la sala de la esquina, y eso solo si te has portado bien y empiezas a curarte, si no ni eso.

Es por tu bien.

Domingo, 17 de marzo

Paula tiene razón. Se vive gracias a los papeles y se muere con ellos. Esos papeles de diversos colores, de distintos tamaños, dan cuenta del dolor, de la mejoría, del alta y de la muerte con un lenguaje neutro, profesional. Todo está escrito en ellos. Van pasando de mano en mano igual que los pacientes pasan de enfermera en enfermera, de médico en médico buscando un poco de calor entre las cartulinas. Papeles que curan, papeles que matan.

Desde que estoy aquí yo también formo parte de esos formularios. Tengo escrita mi vida por entregas, como un culebrón. Un personaje de papel. Un recortable que se mueve al aire de la enfermedad, de consulta en consulta, de prueba en prueba, con el temor constante de que me tiren finalmente a la basura y de ser olvidada por todos. La vida se define ahora por esos pliegos donde se apunta todo salvo mi sufrimiento. Esa infinita sensación de no ser necesaria, de formar parte de un juego de cartas que no es el mío y en el que los naipes están marcados. Igual que el papel, puedo recordar que alguna vez fui un árbol que florecía en primavera, pero muy vagamente. De aquella savia ya no me queda más que un sabor amargo de papel amarillo y arrugado.

Espero no estar tan cambiada como Felipe. Tan joven y tan calvo. No creo que sea de estudiar.

Catorce

So we beat on, boats against the current, borne back ceaselessly into the past.

F. SCOTT FITZGERALD

La noche promete ser larga. Interminable, como una promesa no cumplida. A los hospitales la gente va a curarse, pero nadie a dormir. Es muy difícil dormir.

Los televisores están a un volumen tan alto que por los pasillos se oyen varios programas a la vez. Quizás una mano invisible lo haya organizado así para que no se oigan los lamentos de los enfermos que están peor. Si alguien consigue por fin relajarse, le interrumpen. Parece que hace falta encender todas las luces para poner una inyección, tomar la temperatura o acercar la cuña de madrugada a la mujer de al lado, que grita porque no sabe manejar el timbre. La calefacción sigue encendida, aunque ya haya llegado el buen tiempo, las sábanas ásperas.

Esta noche hay tiempo de sobra para pensar, soñar, esperar...

Felipe piensa

Por qué no me dirán lo que pasó con Quique. Cada vez que se lo pregunto, mi madre pone cara de miedo.

—Pero ¿es que se ha muerto? —le dije de sopetón el otro día, y casi se desmaya.

—No, muerto no, está en un hospital en Toledo, ya te llamará cuando esté mejor.

Cuando los colegas vinieron a verme evitaban sacar el tema.

¿Qué le habrá pasado? Tomó esa curva demasiado rápido, había otra moto y esa carretera está mal peraltada. Espero que no se hiciese mucho daño. No me acuerdo de nada después de aquella curva.

Qué maja es la amiga de Tomás, la Paqui. No me extraña que esté loco por volver a la oficina. Cuando llega a la habitación se le cambia la cara. Me parece que yo le gusto un poco, que sus visitas son también para mí. Le comenté que me molaba Led Zeppelin y se presentó con el disco al día siguiente. Como vi que tenías un aparato para escucharlo..., me dijo.

Una tía impresionante, es extraño que no la haya visto nunca por el barrio. Y a la vieja le mola un huevo. Como siempre me está dando la barrila con que ya voy a cumplir 23 años, que tengo que echarme una novia, está encantada de que venga por aquí esta chiquita, que encima tiene

trabajo. Sabe que desde lo de Vanessa soy de rollitos cortos, nada de compromisos, pero con esta... no sé. Pero quién me va a querer para marido, sin un trabajo fijo.

Tomás es un buen tío, he tenido suerte. Dice que yo tuve oportunidades que él ni olió. La generación del yogur, nos llama. También le habría gustado estudiar Formación Profesional, pero no audiovisuales como yo, sino mecánica. Todo lo que sabe es de sudar horas enteras sobre los coches. Tampoco ahora es tan fácil lo del curro. Contratos de seis meses y a la calle: camarero en verano, vigilante. Lo más divertido fue lo de acomodador de los cines Ideal. Un ratito de trabajo y a ver pelis sin parar. En otro momento habría sido un coñazo tener ocupados todos los fines de semana, pero entonces me vino de perlas para no coincidir en el barrio con Vanessa y el Rubio. Y yo que pensaba que era mi colega...

Tomás cree que conseguiré mi sueño de trabajar con un grupo de rock. Si me saliera algo así estaría dispuesto a montarles el sonido gratis. Cuando menos lo espere, asegura, nos encontraremos los dos en cualquier carretera, él de viaje por el mundo y yo de gira con mi grupo. Qué cachondo. Quiere pirarse de su casa en cuanto salga de este trullo. Es un soñador. Mejor, así no se da cuenta del marrón que tiene encima.

Yo en cambio me pienso quedar con la vieja hasta que me case. Y va para largo. Si no fuera porque se queda aquí todo el día con sus chanclas azules, ¿de qué iba a estar yo tan contento?

Qué fuerte lo de la profe, encontrármela aquí y en bata. Se la nota asustada, al principio hice como si no la conociese, me daba corte, luego por fin se dio cuenta de que era yo. ¿Habré cambiado tanto? Estuve medio enamorado de ella, fue la primera persona que me valoró, dijo que era inteligente, que podría hacer lo que quisiera en la vida. Cuando se lo cuente a los colegas van a flipar. Desde entonces no he vuelto a escribir. Después del instituto solo buscar curro, las cervecitas y la moto. Qué ganas tengo de volver a salir de marcha. Todo menos hacer persecuciones por las noches por las carreteras de la sierra. Ya me ha valido...

El día del accidente iba de paquete con Quique. Prefiero no recordar ese vértigo. Nunca me arrepentiré bastante.

Paula sueña y escribe

Una mota de polvo, una gota de lluvia, un pelo transparente en tu solapa. Eso quisiera ser para ir contigo. Seguirte cuando coges el coche, mientras aparcas delante del despacho, espiar cómo atiendes a los enfermos. Observarte trabajar desde temprano. Después de la sesión clínica, del café con los colegas, de discutir quién irá al próximo congreso, me gustaría acompañarte de habitación en habitación, de cama en cama.

Paula es incapaz de controlar su fantasía, como si la imaginación fuese el motor que la ayuda a vivir. Ha decidido olvidar unos días a Manuel y esa noche se inventa que, cuando entran en la habitación por las mañanas, los ojos claros del cirujano sobre la bata blanca le sientan mejor que

las medicinas.

Y continúa:

Esa seguridad con la que hablas, si fuera contagiosa. Cómo me gustaría tenerla durante cada hora que paso entre estas paredes descoloridas. Esa seguridad empapelada. Y verte desde ahí, desde tus hombros, desde tu olor de hombre. Desde tus manos limpias que levantan las sábanas para examinar las cicatrices. Manos que solo con tocar levemente a los enfermos parece que los curan, como el Mesías.

Con ese buen color que tenéis los sanos en este mundo pálido. Ese aspecto de jefe en este sitio donde los demás parecen adjuntos de alguien y tienen que hacer siempre más pruebas, consultar las decisiones, hablar con la familia. En este edificio de cristal tú, con los zapatos limpios, la corbata de seda que asoma debajo de una bata inmaculada, las uñas medidas y cortadas con detalle, eres un clavo con el que puedo unirme al territorio de la existencia entre tanta desdicha, entre tanta inundación. Solo verte, tus dientes blancos, solo eso me cura. Ir en tu bolsillo o enredarme en tus ropas. No me dejes sola en este cuarto verde. Llévame contigo y cúrame de todo.

Cuando se despierta en medio de la noche escribe una carta al médico, es lo único que la consuela:

Querido doctor:

En el colegio nos dijeron que todas las personas tienen alma.

También las cosas tienen alma. Esas hortensias que ha puesto la enfermera en la esquina de la mesa en un vaso de cristal, que mandan su último mensaje de color violeta antes de desaparecer en algún cubo de basura, o las montañas de la sierra madrileña que esta mañana no se veían pero que más tarde han ido apareciendo detrás de la niebla. Hasta el ruido monótono de las esquilas de las ovejas en el campo o, como dice Tomás, el enfermo del otro lado del pasillo, la costumbre que tienen los pájaros al caer la tarde de ponerse a charlar en el cable del teléfono.

Cada persona, cada animal, cada ley de la naturaleza tiene un alma que solo podemos ver si miramos con cuidado. Incluso las mareas que esta tarde borraron una playa lejana respondían al alma inquieta de la luna.

Pero no siempre es así. Estoy harta de avanzar por carreteras grises y encontrarme con ojos que apenas me miran. Cruzarme con seres oscuros que solo atienden a la pequeña ganancia, al mísero afán de cada día. Estoy cansada de mirar sin ser vista y de pasearme de noche por calles solitarias que están llenas de gente. Acudir a fiestas en las que no escucho nada, emprender trabajos que no sirven a nadie. Agotada de convivir con papeles que no tienen alma y de soñar con historias que no tienen vida. Por eso siento curiosidad por usted.

En sus ojos he notado algo. Aunque ni sospecho lo que ha significado conocerle o lo que siento. Su alma ha tocado la mía. Nada será igual a partir de ahora.

Suya apasionadamente,

PAULA

Y cuando se apagan las luces y solo se oyen de vez en cuando unos pasos apresurados por el pasillo o las voces de un enfermo que grita su dolor, Paula se acuerda de que esa mañana él pasó la visita como siempre, acompañado del adjunto de cirugía, de los residentes, de la enfermera jefe de la planta. Muy serio, levantó la sábana y luego la gasa sobre la herida, mientras se la enseñaba a los demás:

—Esto va bien, más vale no tocarla y que se vaya cerrando sola. Pronto estará en casa —dijo, dirigiéndose a ella.

No se dio cuenta de cómo cambiaba su cara. Eso significaba regresar a la soledad de su piso, al recuerdo de Manuel, a las pesadillas a media noche. Reincorporarse al trabajo en el ministerio y dejar atrás la certeza de sus visitas matinales.

Si hubiera comprendido el mensaje secreto que le envió con la mirada, sueña, más tarde su cabeza aparecería detrás de la puerta:

—¿Te molesto? Estoy de guardia, vengo a darte las buenas noches.

Se sentaría a su lado y le hablaría de sus viajes. Oyó por el pasillo que había estado en Cuba. Con su leve acento gallego, traería al cuarto silencioso los colores turquesas, amarillos, rosados de La Habana Vieja, el brillo del mar desde el malecón, las parejas besándose en la tarde, los coches grandes y abollados, el aire cálido, el sol abrasador, las lluvias torrenciales, las mulatas doradas, los soportales umbríos, las librerías desiertas, los edificios cuarteados. Un mundo que se hundía, aquella Venecia tropical.

Detrás de la bata blanca, a pesar de su seriedad por las mañanas, tendría sus héroes: Chaplin, Gandhi, el Che Guevara. Olvidado de su seguridad científica y amparado en sus ojos azules, hablaría con el entusiasmo de un niño.

Ella también le contaría su vida: Sevilla, la luz que siempre llevaba dentro, su padre espía trasladándolos de acá para allá. La dificultad de echar raíces que había querido interrumpir casándose. Cómo frustró la enfermedad su matrimonio, la manera en que todo había terminado, su soledad de ahora.

Imagina que le habla de cuánto le gusta escribir cartas. Con una carta bien escrita las cosas quedan en su sitio, se aclaran las ideas, se zanzan las historias. De hecho, en ese momento le estaba escribiendo a él, le confiesa. El médico la escucha asombrado mientras la madrugada se les escapa de las manos. A los dos les gustan los viajes, los países lejanos, las gentes distintas, pero se sienten felices ahí, encerrados en esa habitación. A solas con una cama, un armario diminuto, el timbre, la luz de neón y un asiento enorme de escay negro que ahora ocupa él, inclinado sobre la colcha para escuchar sus historias.

Paula no desea que nada la moleste en una existencia que funciona como un reloj: el desayuno a las nueve, la limpieza a las diez, la visita de los médicos a las once y media, la llegada de algún compañero a la una, la comida a la una y media... un orden relajado y feliz aderezado por los cuidados de las enfermeras, sus risas alegres al entrar en la habitación, las flores a veces, la lectura a ratos, la televisión por la noche.

—Disfruto en esta burbuja esterilizada. No necesito más. Quiero quedarme unos días y que estés tú de guardia.

–Yo tampoco quiero que te vayas, ni que esta noche acabe –dice él rozándole la mano–. Con las enfermeras hay mil ocasiones, te puedes imaginar, pero esto es diferente...

Pone el armario metálico en la puerta para que nadie entre. Luego la besa y le hace el amor con mucho cuidado para no abrir sus heridas recién cerradas, y aprovecha con avaricia cada hueco que les deja ese colchón tan estrecho. Seguro que esas manos que saben curar también son sabias al acariciar. Su boca la recorre en busca de sus zonas más sensibles, las rutas de acceso, el camino hacia su corazón. Y así, entre besos y gemidos, la noche se va disolviendo en un color ámbar que les advierte del amanecer.

–Estos días que quedan los pasaremos juntos –le dice él, como una promesa.

Le enseña los lugares secretos: la cúpula de cristal desde la que los estudiantes observan el trabajo de los cirujanos, el cuarto donde pasa las guardias, las habitaciones escondidas en las que se juega a las cartas encima de la colcha, la televisión medio estropeada que exhibe películas porno. Todas las esquinas ocultas de ese parque de atracciones.

Más tarde la luz que entra por los cristales se vuelve dorada y le aleja de su lado.

–Se aprovecha de ser su médico para ligar con ella –comentan en el pasillo al día siguiente.

–Cuando todos nos habíamos ido se quedaron charlando toda la noche.

–Una inmoralidad.

–Una indecencia, aprovecharse así de su debilidad y de la nuestra, una falta de ética profesional.

Por eso no quiere irse del hospital. Por eso se inventa dolores nuevos cada día.

–Qué suerte has tenido –le dicen sus amigas.

–Una reacción muy vital.

–Enamorarte del médico es un topicazo. Lo raro es que él también se enamore de ti.

Mientras las imagina, se queda dormida.

Más tarde entra una sombra blanca. Unos ojos emocionados miran con dulzura a esa paciente joven que saben enamorada. ¡Ojalá su mujer se pareciese a ella! Si se dejase llevar...

No es la primera vez que le pasa, siempre le conmueven las personas que se ponen en sus manos sin condiciones, pero esta vez le parece que algo especial los une, no sabría explicar qué. Todavía le quedan unas horas para acabar la guardia.

Tomás espera

El día que salga seguro que hace sol, ya está empezando la primavera.

Hablaré con Aurora, me iré a una pensión y volveré enseguida a la oficina. Con una pierna y con dos cojones. Que se enteren de quién soy. Para rellenar papeles no hacen falta dos piernas.

Ni para mirarla, tampoco.

La quiero invitar a merendar. Que me hable de su vida y termine de contarme la historia de sus padres, que vivieron tantos años en Alemania. Cuántos hermanos son, si le gusta el trabajo, si tiene novio. Ahora que lo pienso, son muchas las cosas que no sé de ella. Quizás es que la he aburrido con tantas historias, no la he dejado hablar.

Apenas se conocen, solo hace seis meses que llegó a la oficina.

Recuerda aquel día a don Justo haciendo las presentaciones:

–Tienen que enseñarle el trabajo.

–Con mucho gusto –respondió Gómez, el muy pelota–, déjelo de mi cuenta. ¿Cómo se llama la señorita?

Él no fue capaz de reaccionar. Como si un rayo hubiese caído en la habitación y le atravesase. No podía creer que eso fuese a suceder cada mañana, así, como si tal cosa. Qué mujer tan sonriente, qué regalo.

Y luego cada día como lo más normal: ella que llegaba temprano y cómo se quitaba el abrigo. Ella llamándole de usted, señor Tomás, don Tomás; y él: Que no, hija, no te equivoques, que no soy más que el ordenanza, llámame de tú. Y ella que de usted y él que de tú, y por fin ella tuteándole y sonriendo, ella inclinándose para coger los impresos, ella aprendiendo a usar el ordenador y consultándole a cada paso, como no queriendo darse cuenta de que solo es un conserje. Algo manitas, eso sí, pero sin estudios. Para eso, acercándose mucho, su olor en el hombro, detrás de su hombro, y él:

–Es muy fácil. Con lo lista que eres enseguida aprendes, si quieres nos quedamos un ratito después y te enseño cómo se hace.

Ella, ella. Ella en su cabeza a todas las horas del día.

Esos ratos a solas ahora interrumpidos. Le dijo cuando vino a verle que ya nadie se ocupaba de enseñarle, que a ver si volvía, que se le estaban olvidando las lecciones.

La verdad es que no se ve más viejo que cuando entró. Con una pierna menos, ¿para qué va a negarlo? Pero sigue estando fuerte, y con las muletas ya ha conseguido aprender a caminar. Felipe le dijo que se acostumbraría. Es como si las hubiera usado toda la vida.

Y conserva los ojos azules que le gustan a Paqui. Un día lo comentó en la oficina: Para ojos, los de Tomás. ¿Será capaz de seguir gustando a las mujeres? Con lo que ha sido él, le parece imposible que todo eso se haya acabado. Cuando salga ya se verá.

Felipe le recuerda a su hijo hace unos años, cuando aún se llevaban bien. Aunque Miguel sea mayor y nunca le haya gustado el rock ni lleve las patillas tan largas, botas con tachuelas o alfileres prendidos al pijama, a los veinte años tenía la misma mirada de buena persona y el mismo pelo oscuro, un poco escaso.

–¿Va a hacer falta que me corten las dos piernas para que deje de lado su orgullo y se acerque

a ver a su padre? –le dijo esta mañana a Aurora.

Parece mentira que una mujer pueda transformar tanto a un hombre. Por las noches, cuando apagan la luz y no puede dormir, se acuerda de lo cariñoso que era y se lamenta de cómo ha cambiado. Desde que Miguel se hizo novio de Irene no es el mismo. Más tiran dos tetas que dos carretas.

Antes les encantaba ir juntos al pueblo, bajar al río a pescar truchas, pasear con la escopeta por el campo. Cómo se puso a llorar aquella vez que, siendo muy pequeño, descubrió una liebre entre la maleza y no quería que la mataran.

A Aurora no. Siempre ha sido una señorita de ciudad, incluso ahora es una vieja de ciudad. Prefería quedarse en casa mientras el chaval y él corrían mil aventuras. Y luego la ilusión de que estudiase, que no fuese un garrulo como sus padres. Cuántas esperanzas al ver lo espabilado que era, cuántos sacrificios. Nada menos que arquitecto. Para que luego llegue una cursi, se lo lleve al huerto y le meta esas ideas de que sus padres son unos paletos, incultos, de que lo suyo no vale nada. Fue entonces cuando se empezó a alejar.

–La última discusión ha sido por lo de la casa –le ha contado a Teresa. Menuda tuvieron. Como es arquitecto, quiere tirarla y construir unos adosados. Que se van a hacer ricos, dice–. Pero qué coño. Hay que ser ingenuos, el que se va a hacer rico es el constructor. –Y eso con la casa de sus padres, con la finca grande. Se había compinchado con las hermanas para convencerle. Tomás no quiere que cambie nada–. Que esperen a que me muera, jolín. Por ahora lo llevan claro. No me pienso morir y voy a seguir yendo al pueblo. No necesito dinero, tengo suficiente. Lo que no quiero es que ese paisaje cambie. Sería como matar otra vez a mis padres.

–Si le llamas, puede que la cosa todavía tenga arreglo –dice Teresa.

–Desde entonces no nos hablamos. –Mira hacia el suelo con pena, sin escucharla–. Su madre le llamó para contarle lo de la pierna. Pues nada, ni por esas.

Siempre pensó que vivían para ellos, solo han pensado en su futuro todos estos años. Pero hasta el pasado le quieren quitar. Si construyen esos chalés las excavadoras se llevarán su infancia, su huerta, su río, los recuerdos.

Además, ¿qué dirían allí? Tomás vendió, murmurarían en el pueblo como una blasfemia, como el mayor pecado. No se puede traicionar a la tierra, es lo único real, lo que me acogerá al morir.

Para eso han servido tantos mimos, tantas preocupaciones. Ni de coña lo voy a permitir, decide. Que los construyan sobre mi tumba, de momento no pienso darles ese gusto. Ay, las nueras, las nueras. Y Aurora seguro que está en el ajo. Siempre defiende a su hijo. ¿De qué le protege? No es mala, piensa, Aurora no es mala, el problema es que no es muy lista. Eso es lo que pasa. Y el chico, mucho estudiar, pero tampoco sabe de qué va la vida.

Con Paqui irá al campo. Unas chuletas a la brasa. Un poco de sangría y mucho sol. A pasar el

día, no solo a merendar. Invitará a Felipe, que tiene su misma edad. El día que salga empezará a prepararlo todo. Se van a enterar de quién es ese viejo inútil.

El día que salga.

Teresa recuerda

Desde que está aquí sueña cada noche con aquella playa desierta. Ese instante, apenas una tarde y una noche, ha estallado en su cerebro como un meteorito y por momentos gana peso, consistencia. Se repiten todo el rato las escenas con Carlos, han quedado tan lejos que a veces le parecen irreales.

Se lo contó a Tomás y a Paula. Él se quedó callado, quizás sorprendido, y después de mucho rato le dio su opinión. Ella suspiró y dijo que era una historia muy romántica, que tenía que escribirla para que nunca se le olvidara. Ahora que está tranquila, ha decidido hacerle caso. Escribirá la historia de ese día para conjurarla.

¿Podrán operarla también de los recuerdos?

Lunes, 18 de marzo

Fue hace dos años.

¿Qué vio en mí que yo no había visto?

¿Por qué acudió a una cita a la que no fue nadie?, una cita enunciada como un deseo difícil de cumplir.

¿Por qué caminó desde tan lejos? ¿Por qué se echó a mi lado, tan cerca que podía oírle respirar, ver la arena mezclada con los pelos de sus piernas, el brillo de su pecho liso dorado por el sol, su traje de baño húmedo? ¿Por qué de pronto estábamos solos en esa inmensidad y su cara se volvió hacia la mía? ¿Qué fue lo que nos impulsó a besarnos, a abrazarnos, esa fuerza del uno contra el otro?

Ese año, Vicente y yo habíamos decidido veranear en el norte. Algunos amigos nos hablaron de aquel pueblo, y al llegar no nos decepcionó. Calles empedradas, balcones de madera pintados de marrón y llenos de geranios, tejados con aleros grandes y canalones para encauzar la lluvia. Gentes tranquilas, con las que se podía charlar despacio durante las mañanas en la carnicería, en la plaza, al comprar el pan. Prados verdes, bosques apretados y playas inmensas en las que la mirada se perdía hasta los Picos de Europa, que a veces se asomaban entre la calima. Un paisaje para ir de excursión a comer cocido montañés y pescado muy fresco, a coger moras, a subir a algún monte.

Eran los últimos días del verano. Un tiempo en que se vive ya con la tarea de almacenar los recuerdos del mar para que nos alimenten durante el invierno. Aunque intentaba aprovechar los últimos estertores de la estación, me daba cuenta de que habría que dejar para el otoño los libros

que no me había dado tiempo a acabar y los cuadernos en los que aún no había empezado a escribir. Me costaba reconocer que un verano más había fracasado en el empeño de atrapar algo de esa paz, de esa tranquilidad de no tener horarios.

Vicente ya se había ido a Madrid, y decidí quedarme unos días más con las niñas para aprovechar mis vacaciones de profesora y para comprobar si se hacía verdad la tradición de que en aquel lugar de Cantabria, en los últimos días de agosto, siempre salía el sol. El resto del mes había llovido todos los días, y nuestra relación se había desarrollado de acuerdo con el clima. La casa alquilada y pequeña, no poder bajar a la playa o ir de excursión por los alrededores, no hacía más que poner de manifiesto sus silencios y mi irritación.

Cuando me quedé sola sentí tanto alivio que por primera vez pensé que nuestro matrimonio no tenía remedio. En invierno era lógico no hablar: el trabajo, el colegio de las niñas, las prisas justificaban los silencios al final de la jornada, esa manera de caer en la cama como fardos, de leer un rato y de apagar la luz sin una caricia, sin un gesto de aproximación. En vacaciones todo eso se convirtió en el síntoma de que algo no funcionaba. Mi carácter se resentía al verle tan callado. Cualquier tontería me impacientaba y al final yo era la insoportable, la histérica, la que no se controlaba frente a su medida, su equilibrio, su silencio y ese desinterés terco por todo lo que no fuera hablar de su trabajo. La lluvia impenitente cayó ese verano sobre nuestros desacuerdos y aumentó la sensación del encierro voluntario que era nuestro matrimonio.

Por eso, aquella primera noche sola, salí a dar un paseo como si se tratase de una libertad condicional.

Conocí a Carlos en el café de la plaza. Una terraza a la que bajábamos siempre después de cenar, si no llovía a cántaros, y donde volvíamos a encontrarnos a las personas a las que por la mañana habíamos visto comprar el periódico, en la cola del supermercado, luego en la playa, más tarde dando un paseo por el borde de la ría. Caras a las que habíamos acabado saludando y que a estas alturas del mes ya compartían nuestra mesa. A la vuelta a la ciudad, probablemente, no las volveríamos a ver. Quizás el verano siguiente, si repetíamos...

El lugar de encuentro estaba ya mermado y solo quedábamos unos pocos resistentes que pretendíamos, a pesar del clima, agotar la última semana de vacaciones.

Me lo presentaron como un amigo argentino que estaba recorriendo España con la mochila al hombro. Era escritor.

—¿Qué buscas? —le pregunté, iniciando una conversación tópica mientras pensaba que esos ojos claros e inteligentes seguro que ocultaban algo—. ¿Un argumento para una novela?

Me dijo que la situación en su país y en su casa estaba deteriorada, me habló de la mufa, del invierno de Buenos Aires, que incitaba a la huida. Basuras esparcidas junto a coches de lujo, niños muy pequeños pidiendo limosna, un país rico que pasaba hambre.

—Acababan de pagarme un dinero atrasado y me lancé a la aventura, tomé el primer avión.

Su acento me trajo el eco de escritores a los que admiro. Me sentía tan enredada en la tela de araña de mi matrimonio que ver a un hombre de cuarenta años que se atrevía a lanzarse con una mochila a la carretera, buscando aquí y allá a sus amigos españoles por los distintos lugares de la costa, sin nada que le atase, me dio envidia, ganas de soñar. Además, tenía esos ojos, el pelo largo entre rubio y canoso, era fuerte, en fin... No fue solo su acento, ni lo libre que parecía. Un pedazo de hombre. Ese tamaño de hombre que se ve desde lejos, que no pasa inadvertido.

Al despedirnos quedamos en la playa al día siguiente. Si no llueve, dijeron los demás. Si no llueve, repetimos nosotros con una extraña seguridad. No podía llover, pensé, teníamos que volver a vernos.

Vi cómo se alejaba. De espaldas y a distancia fue la primera vez que deseé tenerle. Tan solo una mirada, unas pocas palabras y su espalda a lo lejos. Una pura y animal atracción. Fue eso lo que hizo que tardase tanto en dormirme aquella noche.

A las dos de la madrugada me pareció oír que el agua golpeaba en el tejado. Mientras el viento batía las contraventanas, navegué en un sueño agitado como una vikinga en el mar del Norte.

Me desperté muy pronto. Las rendijas apenas dejaban pasar la luz. Las nubes grises se habían cerrado sobre sí mismas, y aunque eran ya las nueve, parecía de noche. Llovía sin piedad. En el norte los días son así, me dije, igual abre dentro de un rato. Me duché con calma y me puse el traje de baño debajo de los vaqueros.

Desperté a las niñas y llamé a la madre de sus amigas, para que ese día se fueran con ellas. Lo que más les gustaba era que no hubiese que ir a la playa, para bajar a comer pipas en la plaza y pasarse las horas observándose unas a otras.

Miré al cielo de nuevo, aquella mañana miré al cielo mil veces, y a la una de la tarde sospeché que podía abrirse un claro por el norte. Cogí el coche y fui. Aunque nadie viniera, daría un paseo, estaba dejando de llover.

Los montes imponentes se peleaban por aparecer en medio de las nubes. La hierba se deslizaba hasta tocar la arena. Las vacas, sentadas, parecían aburridas por el clima cambiante en ese final de verano que, como todos los años, se disolvía sin remedio. Algunas casas blancas con el tejado rojo miraban las olas. De vez en cuando pasaba un coche y su motor aislado parecía formar parte de la naturaleza. El viento empezaba a calmarse, cómplice de mis deseos.

En el aparcamiento había solo un coche azul oscuro, que no reconocí. No había voces de niños, ni toallas mojadas, ni jóvenes diosas en bikini jugando a las palas, como otros días de ese mismo verano. Las parejas que paseaban por la orilla y los padres responsables que construían castillos que el mar se llevaría por la tarde habían desaparecido.

Nada más bajar a la arena vi en la distancia un punto blanco en el lugar de los socorristas, que ese día no habían acudido. Su sombrero, me pareció. Justo debajo del mástil de la bandera que otros días nos contaba el humor del mar, junto a unas sillas blancas ahora derribadas por el

viento de la noche, muebles inútiles en una playa que ya sabía a invierno, había una toalla roja, el único color en esa superficie clara que empezaba a brillar. Ya no bajaría nadie, era demasiado tarde. Ha venido también, aunque lloviera, pensé. Ha acudido a la cita.

Caminamos por la orilla, al encuentro del otro. No le conozco de nada, me di cuenta de pronto, estamos solos. Las gaviotas dejaban en la arena pequeñas marcas como sombras de ramas, las piedras grises pulidas por el mar también eran señales, el viento se calmaba y el sol tímidamente empezaba a salir. Y nosotros dos. No recuerdo lo que le dije cuando le tuve cerca, mientras intentaba vencer mi extraña timidez, pero sí que ese encuentro, en medio de ocho kilómetros de playa vacía y mojada por la lluvia, resultó lo más natural. Me quedé en traje de baño, igual que él. Nos tumbamos en la arena, como si estuviésemos rodeados de bañistas, e intentamos retomar la conversación de la noche anterior.

—¿Tienes parientes en España? —le pregunté, por preguntar algo.

Luego me introduje en un mar que conservaba algo de la tormenta de la noche, y las olas me revolcaron como si fueran un amante furioso.

Me siguió y, sin decir una palabra, me besó cuando le abracé sin saber lo que hacía. Sentí su fuerza contra mi pecho. Su fuerza de hombre mientras yo resbalaba bajo su cuerpo.

Después fue en la playa. En esas dunas que hay detrás de la ladera. Un día de playa, un día como tantos. Quizás sucedió porque por fin hacía sol, o porque cuando salió del agua se tiró junto a mí y volvió a besarme. Sabor salado y palabras dulces, hechas de ese acento suave que apenas conocía.

Nos fuimos a mi casa. Los cuerpos olían a aceite solar, calientes, mojados, resbaladizos. Atravesé el pasillo como si lo supiera, como si recorriese el único camino posible hacia su boca recta, hacia sus brazos largos. Luego, en la habitación, seguimos cuerpo a cuerpo con los ojos cerrados, los gestos decididos, la arena de la playa, el sudor, el deseo, sus manos ambiciosas. Las horas no bastaban para tocarse todo.

Vencí primero yo mientras él suplicaba. Abrazo, beso, piernas abiertas, boca mojada. Luego ganó él. Recuerdo mis gemidos, mis lágrimas, mientras él viajaba por mi cuerpo, se comía mi sal, mi arena, mi calor. Ese día tan largo lo arrastro hasta hoy, hasta este hospital, quizás lo arrastraré toda la vida.

Preparé algo de comida y, sin tomar café, nos volvimos a meter en la cama. Era una cama pequeña. Entonces se puso de nuevo a llover, y no importó. El sol ya nos había dado una tregua suficiente para estar solos en esa playa grande, para bañarnos juntos batidos por las olas que nos unían y nos separaban. De vuelta, protegidos de todas las miradas, ya no importaba, era mejor la lluvia, que inundaba las calles, que hacía rebosar los canalones, las alcantarillas, los truenos que acompañaban los gemidos, la explosión de los cuerpos, el calor en esa casa de alquiler, ajena para los dos.

Fue cómo me tocaste, me cogiste la nuca, me acariciaste el pelo, abriste mi camisa con tus manos enormes. Yo no me resistía, y me daba en la boca, en las manos pequeñas, en la mirada húmeda. Dejé de hablar de otros, de repetir lecciones, para hacerme saliva y recubrir tu sexo. Tu olor me volvió loca y sentí que llegaba lo que siempre se espera. Me dijiste:

–Despacio, tenemos mucho tiempo, tenemos todo el tiempo.

Se me iba la cabeza, tu cuerpo me pesaba, quería liberarme para tomar tu aliento y tú bajabas, suave, en busca de lo oculto, encontrando un tesoro que creía perdido, devolviéndome el alma.

Sí, en ese final de agosto salió por fin el sol.

–Bien. Eso fue hace dos años –le dice Tomás un rato después–. Y luego... ¿qué pasó? Desde entonces ¿no te ha sucedido nada emocionante? ¿Vas a tirar la toalla, con lo joven que eres?

–No me atreví. Mis hijas... Siempre estoy retrasando una decisión que tendré que tomar.

No sabe si su malestar es por Vicente, con el que no queda nada, o porque lo de aquel día fue verdad. Ahora le parece un sueño, pero no puede olvidarlo.

–Te quiero ver cuando tengas veinte años más –dice Tomás–. Comprenderás que has perdido el tiempo, la vida es un parpadeo. No seas tonta.

Hoy ha tenido noticias de Carlos. Llegaron en un sobre grande sin remite, mezcladas con la correspondencia y los periódicos que le trajo Vicente. Es una revista en la que cuenta su viaje a España hace dos años. Habla del norte, de la luz del norte. De un día de playa que cambió su vida. En la foto que trae el artículo sus ojos son un mensaje. Esa mirada de ternura le devuelve todo el sabor de la sal. Entre las hojas, una tarjeta manuscrita: «Soy libre y te espero».

Cuando se queda sola, como en un abismo, Teresa se da cuenta de que sus historias suceden solo en el pasado, como si fuera muy vieja, como si ya nada fuese posible. Entonces envidia a Tomás, que habla siempre del futuro, que es capaz de verlo y de caminar hacia él, incluso con una sola pierna. Estos días pensará en ese sobre grande.

Quince

De toda la memoria, solo vale el don preclaro de evocar los sueños.

ANTONIO MACHADO

Detrás de las conversaciones hay un paisaje hecho de pequeños fragmentos de batallas, escaramuzas. Jirones que de pronto resucitan, que vuelven a amar, a esperar, a tener ilusiones. Secretos a voces, secretos a medias. Héroes y villanos.

Hay médicos que dicen mentiras y otros que, para curarse en salud, exageran el mal. Muchos se quedan sin vacaciones, pasan noches en vela, y otros abandonan a los moribundos a su suerte. Enfermeras pacientes y enfermeras que pierden los nervios. Camilleros que siempre hacen la broma de rigor y que, no se sabe por qué, suelen ser simpáticos y muy cariñosos. Hospitales casi vacíos en verano, en Navidad. Personas sanas que no saben que están enfermas y enfermos que consiguen parecer sanos.

Una mujer que vende lotería en una silla de ruedas en la puerta del pabellón de consultas como si fuera un anuncio de lo que se encontrará dentro: camillas, muletas, escayolas, ancianos, tullidos, deprimidos.

Lo sano que hay que estar para ponerse enfermo e iniciar el viaje interminable de ventanillas y gestiones. Las esperas de pie, la cola, pedir la vez, la burocracia, la cartilla, la receta. Ese caminar de un lado a otro del hospital con prisa. Media vida en los pasillos para que te den una mala noticia, una buena noticia.

Aunque en la habitación no dejan de hablar muy alto, a Teresa aún le queda la opción de mirar por la ventana o salir al pasillo para charlar, como quien se agarra a un flotador. Allí procuran no hablar de enfermedades, no contarse las miserias.

A Felipe el otro día se le escapó:

—Fue en una carrera de motos a toda pastilla por las siete revueltas, eran las cuatro de la mañana. Yo iba en la de Quique, nadie me dice por qué no viene a visitarme, tengo ganas de hablar con él. Lo único que recuerdo es que cogió una curva demasiado deprisa. Después la infección y ahora esto, una fractura que no se consolida, dicen... —Pero no siguió, en cuanto se dio cuenta cortó en seco.

Al atardecer Teresa mira por la ventana. Le parece que los coches pasan por la calle como con ilusión. Desde donde está se ve la rampa de acceso al hospital, donde hay una procesión de personajes desconocidos. Hoy solo tiene eso. Y su cuaderno.

Todavía no sabe si tienen que operarla. Se lo dirán después de los resultados de la biopsia. Dicen que en todo caso no será gran cosa: un trocito de pecho. Para ellos algo intrascendente.

Ha vuelto a dormir mal.

Esa mañana, después de la guardia, Lourdes, la enfermera, se ducha. Intenta no resbalar en los azulejos blancos, mientras se seca con la toalla diminuta del hospital.

Cuando sale al aire libre sobreviene la euforia. Esa avenida abarrotada de coches ahora es un paisaje de ensueño. Las mañanas fuera del hospital son gloriosas. El aire seco y frío de los inviernos madrileños, qué bien le sienta ese olor a humo de autobuses. La claridad de la mañana la deslumbra, es una luz muy distinta de la que en ese momento se está encendiendo en los pasillos recién abandonados. De pronto se acuerda de que es un soldado de permiso en la mili, un preso en régimen abierto. Todavía tiene tiempo de llevar a la niña a la guardería, y después a dormir...

En la primera esquina la atraen el ruido de las tazas y las conversaciones, el olor a café, parientes venidos desde lejos, camisas de colores entreveradas con batas blancas que desayunan, un periódico que se abre con esperanza. Al quitarse el uniforme, se han ido con él los olores y dolores de la noche.

Cuando se quedó embarazada aún estudiaba en la Escuela de Enfermería. Nada más fácil que deshacerse de esa noticia incómoda, producto de una noche de despiste y exceso de bebida. Los médicos amigos la ayudarían, le dijo alguien. Nunca lo pensó en serio: tuvo a su hija y empezó a construir su vida alrededor de esa muñeca que se le agarraba al pecho con fuerza inusitada. En ese momento dejó de ser niña.

La voz del camarero que hace una broma sobre el partido del domingo se mezcla con las conversaciones sobre el fin de semana, la casa de la sierra, el colegio de los niños, la vecina de enfrente, la película aquella. Se le había olvidado que existían los churros recién hechos.

Al llegar a casa se da cuenta de que tiene un día entero para olvidar ese trabajo al que no acaba de acostumbrarse. Aquella viejecita, esa familia. Intentará no darle vueltas, y cuando se despierte regará los geranios que cuelgan del balcón, hará la comida. Luego su hija le resolverá el resto del día. Con ella no puede dejar de sonreír. Verla jugar en el parque la curará de todo, ese es ahora su único deseo.

Viernes, 22 de marzo

Dice Lourdes que cuando escriba este cuaderno no cuente solo penas, que también hay que

hablar de la felicidad de despertar, de estar viva por la mañana.

Me ha contado que cuando la muerte roza a los enfermos, ella lo ha visto, se recuerdan las anécdotas más banales del pasado. Está acostumbrada a que los viejos con los que se encariña vuelvan sobre detalles sin importancia: el tamaño del estanque de los peces colorados, el sabor agri dulce de las manzanas robadas en el jardín de los vecinos, que vuelve a hacer que la boca, ya casi seca, se llene de agua recordándolo. Se vuelve a la infancia para recuperarla, con la ilusión de detener el tiempo, de meter la marcha atrás. La muerte destapa la memoria, dice. Esa muñeca rusa, esa caja china. Hablar de la memoria y de sus trampas, de la euforia de estar vivo. Y del deseo. Y es verdad que el deseo de Carlos ha vuelto, la posibilidad de romper con todo y dejar espacio para que ese recuerdo se convierta en real. Estar aquí, la fuerza de Tomás, la foto que llegó. Todo me afecta.

Pero para escribir sobre eso tendría que volver a sentir cómo cambian las estaciones. Notar cómo florece todo en estos días, el calor que está a punto de llegar. Y luego ver las hojas doradas de los árboles, escuchar la melodía del viento que las hace caer, volver a sorprenderme del frío repentino del invierno. Solo si consigo escaparme de estas cuatro paredes podré un día volver a desear algo que no sea simplemente eso: salir de aquí viva.

La pared del patio que ve desde la cama es negra, violeta, azul y finalmente blanca cuando acaba de amanecer y empiezan a repartir los termómetros.

Para Tomás, el deseo se concentra en esperar sus visitas, en curarse para salir de ahí. Y, sin embargo, después de varios días, nota que ese deseo también se enciende al observar la sonrisa frágil de Teresa o ver la comisura de los pechos de la enfermera cuando se inclina para tomarle la tensión.

Surge esta mañana de forma inesperada, abriéndose paso como un barco entre la niebla del amanecer al acordarse del sueño que tuvo anoche. Era el mismo escenario, pero era Paqui la que hacía de enferma, y él quien se colaba como un ladrón por el pasillo cuando todos se habían ido.

Mientras está tumbado y la luz empieza a iluminar ventanas, con los ojos entrecerrados cree sentir aún el tacto de su piel debajo del camisón mientras acaricia el mechero. Recuerda la imagen de su propia mano y cómo se deslizaba debajo de las sábanas buscando su sexo suave, joven, y quería hacerle el amor ahí mismo, en esa habitación de hospital, con el riesgo de que apareciese alguien a ponerle el termómetro. El cristal habría estallado, piensa ahora.

Quizás tuvo ese sueño porque el otro día le contaron que cuando estaban cerrando las puertas de la calle un hombre entró en el último momento y se quedó en la penumbra del pasillo, para no ser visto.

Le dijeron que vino a ver a una paciente educada que agradecía con una sonrisa cansada los bombones, las flores, los regalos. Ese mismo día habían estado de visita sus dos tías ancianas, los

compañeros de la oficina, su marido, sus hijos, sus hermanos. No ha visto a esa mujer, no sabe quién es, debe de estar en otra planta.

Tomás imagina que, de noche, cuando apareciese el amante, llevaría las manos vacías y se lanzaría sobre la cama con el deseo de tenerla, a pesar de cicatrices y heridas. No le importarían la mala cara apenas disimulada por el colorete ni el camisón de la clínica, como el traje de una presa. Traería como el mejor regalo sus dedos hambrientos, que se deslizarían debajo de la tela áspera sobre su sexo de mujer enferma, que abriría los ojos con sorpresa al verle entre la bruma de las pastillas para dormir y los pasos de enfermeras rezagadas que a esa hora recorren las habitaciones para repartir la última medicación del día.

—Te podemos preparar una infusión —le dirían al irrumpir en el cuarto, mientras él se ocultaba en el baño.

Apenas le daría tiempo de arreglarse el camisón arrugado y taparse la cara, las huellas de los besos, con la sábana blanca.

—No quiero nada, ya estaba dormida. Mañana será otro día. Buenas noches.

Parece que era su chófer. Cuando las enfermeras los descubrieron le dijeron que se fuera.

—Son las reglas —dirían escuetamente las del turno de noche, con un mal humor solo achacable a la falta de sueño.

—En cuanto sea posible la cambiaremos a una habitación doble —dijo el director del hospital al día siguiente, cuando se lo contaron—. Una cosa así no puede repetirse.

Tomás volverá sobre la escena una noche tras otra. Una fantasía que su cerebro repite como un disco rayado. En sus sueños unas veces es Paqui, otras es Aurora, muy joven, la primera vez que hicieron el amor a escondidas en un coche prestado. Esta noche sus caras se confunden con la de Teresa.

¿Se estará enamorando también de Teresa? Eso sería imposible. No debe engañarse, esa mujer no es de su clase. Últimamente piensa mucho en ella: una mujer tan formal, tan inaccesible y al mismo tiempo con esa capacidad para contar con pasión sus confidencias. Se ha convertido en imprescindible. ¿Qué le estará pasando?

Pero siempre es allí, en esa habitación, en ese pasillo, en ese hospital. Ni en sueños consigue cambiar el decorado.

¿Y si nos escapáramos?... Recuerda la cara de Felipe la otra noche, cuando lo propuso medio en broma.

—¿Te acuerdas? —le diría a Teresa—. Te llevaría a un bar donde cantan boleros.

—Prefiero el jazz —contestaría ella.

—Bueno, mujer, lo que tú quieras. «Nosotros, que nos queremos tanto, debemos separarnos, no me preguntes más...» —canta bajito mientras sueña en la cama.

–Lo de la pierna no es tan importante. –Esa tarde Tomás se asoma al patio como quien mira al mar, rodeado de la bruma de su cigarrillo–. Lo que quiero es salir, darme cuenta de que me he salvado. Tengo muchas cosas pendientes.

Teresa prefiere callarse porque intuye que está peor de lo que cree, y quién sabe... Tiene mejor color que los demás.

–Hoy ha venido a visitarme una compañera de la oficina, me ha traído pasteles.

–Pero si tienes el estómago delicado.

–Felipe se los ha comido casi todos –contesta él–, y cuando Paqui se ha ido me ha dicho: «Qué amiguitas te gastas».

Lo que no le cuenta a Teresa es la envidia que le ha dado verlos tan jóvenes, tan bien alimentados, y cómo se reían de las mismas cosas. Se ha dado cuenta de todo lo que les queda por delante.

–Deberías aprovechar el tiempo –le advierte–. Con ese marido no vas a ninguna parte; ese árbol, por mucho que lo abones, ya no dará más fruto.

Ella piensa en sus hijas y le confiesa el miedo que tiene de esos bultos que salen sin avisar y de la biopsia. Por eso sigue con su marido, no se atreve a estar sola. Le habla de Vicente. No acaba de comprender por qué se casó con él, aunque entonces parecía otro.

–Como si en apenas unos años se hubiera convertido en alguien mucho mayor, con pocos intereses, poca curiosidad. Se le va la vida en hablar de su sueldo y de la cámara digital que se va a comprar el mes que viene. Ve la realidad a través de los anuncios de la televisión. No se da cuenta de que las cosas más importantes son gratis.

–La salud, el sol, el agua clara no se compran en las tiendas. El tiempo tampoco.

–Con cincuenta años, parece mayor que tú.

–A mí me obsesiona el tiempo que he perdido. Cuando salga no voy a poder seguir como hasta ahora, voy a intentar cambiarlo todo.

–Pero es un buen padre.

Al calor de las confidencias, Tomás quiere enseñarle la cicatriz.

–Para que veas que no es para tanto –insiste, remangándose el pantalón–. Esto no me impedirá tener una vida normal.

–No lo hagas.

No tiene tantos ánimos como él. No está segura de si saldrán, de cómo saldrán de esta aventura.

Quería enseñarle el muñón como quien muestra un trofeo, una condecoración. Aquí la palabra intimidad se desconoce, piensa de nuevo. Como si nuestro destino común en estos días, estar en el mismo hospital, tener los mismos médicos, horarios iguales, parecidas incertidumbres,

implicara un cierto deber de compartir todo lo demás. O como si poner nuestras preocupaciones y nuestras heridas al descubierto nos liberase de ellas, nos ayudase a soportarlas y formase parte de la curación.

Ella se traga la angustia. Es incapaz de la espontaneidad de ese hombre, que está tan seguro de que sigue siendo atractivo a pesar de los años, y de que va a vivir.

—Ni de coña me voy a morir —dice mientras saca pecho, y recuerda que lo decidió la primera vez que Paqui vino a verle—. Eso no va conmigo. Pero si llega, será lo más normal. Así es la naturaleza, si fuéramos inmortales esto no tendría gracia.

Las cicatrices, piensa Teresa, son la escritura, el mapa de la historia. Lo que queda después de la batalla contra la enfermedad. El cuaderno de bitácora de la ruta que no tuvo otra carta de navegación. Un texto escrito por la vida en el cuerpo del hombre.

También las de ella, antes de ser escritas, tuvieron su historia. Primero fueron heridas. Unas no se cerraban, había que dejar un drenaje para que no se acumulara el líquido. Siempre conviene que quede una ventanita para que los problemas no se infecten. Otras, heridas limpias, desde el principio se pegaron sin problemas y se convirtieron en una raya casi imperceptible.

—Después de la primera operación —le cuenta a Tomás—, cuando bajaba a la playa las niñas intentaban taparme. Su madre era distinta de las otras, con esos tatuajes en la piel. Al darme cuenta de su vergüenza, les dije: «Estoy orgullosa de estas marcas. Huellas de una batalla que he vencido. Pinturas de guerra contra la muerte».

Más tarde, inclinada sobre el cuaderno, se da cuenta de que la escritura puede ser una pomada para que cicatricen las heridas del alma. Si consigue atrapar a sus padres, volverán a estar vivos en el papel. El modo en que la cogían de la mano de pequeña para que no tropezase, y más tarde cómo se ponían en cuclillas junto a la piscina para ayudar a la nieta que empezaba a nadar y sacarla del agua. Cualquier mirada, el gesto más pequeño abren la cicatriz de la añoranza, trayéndolos de nuevo. Si les tuviera aquí podría preguntarles sobre su futuro, su vida con Vicente, las cosas de sus hijas. No se sentiría tan sola.

La escritura escribe cicatrices en la hoja blanca.

Esa playa perdida, aquel final de verano, también es una cicatriz que no ha podido borrar. Arena, mar, horizonte. Palabras que desde aquí significan otra cosa. Voces lejanas como un sueño olvidado.

¿Dónde estará Carlos en este momento? Si le llama seguro que volverá.

Dieciséis

Nessun dorma! Nessun dorma!

GIUSEPPE ADAMI Y RENATO SIMONI

Se fue Soledad, la gitana, y con ella la muchedumbre que la visitaba. Al final la despidió con pena, le dieron el alta cuando empezaban a conocerse mejor.

–La patria de los gitanos es el mundo –le dijo la última noche que pasaron juntas–; su bandera, el verde de la hierba y el azul del cielo, y no nos importa compartirla con vosotros los payos.

A la mañana siguiente le pidió que le recogiese el pelo. Mientras esperaba a su marido, Teresa peinó y lió en un rodete su larga trenza gris, ajustándosela en la nuca con unas peinetas pequeñas. Luego la ayudó a ponerse los pendientes de azabache, que la hacían parecer mucho más joven. Al terminar se abrazaron muy fuerte, como si se conociesen de hacía mucho tiempo, y por un momento, sumergida en su enorme pecho, Teresa recordó el calor de los abrazos de su madre.

–Ay, niña, ¡a ver cómo me arreglo ahora en mi casita! –suspiró mientras salía por la puerta, apoyada en el brazo de su hombre.

El hospital sigue abarrotado. Esta misma noche han traído a una nueva compañera. En la penumbra, como en un cambio de escenario, una luz muy tenue ilumina a cuatro viejos que rodean la cama que tiene al lado. Son los hijos y las nueras de una mujer, más anciana aún que ellos, que va a morir.

Con esa resignación infinita de la gente humilde a la que la vida ha enseñado que hay cosas contra las que es inútil protestar, no se quejan, no molestan, solo esperan. Nadie duerme, alguna reza.

Los ve así, cargados de paciencia, mientras finge que está concentrada y escribe. Simula que lee y no puede leer, porque también aguarda el momento en que la saquen del cuarto, en que empiecen las conversaciones a media voz sobre el entierro, las llamadas telefónicas a los pocos parientes cercanos, los papeles que hay que rellenar.

Observa en la mesilla el cepillo de pelo que esa mujer ya no usará, los pendientes que le quitaron: dos aritos de oro que no la adornan más, las zapatillas pequeñas, como de niña, tan

superfluas para una persona que no volverá a levantarse, y piensa que la muerte ya se ha adueñado de ellas, como en un ensayo general.

No llegará a saber su nombre, pero acecha la llegada del médico al amanecer, para que diga que todo se ha acabado, y teme ese momento en que se la lleven, limpien la cama, pongan nuevas sábanas y venga otra mujer que vivirá a su lado, y se vayan los viejos que ahora comparten su cuarto, velándola como si ya estuviese muerta.

Y piensa en su hija pequeña, con su voz tan alegre, que la llamó esta mañana, y en la mayor, que vino a visitarla con un ramo de flores que pondrán sobre la cama de su compañera muerta, con la que nunca habló y que ya casi no respira bajo la mascarilla verde de oxígeno, tan inútil, y el pelo blanco, tan escaso.

Menos mal que la niña pudo colarse por una vez en el hospital. Ahora su recuerdo es recurrente, y se agarra a él para aguantar esta noche tan triste. Su pelo limpio, su vestido claro, y con qué atención observaba en la sala de visitas los asientos quemados por las colillas, las revistas rotas, a los enfermos en bata. Sus preguntas, la alegría de verla.

—¿Cuándo vuelves, mami? ¿Qué te han hecho los médicos? ¿Estás contenta aquí? Qué sitio tan feo. ¿Por qué no quieres que vea tu habitación?

Luego, en el tanatorio, comenzará el negocio de la muerte. Seguros, flores, entierros. Empresas funerarias que rondan como buitres por las camas de los que acaban de morir. A ese espectáculo no asistirá, pero se lo imagina:

—Señora, ¿me disculpa? La acompaño en el sentimiento. —Sin sentir nada, si acaso la alegría de tener un nuevo cliente—. Unos minutos, nada más, le podemos ahorrar muchos trámites engorrosos, una ceremonia discreta y elegante, no se muere uno todos los días, merece la pena el gasto, qué van a decir los vecinos, el jefe, los clientes...

Ya estuvo el capellán del hospital rondando hace un rato, como un ave de mal agüero. Más tarde en el funeral otros curas con largas peroratas se vengarán de las iglesias vacías los domingos con estos nuevos clientes secuestrados, porque, rotos por el dolor, no pueden irse de la iglesia dando un portazo. Viajantes de comercio del catolicismo, los llamó alguien.

El otro día le dolía el mar, le faltaba aquella playa tan inmensa y sola. Recordaba, como si acabase de suceder, la despedida de Carlos al día siguiente, la letra con que anotó su dirección en un papel que todavía guarda, y luego en el remite de su primera, su segunda, su tercera carta.

Esas cartas que contestó en secreto, con miedo a complicarse la vida o a descubrirla. La prolongación de sus confidencias en aquella noche larga de amores y aguacero. La historia de su boda tan joven, el presente de hijos crecidos, su vida con una mujer que ya no le quería, la magia de aquel encuentro, las ganas de buscar un futuro distinto, su intención de volver a verla, de venir de nuevo a España. Dos años de conversaciones a través del océano y el sobre grande, su último mensaje, su promesa.

Hoy le duelen esta cama de al lado y estos parientes viejos que murmuran y lloran. Vuelve su miedo, mezclado de recuerdos. Dolor de ciudad grande y ruido nocturno de hospitales.

Le queda el consuelo del cuaderno rayado.

Lunes, 25 de marzo

He estado mucho rato en el pasillo. No me apetecía volver a acostarme en el lugar de los hechos. Temo estar sola en el mismo cuarto donde de madrugada murió la viejecita.

—No se dio cuenta de nada. —Las enfermeras intentan consolarme de la noche que he pasado—. Ya era hora de que descansara.

Salvo para Lourdes, que me temo durará aquí poco tiempo, en este sitio la agonía y la muerte son asuntos banales, cotidianos, que se aceptan con resignación. Su coraza nos hiere a los demás enfermos. No podemos dejar de imaginar qué cara pondrían si fuéramos nosotros los desaparecidos. Y concluimos: la misma cara. Un incidente más de su profesión, que el desayuno con los colegas a media mañana borrará enseguida.

Pero más aún si es un viejo, una vieja. Para todos es natural que ellos se mueran, pobres viejos.

Por cómo la lloraban de madrugada, de una manera tranquila, pero sin interrupción, a esta mujer debían de quererla mucho. A pesar de lo enferma que estaba, sus hijos, viejos también, no soportaban perderla. Es duro dejar la condición de hijos, quedarse en primera fila, sin el calor de una madre a la que contar las cuitas cada día, alguien que te dé la razón siempre, sin límites.

Por eso se ha quedado en el pasillo con Tomás. La atrae su vitalidad. Con qué energía mueve las manos. Prefiere no contarle. Si lo sabe, tampoco habla de ello.

Le habla de la niña, la trajo su marido, por fin pudo venir a visitarla.

—Qué suerte tienes de que tus hijas sean pequeñas, en cuanto son mayores intentan chuparte la sangre.

—Pero de pequeños te condicionan más la vida. Cuando pienso en separarme sé que las afectaría, lo he pensado mil veces.

—Es imposible hacer una tortilla sin romper los huevos.

Tomás siempre resuelve las dudas con refranes.

Si fuera tan fácil. Ellas la atan a Vicente más que cualquier voto ante el altar, pero si lograra escapar de esta pesadilla, tendría que pensarlo seriamente. Ya está bien de arrastrar una farsa en la que nadie se cree su papel.

Tomás está disgustado con su hijo Miguel. Su nuera no entiende el apego que tiene a la casa del pueblo.

—Dice que es vieja y sucia, siempre insiste en eso.

¿Cómo puede hablar así de la casa de mis padres, del sitio donde nací?, se pregunta, mientras la recuerda hermosa y amplia a través del filtro del cariño. Añora ese pueblo igual que ella echa de menos aquella playa, tiene ganas de pasar más tiempo allí cuando le den el alta.

—Cuando salga voy a cambiar de vida —asegura—. De momento voy a sacar los dineros del banco para poner calefacción.

No merece la pena ahorrar, con los hijos que tiene. Piensa gastárselo todo en cambiar el rumbo. Ella no sabe bien a qué se refiere, pero la asombra su optimismo.

Más tarde

Espero que lo de anoche no sea un mal presagio sobre el resultado de la biopsia, aquí una se vuelve supersticiosa. Me encuentro bien.

Debería aprender de Tomás. Cuando Lourdes me habló de él por primera vez creí que se trataba de un viejo enclenque al que yo podría ayudar, y es él quien me anima. Me pregunto dónde radica su determinación, esa voluntad de vivir. ¿En la nariz grande? ¿En la boca afilada? ¿En esa simpatía que derrocha cuando desea algo muy intensamente? Esa cháchara de quien sabe que va a hacer algo dudoso e intenta taparlo contando muchas anécdotas, fingiendo una alegría que es solo eso: voluntad de imponerse, hacer exactamente lo que le sale de los cojones, disfrazar su intención de no ceder un milímetro.

—No soporto que me manipulen —suele decir—, que crean que pueden planear mi vida porque estoy enfermo.

Disfruta al hablar de la comida. «Años de hambre», explica, y cómo le gustan las mujeres. Como si adivinase que aquí nos vemos horribles, que nos hunde ver nuestra mala cara, se dedica a piropearlos.

—Pero qué guapas estáis hoy. Qué par de mujeres, qué gloria bendita —nos dice a Paula y a mí, mirándonos con alegría. Desde sus ojos veo la vida con más esperanza, como si algunos sueños fueran posibles.

Dejará de lado los pensamientos sombríos e intentará recordar que hay playas a las que volver. Porque al fin y al cabo no hay tanta diferencia entre una playa y un hospital. Qué son los hospitales sino esas playas a las que los hombres son arrojados de vez en cuando como coches que se llevan al garaje a reparar.

En la playa se siente calor y frío, el contraste al entrar o salir del agua, la libertad de nadar. Los pies desnudos, la crema sobre la piel. Las palas, el fútbol. La gente que come lo que sea. Comer no es lo importante, sino tomar el sol, mirar a lo lejos, pasear, bañarse. Juegos en el agua y flotadores de color intenso. Castillos en la arena. Sensaciones fuertes amortiguadas por el placer de estar ahí. La pereza de un día de playa, la siesta, tumbarse. Los niños que juegan en charcos

diminutos frente al mar enorme.

En el hospital también se está tumbado. Pero hay la misma luz y el mismo clima artificial, sea invierno o verano. Colores pálidos que quieren ser relajantes pero son tristes. También comparecen las familias en grupo. Pero no hay más niños que los pequeños enfermos con sus cabecitas rapadas y los ojitos rodeados por círculos oscuros. Niños que piden auxilio con los ojos, que lloran por la noche llamando a sus madres.

En la playa hay multitudes, en los hospitales también.

Personas con poca ropa. El pudor sobra en los hospitales, porque se está a merced de lo que los demás quieran hacer contigo, sin máscaras, sin maquillaje en los dos sitios.

La desnudez en la playa tiene otro significado, se habla con el lenguaje de los cuerpos, de la seducción. Pero es donde menos se pueden disimular las marcas del tiempo, de la comida excesiva, de la falta de ejercicio.

En el hospital las huellas también se buscan por el cuerpo, porque delatan la enfermedad. El cuerpo no es más que el lugar de trabajo de los médicos, de sus experimentos, de sus dudas.

En los dos sitios hay gente que lee, recuerda, escribe. Pero en el hospital el horizonte se limita a las cuatro paredes, a la visita del médico, los pasillos, el paisaje que enmarcan las ventanas. Huecos sin cielo que dan al patio. En la playa, el marco se ensancha, el cielo ocupa la mayoría del paisaje que le disputa el mar. Cielo y mar. Arena y gente.

Desde la cama recuerda esa playa. Su clima cambiante, la hierba que acariciaba la arena, olas como montañas de agua transparente. Pensar en aquel día, saber que va a volver, que podrá volver, es un salvavidas que la ayuda a curarse.

Qué pena que la playa no se pueda traer al hospital más que pegada a un cuaderno de hule.

Por la noche

Igual que cuando llegué, tengo de nuevo la habitación para mí sola, tendré que pensar que es una suerte. Aunque me he vuelto sociable, hablo con los demás, nos consolamos de nuestros miedos. Nadie quiere estar solo en estos sitios, todos prefieren un compañero o dos que compartan dolores y pedos por la noche.

Paula me habla de cartas inventadas, de su huida a través de esa ventana de papel en la que escribe con letra temblorosa un mensaje que nunca enviará. Asomada siempre a una realidad ficticia. Patético. Me lo explicó el otro día:

—Dicen que hablo demasiado de hombres. Que pienso en amores que se fueron y amores que vendrán, y sin embargo estoy sola. No saben mi secreto. Los hombres son obsesiones domesticables. Cuando se ha tenido miedo a no regresar del quirófano, a quedarse dormida y no despertar, pensar en amores difíciles se convierte en la hora del recreo.

—Pero tú nunca hablas del miedo. Aquí, la única cobarde soy yo —le dije.

—Anoche tuve la sensación de que había otra que luchaba —me confesó—. Estaba en la misma cama que yo y hacía que todo lo que estaba sucediendo pareciera una broma, una mentira. Algo que le pasaba a otra persona muy lejos, que no nos importaba nada a ninguna de las dos. Por mí como si se muere, pensaba. Aunque tenga mi cara y mi nombre, no la conozco. La que soy yo va a vivir, se van a fastidiar. Por mí como si la operan. La que soy yo va a poder con todo.

Pobre Paula. Prefiero mi cuaderno. No es más real, pero por lo menos no implico a nadie. No me invento historias que puedan molestar al prójimo.

Avanza la noche. Una noche más. En el pasillo, las mujeres se quejan sin convencimiento y con perseverancia, como quien reza el rosario o recita los versos del Corán. Las enfermeras las riñen a gritos, como si todas fueran sordas. Quizás lo son.

Yo me escondo detrás de las novelas, del televisor. Me sirven las revistas donde se exhiben mujeres irreales que me trajeron las de Montecarlo, ahora se lo agradezco. Me escapo en la memoria de los días felices en el mar, el aire transparente, las montañas azules, las montañas nevadas de mi madre, y pienso que estos días no son tan malos, que me pondré bien, que nada me quitará las ganas de vivir. Aprender de Tomás, ese es mi propósito de hoy.

Diecisiete

Ante una realidad extraordinaria, la conciencia toma el lugar de la imaginación.

WALLACE STEVENS

—Por fin vino mi hijo —dice Tomás—. Al principio me hizo ilusión, pero mejor sería que no hubiera aparecido. Vino con un amigo, así que me lo presentó.

—¿Y qué pasó? ¿Estuvo cariñoso? —pregunta Teresa.

—¿Cariñoso? Enseguida salió el tema. Y ese amigo, que casualmente sabía de números, dijo que por el sitio esa casa podía solucionarnos todos los problemas. Millones para arriba y para abajo. Acabé enfadándome y les eché del cuarto.

—Pero a lo mejor tienen razón. Quizás con el dinero puedas comprarte otra cosa.

—No quiero otra cosa. Que esperen a que me muera, les repetí. Me huelo que el amigo era constructor. Si no, ¿qué pintaba aquí? ¿Para qué le trajo? ¿Para convencerme? Pues lo tienen claro.

Las mujeres, piensa Tomás, parecen misteriosas, pero están todas cortadas por el mismo patrón. Esta es demasiado educada, siempre intenta templar gaitas. Cuando la conoció pensó que era atractiva, pero le sorprendió su cara de cansancio. Demasiada fatiga para apenas treinta y tantos. Y esa manía de escribirlo todo. Como si fuera a solucionar algo. No se separa de su cuadernito de hule. Cuando pasea lo lleva en el bolsillo de la bata.

Hoy ha estado a punto de contarle sus planes, pero prefiere ser discreto, más vale no precipitarse, no vaya a ser que se entere Aurora. Quería desahogarse y contarle la desazón que le da cuando escucha a Felipe y a Paqui hablando de una música que no comprende y de un barrio que no conoce. Al verlos se siente más viejo.

Menos mal que por fin ha llamado. Cuando esté mejor van a ir a comer juntos todos los de la oficina, y la va a llevar a conocer su pueblo, parece que la ha convencido. Si tienen que ir también Gómez y Saturnino, no le importa. Ha preguntado por Felipe. También le invitará, aunque, conociéndole, igual no le apetece ir al campo.

Quiere que vea la casa y contarle lo cabreado que está con su hijo, y sobre todo con su nuera. Ya decía cuando la conoció que era una cursi, ya se temía que no podría traerles nada bueno.

Viene el jueves, a ver si entonces lo planeamos todo, piensa, ojalá no coincida con Aurora, que la pobre está cada vez más pesada.

—Parece que a Paula ya no le importa su exnovio —cuenta Felipe, sorprendido—. Ahora cree que se ha enamorado del médico, está obsesionada con él.

—Pobres médicos —interviene Teresa, quitándole importancia—. Su cara es tan trascendente para nosotros que es lógico que pase.

—Ayer apareció el cirujano muy contento, y creí que ya me iba a dar el alta. Y yo feliz, con las ganas que tengo de salir de aquí. Era porque el Real Madrid había ganado la Liga. Le vi tan eufórico que me sentí curado. Hay que jorobarse.

—Por eso al despertar queremos que nos cojan en brazos, nos sonrían, nos toquen y nos digan que todo está muy bien. Que fuimos buenos, que somos los mejores pacientes del mundo —dice Teresa.

A ella también le pasó. Tras la última operación, necesitaba esas palabras. El médico se había convertido en su padre, en su madre, en el amor de su vida. Cogió su carne en la mano y decidió que volviera a nacer. Ni un minuto de distracción, como si fuera la primera vez que cortaba el ombligo de un bebé trayéndola al mundo. Con la misma devoción. Luego apareció cordial, como si nada, quitándose la mascarilla en el cuarto donde esperaba su familia.

—Lo impresionante —dice Tomás— es que lo hacen como si saliesen de la oficina.

26 de marzo

Nos parecen dioses. Me pasa con el cirujano, me cuesta imaginarle viendo la tele, peleándose con su mujer, diciendo palabrotas, confundiéndose. No quiero que mi médico sea vulgar, mezquino, no puedo soportar que se equivoque.

Me pregunto cómo puede el cirujano abrir de un solo tajo el hueco que oculta el corazón. Qué poder misterioso le ha sido dado para examinar en un momento nuestras vísceras, cortar aquí o allá. Salvarnos de los monstruos que anidan en nosotros, una vena atascada, un tumor inclemente, un apéndice infectado.

De dónde sacarán la fuerza esas manos que entran con seguridad apartando la carne, retirando los músculos en territorios blandos y calientes que son nuestros y que nunca hemos visto. Es lógico que los amemos sin tino cuando despertamos. Que nos parezcan omnipotentes, porque nos han conocido donde no nos conocemos, allí donde solo somos un pedazo de carne. Una tarta que pueden cortar a su antojo. Una voluntad enajenada que se pone en sus manos con una simple inyección.

Solo un segundo y somos suyos para vivir o para morir.

Dieciocho

El llanto es una de las formas de la suprema dicha.

VICTOR HUGO

27 de marzo

Me entretengo mirándola. Tengo nueva compañera de habitación, y por una vez me alegro. Su presencia ha despistado a los fantasmas de la vieja que murió la otra noche. Desde que llegó, la espío. La han cambiado de habitación de repente, eso se rumorea por aquí. ¿Será la protagonista de aquella historia que me contó Tomás? Ella no dice nada, y no me atrevo a preguntarle.

Siempre tiene flores. Cuando llega un ramo las demás las ponen en tarros de Nescafé o en botes de plástico. Las suyas resplandecen en un jarrón de cristal transparente, y son frescas, como recién cortadas. Sus flores son del campo: lilas, azucenas, margaritas, lirios. Cada semana de un color distinto. Las recibe con unos sobrecitos blancos y unas tarjetas muy pequeñas que después de leer guarda en la mesilla dentro de una caja de cartón. Le duran unos días, y cuando las enfermeras vacían el jarrón porque ya están marchitas llega el mismo chico de la florería con otro ramo enorme. Como si alguien estuviese vigilándonos desde un lugar invisible y se diera cuenta de que necesitamos recuperar ese perfume que inunda la habitación, esos brillos que nos alegran tanto los ojos, la sensación de que se ocupan de nosotras. Alguna vez le he preguntado, pero ella, evasiva, dice que son sus amigos y pone una cara seria y muy incómoda, como si la estuviese interrogando por algún crimen horrendo.

Al mediodía suele venir su marido, muy amable. Es la única hora que tiene libre, según he deducido, y en vez de irse a comer pasa a visitarla. Viste muy bien: trajes grises siempre iguales y el pelo hacia atrás con gomina, parece que está saliendo de la ducha. Los zapatos le brillan como solo pueden hacerlo los de los banqueros. No sé su profesión, pero habla de acciones, de intereses..., cosas así.

Ella usa camisones de seda. Los tiene color crudo, azules, verdes, amarillos, con los tirantes y el pecho de encaje y con escote en pico o en redondo. Cada mañana, después de que las enfermeras acaben de lavarnos, se pone uno, como si fuera nuevo, recién planchado, que guarda en el armario envuelto en papel de seda. Solo utiliza los camisones rígidos de algodón que nos dan en el hospital cuando se han ido todas las visitas y están a punto de apagar la luz. Es verdad

que los camisones de aquí son muy incómodos, no se puede salir con ellos al pasillo, son trozos de tela que dejan ver lo peor de nosotras. ¿Cómo se van a comparar con la seda, con los escotes de sus camisones transparentes?

Sonríe a su marido, a sus hijos, a sus amigos. Sus visitas siempre huelen bien. Las mujeres, trajes de chaqueta, collares de perlas y pañuelos de seda; los hombres, camisas a medida y trajes bien cortados. Solo el fin de semana han venido algunos sin corbata. Cuando se han ido –se lo he contado a Tomás, es muy extraño– se ha quedado muy serio y se ha acurrucado en su rincón mirando a la ventana y dándome la espalda.

Mientras, los demás nos entretenemos en el pasillo. Después de la merienda, salimos como si fuéramos esas viejas de los pueblos que al caer la tarde conversan de espaldas al sol. El tiempo pasa más rápido mientras comentamos la última revista que hemos podido rescatar o la telenovela que dan en la televisión, que cuenta siempre historias de amores desgraciados. Le he propuesto que salga, pero prefiere quedarse quieta en la cama y leer alguno de los libros que tiene apilados junto a los míos en el quicio de la ventana.

No cuenta nada, pero sabemos por Lourdes que tiene dos muchachas y tres niños pequeños y un chófer que se acerca todas las mañanas a subirle la prensa, después de dejar a su marido en la oficina. Es un muchacho alto que entra muy despacio y se pone colorado mientras le pregunta en voz baja cómo ha pasado la noche. Cuando llega ya tiene puesto el camisón limpio, se ha pintado un poco y le recibe perfumada y alegre, como si leer la prensa fuera el acto más importante del día.

Después se queda otra vez callada y triste. No habla demasiado, pero es generosa. Como no puede comerse todos los bombones y las pastas que le traen, todo el pasillo espera la hora en que las visitas salgan de nuestra habitación, porque es el momento en que empieza el reparto de golosinas, despojos de un naufragio sucedido en la tarde en los barcos varados de las camas.

Ella permanece indiferente. A pesar de las risas de todas, de que vienen a darle las gracias, apenas les sonríe o les contesta. Lo justo de la buena educación. Si alguna vez gira la cara cuando le ponen el termómetro o le toman la tensión, está muy serio. No parece la misma que se esfuerza en sonreír a las visitas.

Mi vecina es joven, pero no es guapa. La delgadez y las ondas suaves de su pelo la hacen distinguida. Tiene unos ojos muy claros y muy juntos que solo se iluminan cuando recibe el periódico. Sé que su alegría con la gente que viene de la calle es fingida, lo sabemos todos los que compartimos el pasillo, que ya la conocemos mejor que su familia. Cuando empieza la noche y se oye el silencio, finjo dormir para saber qué sucede al lado de mi cama. Entonces escucho una respiración entrecortada, muy leve, que delata su llanto. Por las mañanas no me atrevo a preguntarle qué le pasa, y mientras la lavan y el camisón de seda le cae sobre los hombros sus ojos se iluminan como si nada hubiera sucedido.

No llora por su enfermedad, sobre eso no hay secretos. Los médicos no cuidan nuestros misterios, y cada mañana levantan sábanas y esparadrapos para ver cómo quedó la herida del pecho. Este es el pasillo de las Amazonas. Ninguna de las que estamos aquí tiene los dos pechos completos.

No, mi vecina llora por algo más y tiene que ver con esas flores, con los sobrecitos blancos que oculta en la mesilla y con ese marido tan peinado que le manda al chófer a verla por las mañanas.

Me gusta mirarla.

Diecinueve

En el amor la única victoria es la huida.

NAPOLÉON BONAPARTE

28 de marzo

Parece que hoy va a hacer calor. Estos días de primavera son como nuestro ánimo: desiguales. Ayer en los pasillos paraguas empapados dibujaban caminos de agua, y las visitas traían un paisaje de gabardinas oscuras y zapatos de goma. Hoy las mujeres pasan por la calle vestidas de claro, y detrás de la ventana el cielo está azul, sin una nube. Dentro la temperatura no ha cambiado, seguimos vestidos igual. Acabo de desayunar y me enfrento con cansancio al nuevo día. Y con miedo. Miedo a la visita de los médicos, que hoy me dan los resultados de la biopsia.

Ya tendrán flores los árboles del parque, piensa cuando las batas blancas salen de la habitación. Esos castaños dorados que veía cada mañana, prisioneros detrás de la reja desde el coche, camino al instituto. ¿O prisionera ella, en medio del tráfico? Siempre pensó que habría que liberar a esos árboles para que se reprodujesen por toda la ciudad.

Le han dicho que mañana la operan, y la cara del cirujano era seria, impenetrable. Aún está afectada por la muerte de la viejecita. Echa de menos a sus hijas, solo pudo colarse aquel día la mayor, cuando el guarda de seguridad de la puerta hizo la vista gorda. Está harta de las visitas de Vicente, que en vez de animarla la hunden más en el vacío de la rutina a la que pronto tendrá que volver. Las flores de la vecina le han recordado que ahí al lado está el Retiro, que el amor existe y que hace ya demasiados días está atrapada en el hospital. Después de la operación no podrá salir al pasillo, y le gustaría escaparse, salir corriendo por la autopista de circunvalación hasta donde llegase, ser otra donde nadie la conociera, no volver a entrar jamás en un quirófano.

—Siempre es mejor estar enamorada —dice Paula cuando Teresa les cuenta el secreto de su nueva vecina—, aunque sea de un amor de mentira.

—Pero ¿qué es lo real y lo inventado? —contesta, y piensa: ¿Acaso nuestros sueños no son reales?—. Yo vivo desde hace dos años colgada de un recuerdo, pero hay días como hoy, en que parece que hasta los recuerdos tienen fecha de caducidad.

—Eres demasiado joven para vivir solo del pasado, ya te lo dije —repite Tomás.

—Ya no me siento con fuerzas para cambiar. Prefiero imaginármelo todo, como hace Paula.

A pesar de los pocos años que se llevan, la trata como a una hija. Nota que es muy frágil y le dan pena su romanticismo, sus ilusiones inútiles, sus cartas sin sello.

—Pero yo no me lo invento —contesta Paula con entusiasmo—. De verdad le gusto al médico. No me lo dice porque es muy tímido, porque estará casado o quién sabe..., pero estoy segura de que entre él y yo hay algo mágico.

Se burlan mientras habla, pero algo de su fantasía se les contagia. En ese momento sus miradas coinciden y sonríen como si estuvieran pensando lo mismo. Si el amor puede inventarse, también ellos...

—¿Y si nos escapáramos a dar una vuelta? —propone Tomás, recordando las palabras de Felipe—. Son solo las cuatro, y hasta las seis no nos ponen el termómetro. Nadie se dará cuenta de que no estamos.

—Podríamos ir al parque —dice Teresa.

Paula dice que jamás se atrevería a salir a la calle.

Han quedado en el hall. Vestidos parecen distintos. Se nota aún más que vienen de mundos diferentes, pero están tan contentos que su entusiasmo los iguala. Es un lujo respirar por fin el aire libre. Lo demás no importa, son dos aventureros que se enfrentan a cuatro manzanas de camino.

Durante el paseo entre los castaños florecidos hay una claridad que casi les duele en los ojos, acostumbrados a la luz opaca del pasillo. Un decorado puesto para ellos, piensa Teresa, y siente que por fin ha cumplido su sueño de atravesar la verja. Está feliz de poder visitar en su pedestal a ese caballo que tiene la cabeza gacha, porque el general que lo monta perdió Cuba y las colonias. Qué placer salir a la calle como si nada y sentarse con Tomás a charlar en un banco bajo los árboles. Dejarse rozar por ese sol que ya es templado, rodeados de niños pequeños, madres atentas y perros domesticados. Se siente una heroína: ha conseguido escapar del laberinto para dar de comer a los patos del estanque. Vivir una vida que no sea la suya, aunque sea por un rato.

Él maneja las muletas con afán de principiante y, mientras habla, dibuja corazones en la arena:

—Deberíamos quedarnos aquí.

Con esas palabras vuelve el recuerdo del hospital. Su mano grande cubre casi por completo la suya. Parecen dos novios.

Cuando pase el tiempo Teresa no se explicará cuál fue la razón, quizás que tenía miedo o que echaba de menos a sus hijas, pero se dejará ir, porque las manos de Tomás son cálidas y en ese momento las necesita.

Se le ha debido de cambiar la cara, porque él insiste:

—Seguro que esta operación será la definitiva.

Aunque resulta convincente, ella tiembla:

–Es como subir en avión: debería acostumbrarme, pero es al revés.

Él nunca piensa en la muerte, le dice, solo en el futuro, en salir de ahí, aprovechar la vida.

–Eres una mujer estupenda, y no tienes que estar triste –añade.

–Cada vez que sucede es peor, cada vez me da más vértigo. Me gustaría ser más valiente, tener tu fuerza, tus ganas de vivir.

Miran el reloj y, muy despacio, como quien va a cumplir una condena, inician el camino de vuelta. Todo está igual, nadie se ha dado cuenta de su huida. Al ponerse la bata, como si tomaran un hábito, recuperan su condición de enfermos. Teresa se asombra de lo fácil que resulta a veces alterar las rutinas, romper las reglas.

Por la noche, ya tarde, él vuelve a visitarla. La encuentra leyendo con dificultad a media luz, mientras la vecina duerme a su lado. Sin preámbulos, le coge otra vez la mano.

–Solo vengo a darte las buenas noches y a desearte suerte para mañana. Qué bien lo he pasado contigo. –Mientras lo dice se acerca mucho y le toca un poco la cara–. Me gusta oírte hablar, pienso en ti por las noches después de nuestras charlas. Eres tan guapa, tan especial...

También ella se incorpora de la almohada y por un momento sus labios se unen. Se abre a su sabor a tabaco y, mientras sus brazos la sujetan, olvida de repente dónde están.

Solo se oye a lo lejos el tráfico, como un rumor de olas.

Apenas han pasado unos minutos, pero su abrazo es cálido, conmovedor. La enfermera entra en ese momento, y desde la puerta le parece que están juntos dentro de la cama. Sin pensarlo dos veces, con brusquedad, enciende la luz del techo. La habitación se tiñe de un color tan frío que parece que también hubiera abierto la ventana. Sus caras también son distintas: en esa blancura se notan enfermos. El ruido hace que la vecina se mueva y Tomás casi se cae al suelo mientras intenta recuperar las muletas, que duermen a los pies de la colcha. Con un murmullo pide perdón a las tres, inclinándose levemente, como si estuviese saludando al público de un teatro, y hace mutis por la puerta.

La enfermera de noche recuerda con una media sonrisa la depresión eufórica que se produce después de las operaciones. Ya volverán a la realidad, se dice, entra y les pone el termómetro como si no se hubiera dado cuenta de nada.

Teresa no puede dormir. Mañana la operan y no consigue pensar más que en la escena que acaba de protagonizar.

Pobrecillo, se habrá sentido ridículo. ¿Por qué me atraen siempre hombres mayores que yo? ¿Por necesidad de ser querida sin condiciones? Y, sin embargo, Carlos era de mi edad.

¿Lo habré soñado todo?, se pregunta. Parecíamos dos criminales que se hubieran escapado de la cárcel para atracar un banco del parque. Por la noche nos pillaron cuando contábamos el botín.

Esta vez los castaños la han rescatado a ella.

Veinte

Solo los más sabios y los más estúpidos no cambian nunca.

CONFUCIO

La mañana ha empezado en carne viva. La luz roja sobre las páginas del libro. Intenta concentrarse en la lectura mientras el pasillo descansa. Casi no ha pegado ojo, y ahora vendrán a buscarla. Hay algo del corredor de la muerte en esas esperas antes de las operaciones. A este paso se la llevarán al quirófano y Vicente no habrá llegado a tiempo.

Recuerda que Paula le contó ese rato que estuvo en la camilla del preoperatorio: desnuda, solo un camisón blanco con lunares verdes, el gorro y las babuchas de papel, un gota a gota y esperar. Cómo odió a Manuel más que nunca mientras le echaba de menos. En unos segundos le culpó por haberla dejado, le reprochó su traición y al mismo tiempo comprendió que abandonarse a la autocompasión la dejaba indefensa, no podía permitírselo. En este momento de soledad se siente igual de frágil.

Vicente dejó la oficina a las nueve. Hoy solo le ha dado tiempo a encender el ordenador, abrir su correo y contestar algunos mensajes. Enseguida, en un movimiento que no puede evitar cada día antes de irse, dispuso simétricamente los montones de papel en pilas uniformes golpeándolos contra la mesa para hacer coincidir los bordes de las hojas, y después de cerciorarse de que no le faltaba ningún bolígrafo, salió corriendo hacia el hospital.

Le ha puesto mala cara, piensa mientras saca el coche del aparcamiento de la empresa e intenta meterse en el atasco de los que ahora se dirigen al trabajo. Qué suerte tienen algunos de entrar a las nueve. Mientras avanza a trompicones recuerda que el jefe no le miró bien cuando le pidió ausentarse otras dos horas. Como si no se hubiese tragado lo del día de la biopsia ni que esta mañana la vuelven a operar. Qué culpa tiene él de que cada dos por tres le salgan esos tumores. Por fin parece que los médicos se lo están tomando en serio.

Ha dicho que lo compensará con horas extras, que no se preocupe, la productividad no va a ser menor por sus problemas personales. Esos problemas están prohibidos. A veces le dan ganas de jubilarse, pero es lógico que les exijan, para eso les pagan, piensa. Si no la empresa sería un cachondeo. En el fondo está de acuerdo con su jefe. Es así: lo tomas o lo dejas, sigue razonando

como si fuera el dueño de la compañía mientras atraviesa la puerta del hospital.

Traje gris, pasador de oro sobre la corbata de seda, gemelos pequeños en forma de ancla, llega a la habitación justo cuando se la están llevando al quirófano.

Aunque tiene ojeras parece animada, siempre ha sido más valiente que él, será porque es más joven, piensa. Y eso que desde que empezó a tener problemas de salud, hace dos años, está muy impaciente y más rara que nunca. Habrá que perdonárselo, pero hay veces que no hay quien la aguante. Siempre está en desacuerdo con lo que se le propone.

La acompaña hasta el ascensor y nota que mira las lámparas del techo, está extraña tumbada en la camilla. En el último momento le sonrío levemente:

–No será nada, no te preocupes, que enseguida subo –dice, mientras le da un apretón en la mano.

Vuelve a la habitación, que ahora tiene una cama de menos. Le pesa ese vacío y prefiere no imaginar lo que le estarán haciendo. Baja a comprar el periódico y se toma un café en la calle, pero enseguida regresa, preocupado.

No sabe cómo entretenerse. No se concentra en el periódico, y empieza a revolver en la pila de libros de su mujer. Luego revisa la mesilla.

Se aburre. Debajo de las revistas hay una libreta de hule azul oscuro.

Veintiuno

cuán presto se va el placer, cómo, después de acordado, da dolor;

JORGE MANRIQUE

Dicen que me vaya y no me quiero ir. Que me dan el alta. Lo dicen como una buena noticia, como quien da un regalo. No quiero.

Llegaron como cada mañana. Un pequeño tribunal blanco a los pies de mi cama. Sonrientes, limpios, sanos. Las barbas tan bien afeitadas que parece que lo han hecho con un bisturí, el mismo con el que me abrieron. El cirujano mayor, los residentes aplicados y esa enfermera que va siempre con ellos apuntándolo todo. Parecen tan seguros. Mientras, desde el otro lado, yo me balanceo en la incertidumbre como los bolígrafos que llevan en el bolsillo, como el fonendo que les cuelga del cuello. Parece que esto va bien, tiene que ir preparándose, estará deseando volver a casa..., dicen mientras observan la herida sin mirarme a la cara.

No se dan cuenta de que esta es mi casa desde hace casi un mes. Será por mis nuevos amigos: Tomás, Paula, Felipe, incluso la nueva vecina de cuarto que acaba de llegar. Gente que nunca habría conocido fuera, en la otra vida. Las personas con las que convivimos son las que construyen nuestra casa, más que los ladrillos o los muebles. No quiero separarme todavía de Tomás.

Será porque me han curado. En este sitio estoy a salvo del miedo a no salir, del temor a dolores inesperados. Y lejos de él, de su cara triste, de sus obsesiones. Libre de mi trabajo, del ritmo de jornadas que pasan sin sentirse, luchar con los alumnos, los deberes de madre, esos bultitos, las cenas en Montealto, la vida torpe. En este lugar los días tienen peso, volumen, porque les sobra el tiempo, esa arenilla que se escapa por todas las rendijas. No quiero irme.

Que me dejen quedarme un poquito más. Por lo menos hasta el fin de semana. Voy a ver si me pinto ojeras y consigo engañarlos. Es pronto todavía para volver a casa. Ha pasado demasiado rápido. Todos hablan de volver. Yo no.

Soy el capitán del navío que espera en el exterior y me fallan las fuerzas. Responsable de que las niñas desayunen a tiempo para llegar al colegio puntuales, de que mis alumnos acaben el curso conociendo todo el programa y de que, cuando empiece el verano, en medio de sus romances, sean capaces de reconocer una prosopopeya, hayan aprendido a comentar las coplas

de Manrique y les guste leer. La encargada de que cada rincón de la casa esté limpio y la culpable de que a veces no haya comida en la nevera, apenas un frasco de mostaza y un pan de molde rancio casi terminado.

También soy la acompañante discreta de Vicente. Eso no es lo malo, lo peor es que parece que soy la responsable de su cara. Me cansa estar siempre mirándole. Siento su disgusto, su impaciencia. Noto que a menudo parece ausente y aburrido. Siempre su trabajo, es el único tema que le hace desviar los ojos del televisor, pronunciar, como una gran concesión, unas cuantas palabras sueltas. Después no dice nada, se queda como traspuesto. Está cansado, siempre está cansado.

Aquí, en cambio, todos están pendientes de mí porque presumen que soy la débil. Nadie me exige nada, nadie me mira mal. No quiero volver.

Por fin me operaron. Ahora recuerdo como una tontería la biopsia. Aquello no fue nada comparado con esto. Es como si una apisonadora me hubiese pasado por encima.

Lo peor fue salir del sueño. Veía gente a mi alrededor. ¿Seguía inconsciente? ¿Cuánto tiempo había estado muerta? Estaban allí y no podía alcanzarlos ni me alcanzaba su amor, su presencia. Solo un pensamiento me consolaba: mañana por la mañana ya habré despertado del todo, estaré viva de nuevo, podré comer, quizás dejen entrar a mis hijas, su cariño me llegará. Estaré muy débil, muy cansada, pero viva para volver a empezar.

Y al día siguiente es verdad que las voces resultan reconocibles, las caras recuperan la forma, el desayuno escaso apetece. Entonces, esa misma mañana, empiezo a mirar hacia delante. ¿Cuándo podré levantarme? ¿Cuándo volveré a trabajar? ¿Qué habrán hecho mis compañeros en mi ausencia, que pensarán de mi desaparición? Solo me despedí del director, y le pedí que no contara nada. ¿Y los alumnos? A estas alturas del curso ya no podré enseñarles nada... ¿Habrán regado las plantas? ¿Arrancará el coche después de estar aparcado tantos días? Tendré que ir a hablar con los profesores de la pequeña y comprarle un abrigo nuevo a la mayor, que ha crecido tanto desde el último invierno. Pronto estaré en casa, dicen los médicos que enseguida. No puedo soportar la idea. Ya no tiene sentido retrasarlo más, habrá que decidirse.

Tendré que dejar a mis amigos. No he vuelto a ver a Tomás desde que nos escapamos, y por ahora no puedo salir al pasillo. Dice Lourdes que ha preguntado varias veces por mí.

Me sorprende la seriedad de Vicente cuando me despierto. Más impenetrable de lo normal. Una expresión que solo tiene cuando está muy enfadado, a estas alturas su cara es transparente. No viene a cuento este silencio. Será que algo no ha ido bien en la operación y que le cuesta decírmelo.

Cuando nos quedamos solos me confiesa que para distraerse estuvo enredando entre las revistas y los libros que tengo en el alféizar de la ventana y acabó leyendo mi cuaderno de hule.

Al principio le aburríó, ya se ha puesto otra vez poética, pensó, y estuvo a punto de dejarlo. Cuando llegó a la historia de la playa se indignó. Nunca había sospechado nada. Me encontraba rara, aunque dice que desde que me conoce siempre le he parecido un poco pirada.

—Pero desde que empezaste con los tumores has estado especialmente insoportable. He tenido mucha paciencia contigo, no sé si te habrás dado cuenta —me dice, vengativo.

No esperaba esta sorpresa. Ahora lo sabe todo. Ya es imposible disimular.

—Hablares más adelante —dice—. Ahora estás débil y no es oportuno.

Es curioso cómo evita enfrentarse con los problemas. No se propone ponerle remedio, sino retrasar el momento de abordar esta crisis, que se prolonga ya demasiado tiempo.

Debería poder decirle que aquel día luminoso que me acompaña tanto en estos pasillos descoloridos no es lo importante. Ese día de playa es solo el síntoma de que lo nuestro ya no existe.

Me interesan más mis compañeros de hospital, sus historias, sus secretos, que cualquier batallita comercial que pueda contarme. Dice que soy una insensata por haberme escapado al parque con Tomás, podía haberme pasado algo. Claro que me pasó algo, pienso yo. Debe intuir que con él sería imposible vivir una aventura tan emocionante y tan simple.

Me acusa de traición, me habla de principios, sin comprender que lo importante no es la infidelidad puntual de un día de pasión o de una escapada. Lo grave es el delito continuado del desinterés, de la rutina, del aburrimiento.

Y por otra parte ¿qué hacía leyendo este cuaderno, mi único territorio? ¿No es eso también una traición?

Están mis hijas. Ahora recuerdo lo que me contó Lourdes el otro día:

—Cuando me quedé embarazada tenía veinticuatro años y aquello era para siempre. Lo dudé mucho —me dijo—. En el hospital habría sido fácil abortar. Menos mal que no lo hice. Ahora vivo por ella. Nunca me ha dado un problema. Mi madre me ayuda. Ha alquilado un piso en el mismo edificio. La lleva a la guardería y la recoge si estoy de guardia. Lo único que he hecho bien en la vida es esa niña.

En mi caso, nuestras hijas, ajenas aún a nuestro aburrimiento, son un vínculo que me une a él para siempre. Tiemblo al pensar que cuando vuelva tendremos que compartir otra vez la cama.

Si desapareciese de mi vida su cara siempre sería, su rostro sin palabras, estoy segura de que empezaría a curarme. Como si él fuese parte de mi debilidad. A pesar de todas estas reglas, a pesar de los inconvenientes, por ahora no quiero volver. Solo necesito estar tranquila para pensar en lo que voy a hacer después de este viaje.

Para aliviar la angustia, necesito dejarle.

Veintidós

Y volver, volver, volver
a tus brazos otra vez.

FERNANDO Z. MALDONADO

Desde que la besó, Tomás no sale a compartir la tertulia, le da vergüenza. Se queda en la habitación y le dice a Felipe que se encuentra mal.

Por fin le van a dar el alta. Enseguida estará otra vez en la fotocopidora o llevando sobres de un lado a otro. Espera arreglarse bien con las muletas hasta que le acoplen la prótesis, y a ver cómo se porta ese juguete. Don Justo tendrá que aguantarse, porque al principio no habrá más remedio que salir un poco antes para hacer la rehabilitación. No le apetece jubilarse aún. Si se lo proponen, se va a resistir. Qué serían sus mañanas sin Paqui. No tendría ningún motivo para levantarse de la cama, para embadurnarse la cara con espuma de afeitar o meterse debajo de la ducha. Teresa le echa de menos, pero no dice nada y respeta su ausencia.

Los demás, en la sala de visitas, también piensan en la vuelta.

—Qué lujo volver al sofá, a la comida de casa, a las broncas con la vieja, asomarse a la ventana, pasear al perro, incluso ir a la oficina del INEM —dice Felipe—. No hará falta beber, ni drogarse, ni siquiera viajar. La vida de fuera, sin batas verdes, sin inyecciones, sin anestesia, ya será una droga.

Piensa llamar a Paqui, lo tiene decidido. El otro día le dio su teléfono y a Tomás le pareció lo más natural. «Y tenemos que ir al campo a merendar», dijo con alegría. Ahora solo habla de Teresa, de lo inteligente que es, lo elegante.

—Con lo listo que eres, al volver, en vez de quedarte en el sofá de casa, tendrías que seguir estudiando —le riñe Teresa, como si siguiese siendo su profesora.

—Sobrarán los problemas pequeños —dice Paula—. Una gripe será una estupidez; una bronca del jefe, algo normal, intrascendente.

Aprenderán a distinguir entre los pequeños contratiempos y los problemas, piensa Teresa.

Mientras, Paula, como si leyese su pensamiento, dice que el hospital mejora la vida cotidiana, la hace interesante. Estar aquí hace a las personas más inteligentes, porque a la fuerza se acaba sabiendo la medida oculta de las cosas. Más sabias, piensa, aunque tengan un trozo de menos o

un aparato de más. Unas muletas, unas medicinas, unas revisiones para siempre serán el pago para adquirir en el mercado de la existencia esta sabiduría.

—Yo he vivido todo esto como una aventura —insiste—. Aquí me han curado de muchas tonterías. Quizás nadie salga como entró —concluye.

Teresa siente que la han salvado, y que fuera de estas paredes puede estar en peligro. Le han enseñado más los problemas de Paula y de Felipe, las ansias de Tomás, la cara de los médicos, que su vida en casa con ese marido que ya nunca la mira. Comprende que Paula no se quiera ir. Ella tampoco.

Por eso al volver se rompen matrimonios, se cambia de vida, se prescinde de amigos que no lo eran. Saldrá de aquí con la obligación de vivir intensamente las veinticuatro horas. Se quedará con lo esencial. Un hombre que la ame, el calor de sus hijas, unos pocos amigos, un trabajo discreto, unas buenas lecturas, un paisaje de playa y que no pase nada. Que no sobrevenga una desgracia, que nada la separe de las personas queridas. En lo que quede de vida, no hay tiempo que perder. No se puede desaprovechar con quien nos haga daño, con acumular dinero o con una relación que se destruya en la mediocridad. Claro que le da pereza el divorcio, las discusiones que aún tendrá con Vicente, todo lo que la espera.

Pero ese beso de Tomás le ha dado nuevas energías. Se siente capaz de todo.

30 de marzo

Dan igual la enfermedad, el antídoto, la medicina o el médico. En vez de la Hermandad del Gran Poder, dice Paula, somos la hermandad del no poder. Eso es lo que nos une: no poder comer esto o aquello, no poder vivir en casa, no poder andar, no poder recordar, no poder hacer el amor, no tener intimidad. Esos no poderes repartidos entre todos como en una tómbola son lo que nos constituye como una banda de seres incompletos, de personas que hay que olvidar en cuanto se traspasan las puertas de salida. Que dan lástima, que dan miedo. Y sin embargo mientras, en el hospital, algunos se curan y otros mueren, se juega al póquer, se ven películas porno, se intercambian confidencias en la madrugada y se hace el amor frenética, desesperadamente.

Aquí también nacen niños y hay enfermeras que se enamoran de los médicos, médicos que se acuestan con las enfermeras, pacientes jóvenes que olvidan a sus maridos, a sus amantes y viven los días de hospital como una película. Cuando se sobrevive a las noches sin dormir, a la comida fría, a la convivencia con extraños, a las operaciones, a los tratamientos, el hospital se convierte en una droga que produce euforia, ganas de enamorarse, de pintarse el pelo de verde, de bailar salsa y de hacer el amor. De besarse con un hombre guapo. ¡Qué bien besa Tomás!

Veintitrés

No hay medicina que cure lo que no cura la felicidad.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Al volver hacia la habitación, se encuentra de cara con Tomás. Como si estuviera esperándola.

–Quiero volver a escaparme –le dice–. Necesito hablar contigo, es muy urgente. Pero a solas, que no nos interrumpan.

En ese momento el pasillo empieza a quedarse en silencio. Van mirando hacia los lados de reojo, con miedo a que los sorprendan. Ella va de puntillas, Tomás intenta no hacer ruido con su única pata y sus dos muletas metálicas, que crujen cada vez que se apoya. En cada esquina se paran pegándose mucho a la pared, como han visto que hacen en las películas. Pasa una enfermera. «¿Qué tal, pareja?», les suelta, y se vuelven tímidos como niños.

Todas las habitaciones están ocupadas, así que buscan otro piso, sin saber muy bien adónde van. Cogen el ascensor de las camillas. Ahora ya no hay movimiento, parece un lugar seguro. Paran en la planta sexta, como podrían haberlo hecho en cualquier otra. De algo les suena, pero no hay un alma. «Quirófanos», dice una placa a la salida del ascensor, «Prohibido el paso». Todo está en penumbra, salvo unas luces pequeñas junto a los rodapiés del pasillo, lo justo para no tropezar. Una puerta entreabierta señala el lugar. Entran en el antequirófano y encienden una luz muy suave. Sobre una camilla acolchada hay dos sábanas y una lámpara grande que se queda apagada.

Tomás le desabrocha la bata buscando sus pechos y los sostiene con sus dos manos grandes. Ella se tumba en la camilla y entreabre las piernas hasta que él, apoyado en los codos, la penetra con una decisión que no le ha conocido nunca.

Como la camilla tiene ruedas, vuelven a bajarse y se besan contra la pared. Huele a desinfectante. Luego la ponen entre dos sillas para que no se mueva.

Desnudos, parecen de distinta raza. Él, moreno, curtido, fibroso. Ella, muy blanca, con formas redondas.

Recuerda el día de la anestesia local. Qué viva está ahora, qué distinto. Tomás huele a aceite de romero. Tarda mucho en correrse. Cuando cesa el movimiento de sus cuerpos, el silencio es total. Solo hay un rumor lejano de máquinas en el patio, como si fuera el mar.

Ella se queda largo rato acariciando su pecho sin decir nada y luego se lava con unas gasas empapadas en suero fisiológico. Él se moja la cara y las manos en el lavabo pequeño de los cirujanos. Tiembla. Ella también.

Vuelve cada uno a su cuarto. No se han dicho ni una palabra.

Veinticuatro

*Life is what happens to you
while you're busy making other plans.*

JOHN LENNON

Parecía distinta. Vestida y maquillada, Paula parecía otra. Nada que ver con la chica un poco gruesa de pechos caídos que hasta anoche se paseaba arrastrando unas chanclas viejas por los pasillos. Ha ido a despedirse porque le dan el alta. Aunque se llevan pocos años, Teresa ha desarrollado un sentimiento maternal hacia ella. Le da pena su no saber de qué va la vida. Es como una niña que siempre se peleará con la realidad.

Se va con el mismo miedo que entró. Le han hecho un remiendo, pero no le garantizan nada, no se comprometen. Una recaída, una metástasis es una posibilidad que no se puede descartar. Mientras tanto que haga vida sana, que no fume, que no beba y que acuda puntual a las revisiones. Está asustada pero optimista:

—Quién me iba a decir que iba a tener ganas de volver a ese despacho mal iluminado con esas dos brujas que vigilan cada uno de mis movimientos y escuchan mis conversaciones telefónicas —admite.

Le apetece ir a tomar café a media mañana con sus compañeras y algún día salir al cine. Regar las plantas. Solo le da pereza llegar sola a su piso tan grande, a ver si le alquila una habitación a alguna amiga o si se echa un ligue de verdad. Por ahora tiene a su gato.

Se lleva todas las cartas que no envió, las guardará por si acaso. Le han hecho pensar y se va más tranquila, como si hubiera ido a un psicólogo. Pronto recordará todo esto como algo irreal. No una pesadilla, un sueño.

Hoy parecía más razonable que nunca. Como si la expectativa de regresar a la vida ordinaria la hubiese convertido de repente en otra persona. Lejos quedó la mujer fantasiosa y soñadora con la que solo se podía hablar de amores imposibles. Ahora era una funcionaria joven como tantas, pelo corto, pendientes de oro, pulseras, camisa azul turquesa que realzaba sus pechos generosos y chaqueta de mezclilla. En la calle no habría llamado la atención, pero en el hospital sí, porque estaba más guapa que nunca. Le sentaba muy bien el maquillaje, la rayita que se había pintado en el borde del párpado, el rímel y el colorete, que le daba un aire de no ser de esta guerra. Una

distinción natural que el hospital había borrado. Como si se fuese a comer el mundo.

Insiste en que se seguirán hablando, en que de vez en cuando se verán. Han intercambiado teléfonos y señas:

—Hemos compartido muchos secretos. Ahora somos amigas —dice.

Teresa le dice que sí, sabiendo que no. Habrá algunas llamadas, le contará la vida de su gato, la vuelta al ministerio, los cafés, y un día dejarán de saber la una de la otra.

Al final, como de pasada, le ha hablado del compañero que la vino a ver hace unos días. Ese que no le gustaba cuando solo tenía ojos para el médico.

—Ayer me mandó una planta de camelias, como enhorabuena por mi vuelta a casa, y dentro iba una nota preciosa —dice—. Nunca pensé que fuera tan sensible. Ya veremos.

Es la primera carta que recibe en todo este tiempo. Se la ve contenta. Le han dado una dosis de su propia medicina.

31 de marzo

Ahora que se va Paula, pienso en el mundo de fuera y recuerdo aquella vez que hablaba de preocupaciones domesticables y de miedos invencibles.

A la salida del quirófano, mientras veía entre sueños la cara preocupada de Vicente, me apeteció irme a merendar un sándwich mixto y oír cantar a Alejandro Sanz. Algo que me hiciese olvidar las náuseas. Se pasa de un mundo elevado, parece que el dolor debería dignificar, a un mundo insustancial que también te salva. Son estupideces, pero es lo que necesitas. El dolor tiene esos mecanismos, esas compensaciones, como la ilusión que tienen algunos hombres de comprar un Mercedes o un Jaguar con los asientos de cuero, un coche de esos que hablan y te marcan la ruta y tienen un televisor que se apaga cuando pones el motor en marcha y unos faros que se encienden automáticamente si pasas por un túnel. Un coche brillante, sin un rayajo. O la obsesión por ir a la última moda de algunas mujeres.

Tengo miedo de salir y quedarme sola, y es un pánico que se extiende a los ascensores, a la oscuridad, a que vuelva el dolor. Tendré que acostumbrarme a combatirlo. Vicente nunca me ha ayudado, así que no le echaré de menos. Será necesario preocuparse de bobadas para no pensar.

Dentro vivimos en un mundo gris olvidados de que hay películas en color. No recordamos que hay vinos de marca y restaurantes caros. El gota a gota, las sábanas que rozan los codos porque están lavadas con lejía, el suelo de plástico mate, las paredes verdosas. Todo parece del mismo tono, un color vago que contagia a los claveles del florero y a las revistas del domingo.

No importa nada que no sea la mirada del médico, una palabra de más o de menos, la fiebre. ¿Cómo ha dormido hoy? ¿Se va cerrando la herida? ¿Y la tensión? No interesa tener un vestido de más o de menos o el pelo mejor o peor peinado. No vale para nada un buen sueldo cuando te vas a morir, aunque también morir sea a veces una cuestión de dinero. Si no te salvan, de poco

te va a aprovechar. Pero si consigues salir, te acuerdas de todo lo que tenías y lo echas de menos: el anillo aquel que me regaló mamá, la chaqueta de cuero, el piso que pensabas comprarte cuando sucedió aquello empiezan a aparecer, a cambiar de tamaño, de peso.

—Tu jefe vuelve a ser importante —dijo Paula antes de irse—. El compañero aquel que nunca te saluda y el otro cuya tos te resulta molesta.

El tráfico y un simple dolor de cabeza se te hacen insoportables porque vuelves a vivir, y la vida es también eso. La vida es que las bobadas sean fundamentales.

Si una noche no te puedes dormir, aunque estás vivo, estás jodido. Si le suben el sueldo a tu compañero ese que tose y a ti no, estás jodido. Aunque te hayan salvado la vida, tendrás miedo de que durante la enfermedad te hayan olvidado, que piensen que ya no puedes ser la que eras, trabajar como entonces. Aunque estás viva o porque estás viva. Eso es estar viva: tener miedo de no estarlo y acordarte de todas las chorradas que te hacen vivir y disfrutar. Que te hacen distraerte mientras sigues por aquí mareando la perdiz.

Estamos aquí solo un ratito, ¿y qué?, te dices. Habrá que intentarlo, ¿no?

Cómo contar en el cuaderno esos cambios de estado de ánimo, esas diferencias en la percepción del valor de las cosas. Cómo contarlos en una historia. Quizás sea necesario congelar la cámara en una escena y mirar qué personajes asisten al banquete, escudriñarlos por dentro y luego ver lo que hacen, qué les pasa, cómo se van desenvolviendo entre tanto olor a éter y tanto pasillo. Quizás hay que seguir esta madeja deshilachada y acabar encontrando las escenas que anuden estas historias que por ahora solo son el patio interior de la conciencia. Quizás sea necesario salir de aquí para poder contarlos.

Sobrevivir para contarlos.

Veinticinco

Partir, c'est mourir un peu.

EDMOND HARAUCOURT

31 de marzo, por la noche

Me dicen que mañana se va Tomás. No he vuelto a verle desde aquella noche. Ayer nos cruzamos por el pasillo, pero, mientras yo saludaba a su mujer, desvió la mirada avergonzado. Dice Lourdes que los médicos, al verle tan inquieto, le han dado el alta. Al saberlo me acerqué a su habitación. Desde el pasillo se oía la voz metálica de Aurora, que chillaba. Discutían.

—No le puedes despachar así —decía—. Nos van a dejar de querer. Si los tratas de esa manera nos quedaremos más solos que la una.

Al verme en la puerta me miró tan sorprendido que ella explicó:

—Se ha peleado con su hijo y ya no se hablan. El muy bruto.

—¿Ya se fue Felipe? —pregunté, al ver que estaban solos.

—Y yo me voy mañana —dijo Tomás.

—¿Vas a hacer igual que él? ¿Marcharte sin más? No faltes esta noche a la tertulia —le insistí.

Estuve esperándole un rato y por fin apareció. El pelo mojado con colonia y un cigarrillo en la mano que no dejaba de llevarse a los labios con los dedos temblorosos. También yo estaba nerviosa, pero le pregunté por sus planes, dando por supuesto que yo no estaría en su vida de fuera. Volvíamos a ser dos amigos pasajeros que estaban a punto de separarse.

Por fin dejó de hablar de su nuera, de la casa del pueblo, de lo poco que ha ganado toda la vida a pesar de haber trabajado tanto. Se daba cuenta de que era la última vez que podríamos vernos solos, con esa intimidad. Ya no había peligro, podía hacerme confidencias, desahogarse, como si la limitación del tiempo que nos quedaba le diese libertad para hablar sin tapujos.

Y tenía un plan. Por eso quería irse. Ha estado dando muchas vueltas hasta que me lo ha dicho, parecía un niño. Lo confesó con vergüenza, como quien cuenta algo que los demás no van a comprender pero que necesita compartir. Como si yo no me hubiese dado cuenta.

—Vine aquí enamorado de una compañera de oficina. La de los zapatos rojos. Tú me has hecho dudar. Como le llevo más de treinta años, no tenía la menor esperanza, pero aun así voy a intentarlo. Hablaré con Aurora en cuanto vuelva a casa, y luego... un piso pequeño y a estar

tranquilo.

Una nueva vida. Llevaba tiempo acariciando ese sueño cuando se cayó.

No he querido decirle que es un disparate... pero sé que lo es.

Como con Paula, parece que soy la única que mantiene la cabeza fría. Solo yo veo la puta realidad, la vida borde. Nadie le ha dicho lo que le espera, ni su mujer ni los médicos.

—Si quiere irse del hospital, nos iremos —me dijo Aurora el otro día—. Los últimos meses que los pase en casa, siempre estará mejor. El pobre no sospecha nada.

Ella tampoco sospecha nada, pensé yo.

No me he atrevido a desanimarle, porque en ese momento me he dado cuenta de que lo que le mantiene vivo es la esperanza de empezar de nuevo. Solo le he dicho que intente no hacer daño a Aurora.

—Míentele, dile únicamente que quieres estar solo.

Esa pasión la lleva solo en su cabeza. Lo único que he podido insinuarle es que tenga en cuenta la de años que su mujer lleva aguantándole. Vivir con él tiene que ser difícil, ese carácter tan fuerte, esa personalidad tan vital.

Entonces me ha vuelto a coger la mano. También yo he tenido ganas de abrazarle cuando me ha dicho que hablar conmigo le ha ayudado mucho, que va a empezar a leer, que ha notado que a mí los libros me consuelan. Que un día, si lo publico, quiere leer mi cuaderno de hule.

—Tú me has enseñado a apreciar la comida fría —le contesto con emoción.

Entonces se quita la cruz que lleva al cuello.

—Me la regaló mi madre y nunca me la he quitado. Siempre me dio suerte —dice—. Quiero que la tengas hasta que estés mejor. Cuando salgas de aquí me la devuelves.

—No soy creyente —le digo, poniéndomela.

—No importa.

Mientras lo dice, sus ojos líquidos me recuerdan a los de Carlos. La misma expresión, aunque los suyos estén rodeados de arrugas.

Las enfermeras nos mandaron a dormir cuando eran ya más de las once y estábamos escondidos en la penumbra, parecíamos dos enamorados.

Hemos compartido las cartas de Paula, los diagnósticos inciertos, los comentarios sobre las enfermeras, las revistas. Me acordaré de esos ojos, su tristeza de anoche, el color rojizo de su piel aunque tenga ojeras. Y de aquel beso. La tarde del Retiro sentí que ambos habíamos estado buscando ese complemento durante años.

No sé si llegaré a enterarme de cómo acabará esta historia, ni la de Paula, ni la de mi vecina, ni de qué fue de Felipe, que últimamente no salía a la tertulia, ni la de todos mis compañeros de hospital. Cuando me den el alta me quedará solo con fragmentos de estas vidas que durante unos

días compartieron conmigo esta travesía y sus secretos.

Con Tomás ha sido más fuerte. Qué será lo que me atrajo tanto, me pregunto ahora que nuestros caminos se separan. Lo que hizo que esperase cada día la caída de la tarde para acudir a la sala que une nuestros dos pasillos como quien se dirige a una cita de amor. Quizás, que tenía todo el campo en sus manos rudas, la rotundidad de sus palabras. Esa brusquedad que no existe en mi mundo, capaz de decir verdades enteras sin subterfugios. O ese verse a sí mismo tan fuerte todavía, no reconocerse en la vejez, en su cojera, en la enfermedad. Su manera directa de mirar a los ojos y expresar sus sentimientos. Incluso ese modo de hablar de la muerte con la misma naturalidad que si comentase el cambio del clima o la abundancia de las cosechas, como si no estuviera hablando de su propio final. Tomar el pelo al miedo, invocarlo y así hacerlo desaparecer. Despistar a esos fantasmas que a los demás nos acechan. Esa visión tan potente, tan positiva, tan contagiosa, como aire fresco. Conocerle ha sido oxígeno en este cruce de caminos.

He soñado con él todas las noches después de aquella escapada. Su cara superpuesta a la de Carlos, este paisaje, aquella playa, cromos mojados sobre el mismo cristal. Sueños absurdos en los que no quiero detenerme.

Ahora, al saber de su valentía, de sus ganas de vivir, de su capacidad de apurar lo que queda en la copa, pienso que hay un cierto paralelismo en lo que nos pasa. Es lógico que nos hayamos llevado tan bien. Yo también estoy harta de mi pareja, pero me he refugiado en el miedo que tenía. No lo he afrontado y, paralizada debajo de las sábanas, solo soy capaz de pensar en que no quiero volver a casa.

Ya no tengo excusa. Debo aprender de él, habrá que ir pensando en volver a la realidad. Dejar este barco y empezar un nuevo viaje.

Si no está Tomás conmigo, ya no me apetece quedarme.

Aunque la noche anterior se habían abrazado como viejos amigos o amantes, le sorprendió que no se asomara a su cuarto en el último momento. Unos metros de pasillo y se había ido sin más, sin decir adiós. Toda la mañana estuvo inquieta, incómoda porque no aparecía. Trató de imaginar, para justificarle, las gestiones de última hora: esperar el informe, hacer su escaso equipaje, despedirse de las enfermeras, de los médicos. Pensó en su prisa, en los nervios de Aurora y en el agobio de su hija, que se habría escapado del trabajo para llevarle a casa. Creyó que luego llamaría, estuvo esperando toda la mañana. Pero le extrañó.

Y es que Tomás por fin volvió al pueblo.

A media mañana Lourdes le dijo que los médicos vendrían en un rato, decididos a darle el alta. La vecina también se iba y Tomás ya no estaba, así que llamó a Vicente para que viniera a buscarla.

Mientras le esperaba, Lourdes la ayudó a hacer la maleta.

—Yo me quedo aquí. Estoy contenta de que te encuentres bien, pero te echaré de menos, y luego no querrás venir a vernos, pronto olvidarás todo esto. Ese es mi problema, me encariño demasiado con los enfermos.

Teresa le aconsejó que no se implicara tanto, que solo era su trabajo.

—Sí, pero hemos pasado una noche muy dura y todo se junta.

En ese momento interrumpió su discurso y adoptó su aire más profesional, porque, mientras hablaban, apareció el chófer a buscar a la vecina.

Por una vez no vestía de uniforme. Tenía los rizos negros peinados hacia atrás con mucha colonia, los ojos oscuros le bailaban en la cara. La chaqueta azul y la camisa blanca abierta, sin corbata, le daban otra soltura, un modo de ser más desenvuelto, como si ya no tuviera que fingir. La vecina estaba radiante. Al llegar la besó en los labios sin preocuparse de la presencia de las otras mujeres, y la tuteaba. Parecían una pareja de recién casados a punto de iniciar su viaje de novios. A Teresa le dieron mucha envidia.

Esa historia había acabado bien.

Más tarde, la distrajo la visita de los médicos.

—Está curada —le aseguró el cirujano—. Solo tiene que acordarse de las revisiones, no saltarse ni una, por ahora todo es normal.

Esas palabras le hicieron olvidar a Tomás. Curada, curada, curada. Sana, salud, normal. Todo es normal.

Se fue a casa, y al llegar recibió por fin la llamada de Aurora.

Veintiséis

*andamos mientras vivimos y llegamos
al tiempo que fenecemos*

JORGE MANRIQUE

El humo sale de las chimeneas de la aldea con una cadencia desigual, lento como una canción de amor, una balada de humos en la tarde. El sol, vestido de rojo, juega con las nubes antes de extinguirse detrás de las montañas.

Tomás no salió vivo del hospital adonde lo llevaron. Todos los habitantes de la aldea y los que vinieron de Madrid han ido a acompañarle en su caja, que tiene la ventanita casi tapada de flores. Los niños se han quedado solos en las casas. Los nietos gritan y ríen, olvidados del abuelo que duerme amarillo claro en su caja barnizada, con su pierna de menos y una media sonrisa, como si disfrutara de ese último sueño encantado de haberse conocido. La muerte solo le ha quitado ese color de aire libre que tenía.

Las calles están tranquilas y de luto, si no fuera por los niños que se ríen de la muerte. Sin adultos.

En la pequeña iglesia doblan las campanas, a cada hora tocan a difuntos.

Junto a la sacristía, Aurora enseña al muerto en la caja como un trofeo, como diciendo: Mira qué muerto tan estupendo hemos conseguido, o quizás: Mírale, es tu última oportunidad. Ha envejecido este último mes. Aunque le gusta que hayan venido a acompañarla, apenas da las gracias. Es una mujer endurecida, muda en su tristeza, taciturna para el halago o el cariño. Tan austera que apenas sabe demostrar que le quería.

El hijo mayor llora con la cara entre las manos en un rincón, es el que peor está. Los demás hombres fuman en la calle y hablan del tiempo, del turismo que este año está flojeando. Es una aldea sin plaza, sin tiendas, sin cantina, sin mercado ni fuente, así que el velatorio parece el mejor lugar para encontrarse. Como si el muerto les hubiese proporcionado un rato de entretenimiento esta primavera tan aburrida en la que el mal tiempo les ha impedido salir a la calle.

Las hijas y las nietas, muy juntas y calladas, se sientan en bancos tapizados de escay rojo oscuro. No van muy arregladas, pero se han puesto las pulseras de oro y las medallas para esta

oportunidad en que toda la aldea vendrá a consolarlas y escudriñarlas. Sus amigas se pasean cogidas del brazo en silencio, parece que tuvieran que compensar con sus caras largas lo bien que se lo están pasando los hombres, y aceptar de antemano que hablar en esta situación solo es cosa de ellos.

No hay nadie de negro, ni siquiera la viuda, la muerte los ha cogido de improviso. Solo Teresa va de luto en este hermoso día de sol entre las nubes, y se siente una intrusa en un grupo que parece que todavía no se ha dado cuenta de que Tomás se ha muerto.

Es una ofensa no acercarse a verle, así que se pone junto al ataúd a hablar con su mujer, como si estuviese dormido y hubiera que vigilarle, tan tranquilo por fin, debajo del cristal.

—Al final estaba muy raro —le dice Aurora—. Fue un gruñón toda la vida, pero en la última época parecía que se le había agotado la paciencia conmigo. Yo era igual, la misma con la que se casó. Con más arrugas, el pelo blanco y un poco sorda, pero la misma —insiste—. No comprendo por qué de pronto se hartó. Siempre estaba con prisa por irse de casa, la misma urgencia que tenía en abandonar el hospital. El último día le vi tan excitado que hasta le temblaban las manos. Seguro que le falló el corazón. Muchas emociones, demasiadas prisas. No lo entiendo —concluye.

—La última noche estuvimos juntos y era completamente feliz. —Teresa intenta consolarla y consolarse—. Me prestó esta cruz de plata para que me diera suerte, si la han echado de menos la tengo yo.

Nunca mencionó a Dios, tampoco habló de la muerte. No estaba en sus planes. Solo esa vez que dijo riéndose: Ni de coña me voy a morir... A pesar de su edad y de que tenía que sospechar algo, conseguía convencerlos a todos de que efectivamente era inmortal, más joven que ellos. ¿En qué pensaría cuando se sintió morir? El tiempo detenido, el tiempo robado. ¿Seguiría haciendo planes incluso en ese momento? Y qué habría pasado si hubiera podido volver a casa... Ya no lo sabrá.

—Quédese —contesta Aurora—. Si se la dio, pues para usted. Sé que la apreciaba mucho. Ya me lo decía a mí.

Le encontraron dormido, sonriente, le cuenta, como si estuviese soñando algo muy agradable. Con Paqui, imagina Teresa, seguro que la muerte le sorprendió de paseo con Paqui en esa nueva vida que soñaba. Fue tanta la felicidad de regresar que su corazón anhelante no pudo resistirlo. O quizás soñaba conmigo, se atreve a pensar, como yo soñé con él todas aquellas noches...

—Ayer mismo comentó que estaba deseando volver por aquí a oler este aire tan puro, disfrutar de la matanza, ver el tejado nuevo de la casa —dice su hija—. Pensaba que viviría.

Tal como le vio, añade sin una lágrima y sin emoción, no pudo imaginarse que sería la última vez.

Parece que se ahuyenta a la muerte hablando de los últimos momentos. De lo que dijo aquel mediodía:

—Tengo mucha hambre. No es comida para mí, no me aprovecha, tengo ganas de comer unas alubias.

Hablar del límite, de cómo era hasta ayer, les devuelve a su padre vivo, que no es ese que está en la caja, sino otro que ya empiezan a recrear en la memoria: un personaje de ficción que nunca existió, alguien más vulgar de lo que realmente era el Tomás que Teresa recuerda. Más tarde, cuando le nombren en la misa, volverá a pensar que la persona que evocan no tiene nada que ver con él, como si de pronto resucitase reencarnado en otro más dócil y tranquilo, menos rebelde.

Así es la muerte, en unas pocas horas el difunto es solo materia de conversación, carne hecha recuerdo, material de derribo que se intenta maquillar con palabras que apenas responden a lo que era la persona que nos dejó. Le cuesta disimular su congoja.

No tiene sentido que se muera alguien tan vital, no es coherente, se lamenta. Si lo hubiera sabido, si pudiera empezar de nuevo aquel cuaderno tacharía las frases despectivas de los primeros días, la distancia, la actitud defensiva, ese sentirse superior por ser de otra clase social. No podrá olvidarle.

En un rincón de la iglesia ve a Paqui subida en unos zapatos rojos de tacón alto que parece que no ha tenido tiempo de quitarse y que aquí desentonan especialmente. A la salida fuma mientras habla muy bajo con otros dos que parecen también compañeros de trabajo. Serán Gómez y Saturnino, imagina Teresa, el jefe no ha debido considerar necesario venir al entierro. Al acercarse ve a Felipe, que, a pesar de las muletas, se apoya en Paqui con naturalidad de propietario. Tiene el pelo con mucha gomina y las patillas y la cazadora negra no pegan con su cara de niño, pero lleva corbata y tiene los ojos colorados de llanto.

La abraza muy fuerte:

—Quique estaba en Toledo en una silla de ruedas.

—¿Y tú dónde estabas?

—No me despedí porque en cuanto me dieron permiso fui a verle y me quedé unos días con él. Me gustaría hablar contigo y que me orientaras para buscar un curro. Si tengo que estudiar más, estoy dispuesto. Quiero casarme en cuanto pueda.

Luego desaparece con Paqui en una moto inmensa que los alejará para siempre. Muy pegados, como si fueran una sola figura, las muletas enganchadas en el manillar, se disuelven en la tarde borrados por el humo del tubo de escape.

Mientras los mira alejarse, oye voces detrás.

—¡Cuánto le costó morirse! —dice un vecino.

Como si morir fuera lógico, normal, lo que debe ser. Pero a nadie le parece lógico morir cuando le toca, piensa ella. Desaparecer no es razonable, ni siquiera para un hombre al que le han cortado una pierna y le han dicho que está grave. Por eso, con el cuerpo invadido, luchaba denodadamente. Esa fue su enseñanza: su resistencia a ser derrotado. No creía que hubiera

llegado su hora. Se preparaba para empezar una nueva vida y volver a ese pueblo, a la casa de sus padres, mirar el tejado que quedó a medio hacer cubierto de lonas, porque la lluvia de febrero detuvo los trabajos. Tenía ganas de ver cómo habían puesto las tejas. O sí, a lo mejor lo sabía y nos engañó a todos. Imposible averiguarlo.

Cuando la noche cae, las campanas han dejado de sonar.

Veintisiete

*Il était un petit navire
Qui n'avait ja-ja-jamais navigué*

Tradicional

Dijeron los médicos que estaba curada. Por ahora los bultos no volverían a salir. Muy despacio, mientras pasan los días, el miedo empieza a alejarse y a hacerse pequeño como el paisaje que se deja atrás cuando se sale en barco de un puerto. He vuelto al instituto. Ahora puedo reír y hoy mismo me sorprendí bailando mientras pasaba la aspiradora al ritmo de un tango que sonaba en la radio. Las personas no se olvidan tan fácilmente.

Cuando estaba dentro me acordaba de todo lo que se había quedado más allá de los pasillos de neón, y ahora, en cambio, echo de menos ese mundo cerrado. Como si aquel y no este fuera el mundo auténtico.

Debería ser obligatorio pasar una temporada allí. Los hospitales enseñan porque en ellos se nace y se muere, son como un resumen de la vida. Por eso, a los enfermos no solo nos curan, sino que adquirimos una comprensión que no se alcanza jamás en tierra firme. Un curso acelerado para disfrutar.

Ha sido una suerte vivirlo. Conocer a Tomás, a Paula, a mi vecina de los últimos días, a los médicos, a las enfermeras, volver a encontrarme con Felipe. No es el contacto con la muerte, ni que el sufrimiento dignifique, no me refiero a eso. Es que la vida, la propia y la de los demás, las cosas materiales que nos preocupan tanto adquieren otro valor.

Ahora tengo prisa por subir a bordo. Urgencia por el tiempo perdido, todos los años que estuve sin escribir y casi sin vivir. Solo aquellos diarios que hablaban de amores que se disolvían como un azucarillo en el café de la mañana nada más nacer. Desde que me salió aquel bultito en el pecho he vivido con prisa. Desde que me dijeron que no era bueno.

Tuve que decirle a Vicente que se fuera. Cuando llegué del hospital no podía ver cómo se levantaba despacio, se hacía el desayuno y se regodeaba en una tristeza lenta y llena de reproches, cada vez tengo menos tiempo para duelos sin sentido. No parecía importarle perder una tarde viendo la televisión, ese tedio del domingo. Yo quiero cultivar cada hora, cada merienda, cada momento que pasaré fuera del hospital. Quiero que me amen intensamente y sin

miedo, tampoco tengo tiempo para miedos. Sin demoras ni condiciones, porque tengo prisa.

Esa prisa es la que me ha hecho quedarme sola. Prefiero estar sola con mis hijas, con los pensamientos intensos, con el corazón palpitante, con la prisa. No quiero a mi lado seres lentos y pesados ni perderme en peleas inútiles. No soporto a las personas que no saben de qué va todo esto.

Quisiera gritarles que se está acabando, que hay que aprovecharlo. Solo desde aquí, desde ahora, desde esta edad, desde este tiempo, se puede medir el tamaño, el valor de las cosas, el peso de los afectos. Lo que es, lo que ha sido cada uno.

Solo después de haber vivido esto, no entonces. Entonces era natural equivocarse, era necesario. Ahora quién pudiera equivocarse. Ahora soy más vieja, infinitamente más que mi edad. Quizás sea más difícil meter la pata. Y eso se me nota.

Hoy sé mejor lo que es el sol en la espalda un minuto en el mediodía, tomar una cerveza con los amigos, respirar en el campo o la compañía de mis hijas. Ese sabor desconocido que he conquistado.

Cerraré este cuaderno. Lo guardaré muy cerca para cuando olvide lo que viví, lo que sentí. Cuando me encuentre confusa, si parece que el sueldo no me alcanza hasta fin de mes o los chicos del instituto están más rebeldes de lo normal. Alguna mañana en que esté muy cansada, algún domingo carente de sentido, lo abriré. Cuando solo perciba lo oscuro, lo cutre de la vida, repasaré sus páginas para recordar que vivo de regalo.

Todos tenemos una vida única. La mejor fiesta es seguir por aquí, amanecer cada mañana. Porque otros se quedaron en el camino y no pudieron hacerlo, por ellos, lo haré. Por la viejecita que murió a mi lado, por el niño aquel de la cabeza rapada con el que me crucé cuando me hicieron la radiografía, por Tomás. Todos los que se quedaron ahí quietos y se fueron en un coche largo y oscuro, camino del cementerio.

Por otros que seguirán saliendo como yo salí. Como Paula, la escritora de cartas imaginadas, como Felipe, mi alumno reencontrado que acariciaba el suelo con sus flamantes botas de tachuelas y dragones mientras intentaba acostumbrarse a las muletas, como mi vecina y su amante secreto.

Con la cabeza alta o la espalda vencida, con el peso de un trozo de más o el vacío de un trozo de menos. Nadie saldrá igual.

Aunque nadie me lo haya pedido, por mí misma, de vez en cuando, repasaré este cuaderno de hule.

Pero ahora ha llegado el final del trayecto. Tendré que terminar de escribir esta historia para abrirme a la vida más allá de los pasillos del océano. Al final he sido yo y no Tomás la que ha cambiado de vida, la que se ha decidido a luchar por su pedazo de playa, de mar, de infinito. Quizás ha sido este cuaderno el que me ha salvado, por él tuve que aclarar las cosas de una vez

con Vicente.

Voy a preguntar en la agencia de viajes cuánto cuesta un billete de avión a Buenos Aires. O mejor de barco, un barco que surque el océano con estelas de espuma. Así es como quiero irme. En ese barco me iré.

ALBA • CONTEMPORÁNEA

Colección dirigida por Manuel Guedán

© María Tena, 2023

© DE ESTA EDICIÓN: **ALBA EDITORIAL, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www.albaeditorial.es

DISEÑO: Pepe & James

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2023

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL: noviembre de 2023

ISBN 978-84-1178-028-5

REALIZACIÓN EDITORIAL: La Letra, S. L.

CONVERSIÓN A FORMATO DIGITAL: Estudio eBook

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo xx), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña&Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es